

BOLETIN

ASOCIACION ESPAÑOLA
DE AMIGOS DE LA ARQUEOLOGIA



BOLETIN INFORMATIVO

DICIEMBRE 1987 N.º 23

Director:
Elías Alvaro Bobadilla

Consejo de Redacción:
Teógenes Ortego Frías
María Angeles Alonso Sánchez
Encarnación Ruano Ruiz
M.ª Rosario Lucas Pellicer
Juan Guerra Romero

Edita: Asociación Española de Amigos
de la Arqueología - Alcalá, 108
Correspondencia: Apartado 12.403
Dep. Legal: M-24.361-1974
ISSN-4.741
Imprime: **grafoffset sl**
Getafe (Madrid)

JUNTA DIRECTIVA
Presidenta de Honor:
S. M. la Reina Doña Sofía
Vicepresidenta de Honor:
Laura de la Torre, Vda. de Caprotti

Presidente:
Emeterio Cuadrado Díaz

Vicepresidentes:
Teógenes Ortego Frías
M.ª Rosario Lucas Pellicer

Secretario:
Manuel Santoja Alonso

Vicesecretarios:
Salvador Rovira Llorens
Mercedes de Prada Junquera

Tesorero:
Manuel Castelo Fernández

Vicetesorera:
Asunción Seco Ródenas

Bibliotecario:
Juan Morán Cabré

Actos culturales:
María Angeles Alonso Sánchez
María Sanz Nájera
Manuel Bendala Galán

Relaciones sociales:
Asunción Seco Ródenas
Juan Guerra Romero

Viajes culturales:
Antonio Higuera Martínez
Gonzalo Muñoz Carballo

Trabajos de campo:
Salvador Rovira Llorens

sumario

Editorial	3
Una fibula excepcional procedente de la Carpetania	6
<i>M.ª Angeles Alonso Sánchez</i>	
Reflexiones sobre los escudos de las estelas tartésicas	12
<i>Manuel Bendala Galán</i>	
Un ejemplar de fibula de codo «ad occhio» en el Valle del Manzanares	18
<i>M.ª Concepción Blasco Bosqued</i>	
Sistemas de resortes peculiares en fibulas meseteñas «post-hallstáticas»	29
<i>Encarnación Cabré y J. Antonio Morán Cabré</i>	
Estaciones de arte rupestre del Alto Duero: El Covachón del Puntal	34
<i>Teógenes Ortego Frías</i>	
¿Dónde está la «Primera Edad del Hierro»?	40
<i>M.ª Rosario Lucas Pellicer</i>	
Algunos aspectos de la tecnología metalúrgica en el Bronce Final y la Edad de Hierro	53
<i>Salvador Rovira Llorens</i>	
Primera gran destrucción escultórica en el mundo ibérico	58
<i>Encarnación Ruano Ruiz</i>	
Relaciones entre las cerámicas bicromas de la Península Ibérica y las del ámbito centroeuropeo durante la Primera Edad del Hierro	63
<i>Sigrid Werner Ellering</i>	



HOMENAJE A LOS PROFESORES BELTRAN Y MALUQUER

LA Asociación Española de Amigos de la Arqueología sufre con demasiada frecuencia el doloroso acontecimiento de reunirse para decir adiós a maestros que abandonan su cátedra universitaria por efecto de la edad, esa enfermedad incurable de la que no podemos defendernos, y que da la casualidad de que cuando nuestra legislación aparta de la cátedra a los hombres de ciencia, es precisamente cuando éstos, después de una larga experiencia y de una vida consagrada a la investigación y a sus alumnos, están en la cumbre de los conocimientos adquiridos.

Existen profesiones en que los jubilados administrativamente tienen que apartarse de sus actividades profesionales totalmente, ya que cuando llega la jubilación no se está en condiciones de iniciar una nueva singladura en la práctica privada. Entonces sobreviene el hastío y la inactividad, un declive en la vida que aproxima a los que sin duda tuvieron un trabajo movido, a pensar en el fin de la existencia y a entristecerse meditando en el momento de la llamada divina.

No pasa esto en la profesión de arqueólogos e historiadores, puesto que si dejan de comunicar sus conocimientos a las sucesivas promociones de alumnos, pueden sumergirse en el maravilloso lugar de su biblioteca, y elaborar con sus conocimientos y con la ayuda del amigo libro, trabajos y teorías que perpetúen su sabiduría, aprovechable por los nuevos alumnos de todas las edades, que como ellos reciban de sus antecesores la antorcha de la Ciencia, para que nunca se extinga.

Hoy celebramos el paso a la inactividad en la enseñanza universitaria de dos queridos maes-

tros, pero tenemos la alegría de saber que su cátedra sigue abierta para todos los que los hemos seguido en el amor a la Arqueología.

El que hoy tiene el honor de redactar esta presentación, une su admiración por los maestros Antonio Beltrán Martínez y Juan Maluquer de Motes, a una entrañable amistad que se inicia en nuestra juventud y los difíciles días de nuestra postguerra civil, días muy duros en que se trabajaba para levantar la patria acosada por las dificultades del momento.

Entonces conocí a Antonio, que llegaba a Cartagena, donde yo vivía, para hacer su servicio militar. Yo había dejado de ser un aficionado a la arqueología que hacía la guerra por su cuenta y era entonces Comisario Local de Excavaciones Arqueológicas de Cartagena, y con el aliento de Antonio me atreví a publicar en la revista *Saitabi* de la Universidad de Valencia mi primer artículo arqueológico sobre el «Yacimiento argárico de Cañaverosa».

Este tema lo hemos tocado muchas veces, pero es tan difícil olvidar los felices días de la juventud que no puedo resistirme a mencionar, aunque sea de pasada, la amistad que el amor a la arqueología hizo surgir entre nosotros, y aquellas primeras actividades de Antonio Beltrán, trabajando sin descanso durante el día, dando clases en la Academia Hispánica, en el Instituto, y en la Universidad de Murcia a donde tenía que desplazarse de madrugada en el camión de la leche.

A estos tiempos pertenecen: la creación de la Junta Municipal de Arqueología; la revista *BASE*, cuyos pocos números aparecidos, hoy son

buscados con gran interés; el Museo Arqueológico Municipal, instalado en el local de los Amigos del País; la inauguración del segundo local, en edificio propio, y la creación de los Congresos Arqueológicos del SE, de transcendental importancia, porque fue tan extraordinario su interés que pocos años después se elevaban a Congresos Nacionales, que se siguen celebrando cada dos años.

La moderna arqueología española podría dividir su historia en dos épocas: antes y después de los Congresos del SE. En ellos se reunían no sólo los aficionados locales de Albacete, Alicante, Murcia y Almería, sino los de las regiones próximas y del país hermano Portugal.

Desde los primeros momentos, los maestros de aquellos tiempos Pericot, Martínez Santa Olalla, Almagro, García y Bellido, Taracena y Cabré, concurrieron a aquellos Congresos y fueron los que al darse cuenta de su éxito decidieron convertirlos en Nacionales. Los del SE no queríamos; deseábamos reunirnos aunque sólo fuéramos los aficionados de la Región, pero no pudimos oponernos a un foro, que ya tenía carácter internacional por la concurrencia de arqueólogos extranjeros entre los que recordamos: Do Paço, Russell Cortez, Abel Viana, Abreu Nunes, Jalhay, Dias de Deus, de Portugal; Lantier, Benoit, P. Lehambre, Jannoray, de Francia; Marien, y Mertens, de Bélgica.

Beltrán daba sus clases durante el día y por la noche, preparaba su tesis doctoral sobre Cartagena y sus oposiciones a cátedra. Por este tiempo es nombrado Comisario Provincial de Arqueología y le conceden la Cruz de Alfonso X el Sabio. Aún tiene tiempo de publicar por entregas un tratado de Numismática, al que le avergüenza, en su modestia, dar su nombre, y lo hace bajo el seudónimo de Celestino Belmar. La obra, mala según él, ha servido para enseñar numismática a las modernas generaciones, ya consagrada en nuevas ediciones con su nombre auténtico.

Ganadas las oposiciones ocupa en Zaragoza la cátedra de *Arqueología, Epigrafía y Numismática*. Ya se había casado en Valencia, en los tiempos difíciles, con Trini, su heroica compañera, y en Cartagena había perdido a su primer hijo, aflicción que aún hizo más difícil su vida. Pero el trabajo siempre tiene su premio, y Antonio no dejó jamás de trabajar. Catedrático de Zaragoza, inicia su brillante porvenir. Excava entre otros el yacimiento de Botorrita, donde encuen-

tra una inscripción famosa. Pone al día el Museo de Zaragoza; se dedica a la Etnografía aragonesa, y se especializa en Arte Rupestre, siendo miembro de los organismos internacionales de la materia a cuyas reuniones acude en representación de España. Su actividad desde Zaragoza es la más conocida, por lo que yo he preferido profundizar y recordar más los tiempos difíciles, porque en ellos se definió como lo que era: un verdadero hombre, que supo hacerse por sí mismo el propio porvenir, superando todos los obstáculos y mereciendo ser elegido durante muchos años Decano de su Facultad. Identificado con la tierra de su padre, don Pío, resistió las tentaciones para trasladarse a Madrid, cuando para ello se produjeron vacantes en la Universidad Central, prefiriendo seguir al frente de la escuela aragonesa de arqueología a ocupar un puesto de primera línea en la Arqueología Nacional. La pasada primavera se le dedicó un homenaje y se publicó un libro con trabajos de compañeros, alumnos y amigos, y esta Asociación que le tiene entre sus socios de honor no podía diferir por más tiempo dedicarle el oportuno homenaje, aunque se sumó en mi persona al de Zaragoza.

Las mismas circunstancias concurren en nuestro maestro y querido amigo Juan Maluquer de Motes, catedrático de la Universidad de Barcelona, que como Beltrán es considerado y querido en nuestra Asociación, a la que no falta su visita en las pocas veces que pasa por Madrid. Conocí a Maluquer en uno de nuestros Congresos, todavía un reciente Licenciado. En sus años de estudiante en la Universidad de Barcelona, había sido alumno del insigne maestro Pedro Bosch Gimpera, fundador de la «Escuela» Catalana, el núcleo rival en científica competencia con la de Madrid, que encabezaba Gómez Moreno en gloriosos tiempos ya muy alejados. Maluquer, con don Luis Pericot, Castillo Yurrita, el doctor Vilaseca, Serra Rafols, y más tarde con sus contemporáneos Tarradell, Arribas y Palol, representaron a Cataluña en nuestros Congresos del SE. y nacionales, y desde aquí me complazco en ofrecer el homenaje que hoy le dedica nuestra Asociación considerándole como el representante de la ciencia arqueológica catalana.

Los trabajos de Maluquer que puede presentar con orgullo y que yo recuerde en este momento creo que empiezan en Cortes de Navarra y su zona, que luego en colaboración con la Diputación extiende por todo el reino. Desde su primera cátedra en la Universidad de Salamanca empieza a

tomarle el gusto a la arqueología castellana, y forma un pequeño museo en un edificio anejo al de aquélla, donde empieza a publicar su revista *Zephyrus*, en la que tantos amigos hemos colaborado, Juan cuenta en Salamanca con el apoyo continuo de María, su mujer, licenciada en Historia del Arte, y con la que una visita a sus monumentos era, para los que tuvieron la suerte de realizarla, una verdadera delicia.

Pero la tierra tira mucho, y hubo un momento en que no pudo resistir la tentación de abandonar su cátedra salamantina (¡con verdadera tristeza!) para ocupar la vacante de Barcelona. Desde Salamanca estudió y publicó el importante yacimiento de *Sanchorreja* que ya había sido excavado por otros, pero insuficientemente publicado. Desde Barcelona excavó con gran éxito el yacimiento de la Pedrera y Tornabou, pero Juan no tenía suficiente con Cataluña; su nombramiento de Inspector General de Excavaciones Arqueológicas de España le pone en contacto con las ricas regiones del Sur y del Oeste, y se deslumbra con su enorme tesoro arqueológico, y seducido por tanta belleza acomete la excavación del yacimiento de Zalamea la Real que algunos miembros de nuestra Asociación visitaron con motivo de su segunda Mesa Redonda sobre Arqueología Megalítica. A este yacimiento ha dedicado todo su entusiasmo y estudio, interrumpido temporalmente por la grave dolencia que le acometió y de la que gracias a Dios ya está restablecido y dispuesto a seguir investigando los asuntos de nuestra arqueología. Desde su Instituto de Prehistoria y Arqueología, la Universidad de Barcelona ha dirigido realmente el de-

sarrollo de la arqueología catalana y sus Symposia de arqueología peninsular, a donde llegaron sabios desde varios puntos de España, a discutir los grandes problemas de nuestra Prehistoria.

¿Qué puede esta Asociación hacer para agradecer al profesor Maluquer la amistad que siempre le ha demostrado? Ha sido tanto el afecto con que me ha distinguido y también a todos sus miembros —muchos de los cuales han tenido la satisfacción de escuchar sus conferencias y de acompañarle en nuestras excursiones— que en la reunión de la última Junta Directiva, se tomó el acuerdo unánime de ofrecer un homenaje conjunto a los profesores Beltrán y Maluquer, concediendo a este último la medalla de honor de nuestra Asociación que anteriormente ya se había otorgado al profesor Beltrán. Se realizó este homenaje el día 14 de octubre en un acto público al que concurrieron los dos profesores y sus esposas, quedando para completarlo el presente número de nuestro Boletín que se dedica a ambos, con trabajos de sus amigos y miembros de esta Asociación.

No queremos con ello ensalzar sus méritos, porque nuestra modestia científica no aumentaría el prestigio reconocido por los organismos superiores de la Arqueología, nacional e internacionalmente. Pero sí queremos hacer patente el cariño y la devoción de los Amigos de la Arqueología a tan ilustres maestros, a quienes recibimos entre nosotros como miembros de honor, con el afecto sincero de una eterna y vieja amistad.

Emeterio CUADRADO

UNA FIBULA EXCEPCIONAL PROCEDENTE DE LA CARPETANIA

M.^a Angeles ALONSO SANCHEZ
Universidad Autónoma de Madrid

Un fragmento de fibula verdaderamente excepcional ha sido hallado fortuitamente en una zona que ya ha dado muchos otros materiales importantes (1). La fibula fue encontrada en una tierra de labor en las proximidades de Castillejo, pequeña localidad en la que se sitúa la estación de ferrocarril del mismo nombre, enclavada en el extremo sur de la provincia de Madrid, en las proximidades del río Tajo, y casi en la línea divisoria con la provincia de Toledo (2).

DESCRIPCION DE LA PIEZA

El fragmento conservado corresponde a la ballesta y parte de la fibula, consistente en una figura de león rampante (figura 1), todo ello en bronce y con una conservación muy buena. Las medidas del total del fragmento son 29 mm de largo por 27 mm de alto y 28 mm de ancho, correspondiendo esta última cifra a la ballesta. Esta está recubierta por una fina plancha de bronce que la envuelve a la manera de canuto y que, al estar rota en la zona inferior, permite ver las vueltas del resorte y el arranque tanto de la aguja como del arco. La delgada plancha que cubre el resorte tiene un grosor de apenas medio milímetro y presenta una decoración de un pequeño baquetón en la zona próxima a los extremos del muelle y también en la parte posterior del mismo, formando como un recuadro, a manera de una alfombrilla que ocupa aproximadamente la mitad de la superficie del canuto, y que corresponde a la parte superior del mismo, donde se asienta el león.

Dicho león es una figura que, a



Una fibula excepcional procedente de la Carpetania.

pesar de su pequeño tamaño (23 mm de largo por 9 mm de ancho en la zona de mayor amplitud), está trabajado con una gran perfección. Las patas traseras apoyan sobre la lámina de bronce que cubre la ballesta, dividiendo el largo de ésta en tres partes iguales de las que la del centro corresponde a las patas del león, que están separadas entre sí 4 mm. En las patas se señala con una hendidura el comienzo de las ancas, que suben formando los cuartos traseros, separados entre sí por un fino resalte que quizá podría interpretarse como la cola del animal aunque, a mi juicio, se prolonga excesivamente hacia arriba para que pueda ser considerado rabo.

El cuerpo del león, finamente trabajado, se estrecha en su parte cen-

tral (la que correspondería a la panza y los lomos) dándole un volumen estilizado, con tendencia al triángulo. Después se ensancha de nuevo para formar el pecho y la cabeza, con su gran melena. Esta melena, que arranca de la parte superior de la cabeza dejando libres las dos orejas que aparecen gachas, se extiende por detrás hasta la cintura y algo más por los lados. En la parte correspondiente a la cabeza, las guedejas, figuradas mediante líneas incisas, finas y verticales, trazadas en paralelo, forman dos capas de melena, mientras que a los lados las guedejas se articulan en líneas onduladas.

Las patas anteriores se disponen en posición casi horizontal, hacia adelante, separadas entre sí por una

distancia de 4 mm habiéndose señalado claramente en ellas las pezuñas. La pequeña cabeza del león, enmarcada en su parte superior por las orejas y el arranque del pelo, tiene señalados los ojos y muestra el hocico cerrado.

En la zona que corresponde al pecho del león, en su parte inferior, hay un pequeño saliente roto con el que probablemente se apoyaba el torso del león en el arco, que debió ser muy fino, de poco más grosor que la aguja, a juzgar por el arranque que todavía existe.

LA BALLESTA O RESORTE BILATERAL

Es sabido que este tipo de muelle bilateral está atestiguado en la Península desde época muy antigua. Baste citar las fíbulas de tipo «Acebucha» (3), cuyos ejemplares más antiguos nos llevan con toda probabilidad a comienzos del siglo VI a. C. (4). Sus prototipos parece que pudieron llegarnos del Norte de Italia, donde es patente la huella hallstática (5). Ciertamente la ballesta perdura en la Península a lo largo de los períodos de La Tène, tanto en ejemplares de una pieza como en ejemplares de dos piezas que, indudablemente, resultaban más prácticos a la hora de tener que hacer una reparación del resorte. Es una perduración que supera con mucho lo que ocurre en el mundo extrapeninsular, de suerte que dicho procedimiento de resorte en ballesta puede ser considerado como algo peculiar de Hispania. Generalmente el bucle está formado por doce vueltas, seis a cada lado de la aguja. En el caso de la pieza que nos ocupa, son solamente diez las vueltas del resorte, cinco a cada lado, y éste ofrece, como ya dijimos, la particularidad de estar recubierto por una lámina de bronce doblada en forma de estrecho tubo (8 mm de diámetro), que, sin embargo, no está soldado y deja descubiertos los extremos. Tubos de bronce así recubriendo otros elementos estructurales, los conocemos en cuentas de collar fechables en el siglo VI a. C. (6). En fíbulas conocemos las tres de La Tène procedentes de la necrópolis de Almazul (Soria) (7) cuyas ballestas estu-

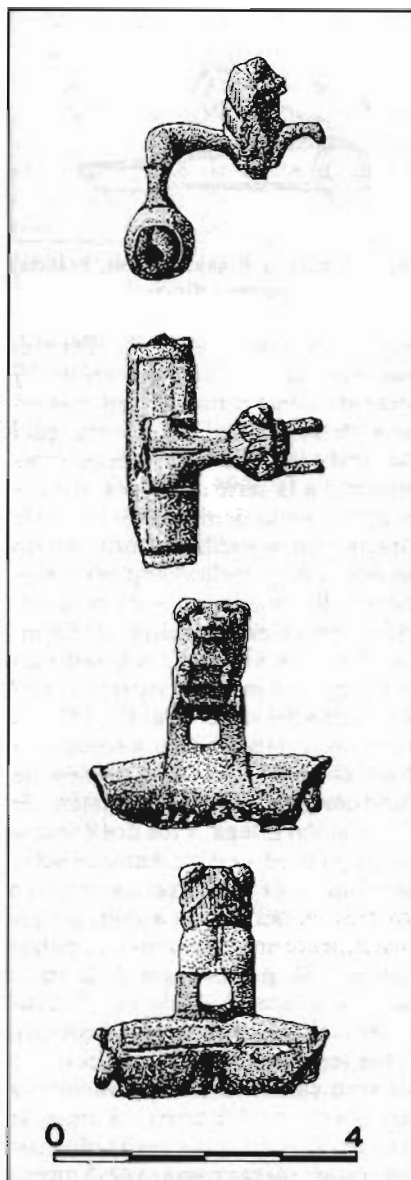


Fig. 1. El fragmento de fíbula visto en diversas posiciones.

vieron en parte recubiertas con varillas decoradas, quizá reminiscencia de placas adaptadas, hecho que también se da en algunas fíbulas del tardío La Tène procedentes de Pianezzo (Golaseca). Algo aparentemente semejante, aunque en realidad distinto, es lo que ocurre con el conjunto de fíbulas galo-romanas que presentan el resorte cubierto (fíbulas de «resorte protegido» según las publicaciones francesas) por una pequeña caja cilíndrica fundida y perfectamente cerrada sin otra abertura que la salida de la aguja y —en algún caso— del delgado arco. Estas fíbulas de resorte protegido,

dentro de las cuales distinguen los autores dos subgrupos de fíbulas, las de «arco interrumpido» (8) y las de «arco no interrumpido», recogiendo, dentro de un primer apartado las fíbulas de arco zoomorfo, generalmente de tipo leonino, razón más que suficiente para que las tomemos en una especial consideración. Dejamos, sin embargo, ahora a un lado el tema del león sobre el que nos detendremos más adelante para insistir en que la envoltura del resorte de nuestra fíbula se diferencia bastante de esas de resorte protegido (de las cuales hemos podido tener dos ejemplares en nuestras manos) pues, en nuestro caso, se trata simplemente de una fina lámina enrollada sobre el resorte, sin cerrar los extremos, no fundida sino adaptada al mismo mediante martillado y con un acabado a base de un trabajo fino de buril.

EL LEÓN EN LA ICONOGRAFIA PROTOHISTORICA HISPANA

El león es un animal que aparece representado en la Península ya desde los albores del mundo ibérico. Como hizo notar García y Bellido (9), el león es un cuadrúpedo ajeno a la fauna peninsular, contrariamente a lo que ocurre con el toro, también temprana y frecuentemente representado, y del que iberos y otros pueblos coetáneos tenían un conocimiento directo. La figura del león, en cambio, debió llegar a la Península a través de los marfiles fenicios o de otras representaciones de leones realizadas en vasos cerámicos griegos, en joyas o en otros objetos figurados. De hecho, a esta falta de contacto con modelos vivos achaca García y Bellido el que las esculturas de los leones hispanos «han perdido sus formas propias para adquirir las convencionales del arte que crea por imitación de imitaciones en un enésimo grado, formulariamente y por reminiscencias» (10).

El león que más frecuentemente se representa en la Península es el que tiene su prototipo más remoto en el mundo siriohitita y que presenta como características constantes la boca entreabierta con la len-

gua fuera, pliegues del labio superior retraídos y orejas dirigidas hacia atrás, detalles iconográficos que, a juicio de J. M. Blázquez, también aparecen reiteradamente en los leones chipriotas y etruscos. Se trata generalmente de leones guardianes de tumbas, sin duda procedentes de necrópolis, aunque no sean muchos los casos en los que esto haya podido ser arqueológicamente confirmado, como, en cambio, ocurre con los leones de Pozo Moro (11). Leones guardianes de tumbas y también de casas y ciudades se documentan en el medio oriente ya desde los lejanos siglos XIII y XII a. C. (12).

Además de las conocidas esculturas de leones de bulto redondo halladas en las áreas turdetana e ibérica, tenemos también una serie de leones grabados en placas de marfil cuya iconografía ha inclinado a J. M. Blázquez a agruparlos en tres modos o tipos de representación: un primer modo sería el tipo Bencarrón, con cabeza voluminosa que se vuelve hacia atrás, boca entreabierta por la que sale la lengua y melena a base de rayitas paralelas bastante juntas. Un segundo modo sería el tipo Mairena de Alcor, con la melena compuesta por pequeños bucles. Y un tercer modo lo constituye el tipo Acebuchal (de la placa hoy conservada en Nueva York), cuya cabeza es parecida a la del tipo Mairena pero con la factura de la melena semejante a la de las placas de Bencarrón. Según este autor, estas tres variantes se documentan en marfiles orientales, pero no se relacionan con un tipo determinado por lo que dichos leones parecen producto de una adaptación de prototipos más antiguos **que aún** nos son desconocidos (13).

El leoncito de nuestra fíbula difiere bastante de todos estos leones ibéricos y turdetanos. Es sin duda una figura mucho más fina y estilizada, y con una tendencia al triángulo en la mitad inferior de su cuerpo que evoca las esculturas o pinturas del período geométrico griego. El modo de estar representada la melena coincide con el que se da en el león de la placa de Bencarrón, a base de finas rayas paralelas, y también con el de dos ejemplares de los procedentes de la Cruz del Negro,

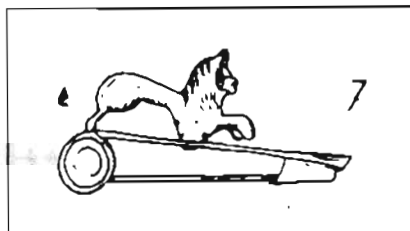


Fig. 2. Fíbula de Prunay (Marne, Francia) (según Joffroy).

hoy en Nueva York (14). Pero el nuestro tiene el hocico cerrado y presenta una actitud mucho más serena, de suerte que, sin que sea igual sin embargo, resulta mucho más próximo a la serie de leones que conocemos procedentes de Italia o de Grecia, frecuentemente adornando las bocas de grandes recipientes metálicos. Recordemos a este propósito los leones de las hidrias de Olimpia (Laconia, Grecia), fechados uno en el segundo cuarto y otro en el tercer cuarto del siglo VI a. C. (15), los otros dos pertenecientes a sendas hidrias conservadas en el Museo de Paestum (Italia) (16), también de elaboración griega, y los dos conservados en el Museo de Antigüedades de Munich (17), así como también los tres leones dados a conocer recientemente en una magnífica publicación (18), procedentes de la tumba principesca de Hochdorf (Baden-Württemberg, Alemania Federal). Estos leones adornaban la boca de un gran caldero de 80 cm de altura por 104 cm de diámetro máximo, de bronce. Los estudios realizados sobre estas piezas, una vez limpias (piezas que pudimos ver hace pocos años en nuestra visita al Museo de Stuttgart, cuando aún estaban en proceso de estudio), han evidenciado que dos de ellas, las mejor trabajadas, fueron elaboradas en una colonia griega del sur de Italia, mientras que la tercera es posterior, su aleación es distinta y se hizo probablemente por artesanos locales para suplir una pieza perdida o malograda. La tumba de Hochdorf perteneció seguramente a un príncipe celta y se fecha en la segunda mitad del siglo VI a. C.

Es evidente que la posición de nuestro león es diferente de la que presentan los leones de origen griego citados. Aquél adopta la actitud de león rampante y los otros están

sentados y con la cabeza vuelta a un lado, como mirando al espectador, pero hay algo en su cara, en la factura de orejas y hocico y en la posición de las patas anteriores, extendidas hacia adelante, que nos los recuerdan.

Mucho más cercanos a nuestra fíbula desde el punto de vista funcional, en cuanto que se trata también de fíbulas adornadas con leones (19) que forman el arco de las mismas, son las que en la clasificación tipológica de las fíbulas etruscas han sido catalogadas por P. G. Guzzo (20), como pertenecientes al grupo CC, que comprende, dentro de las fíbulas con arco figurado (grupo C), aquellas cuyo arco ha sido interpretado plásticamente como un cuerpo de un animal. Dentro de este grupo existen piezas en las que, además de presentar el arco ornamentado o figurado como un animal, tienen decorado el guardapuntas, a veces con otras figurillas de animales que se apoyan sobre él. Para las fíbulas con animal en el arco se puede fijar como fecha, en base a criterios tipológicos, los últimos años del siglo VI, mientras que las que tienen también adornado el guardapuntas son algo más tardías.

En estas fíbulas del grupo CC, el animal que aparece más frecuentemente es el león alado, siguiéndole en número la quimera. En cambio, el león sin alas, tal como lo tenemos en nuestra fíbula, aparece representado más escasamente. Guzzo opina que la difusión de estas fíbulas decoradas con animales y consideradas etruscas parece ligeramente más septentrional que la de las fíbulas simplemente ornamentadas con motivos figurativos no zoomorfos, si bien esto hay que admitirlo con la cautela que impone la falta de datos provenientes de excavaciones.

Dos fíbulas muy semejantes entre sí y con el arco en forma de león sin alas se conservan en el Museo del Louvre de París (21). De una de ellas afirma E. Coche de la Ferté (22) que es una fíbula etrusca. Sin embargo, el hecho de que estas fíbulas lleven a los lados del guardapuntas unos pequeños discos de lámina trabajada con punzón (tanto los discos como todo el resto de las fíbulas son de oro), repitiéndose es-

te tipo de decoración en el exterior del guardapuntas, hace pensar más bien en una procedencia meridional. Guzzo considera que se trata de productos de la Campania, pero influenciados, por lo que se refiere al león que forma el arco, por modelos etruscos. Tanto el motivo zoomorfo como la prolongada longitud del guardapuntas pueden considerarse debidos, según Guzzo, al deseo de los que encargaron o compraron la fíbula de tener un producto que recordaba el lujo y la habilidad técnica de los Etruscos. De todos modos, aunque entre nuestra fíbula y éstas del Louvre hay coincidencia en el tema del león sin alas,

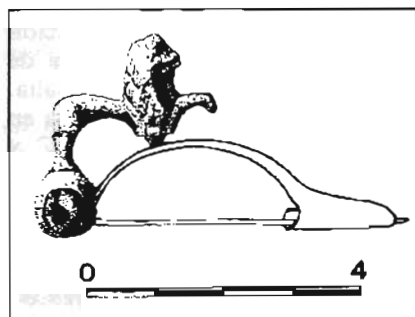


Fig. 3. Reconstrucción hipotética de la fíbula.

existen, sin embargo, diferencias innegables en el modo de concebir el león, en el tipo de resorte usado y en el material en el que la fíbula está hecha. También ha sido considerada etrusca una fíbula procedente de Cerveteri, con un leoncito que sostiene una placa con sus patas anteriores y que se conserva en el British Museum (23).

Pero las fíbulas leontomorfas que más nos interesan por su proximidad a la nuestra son las del importante conjunto recogido en la zona centro-oriental de Francia. Ya René Joffroy en su estudio publicado en 1964 (24) contabilizó diez fíbulas con figura de león completo y, posteriormente, M. Feugère (25) llega a situar catorce en su mapa de dispersión. Todas las fíbulas recogidas, a excepción de una, pertenecen a un grupo muy homogéneo que responde a las siguientes características: 1. El león sostiene con sus patas delanteras una pequeña plancha de bronce de forma cuadrada o trapezoidal,

o incluso redondeada, muchas veces decorada con incisiones, que recubre el guardapuntas de la aguja, guardapuntas que pende de dicha placa; 2. El resorte está encerrado en una especie de cajita cilíndrica totalmente cerrada que en su parte inferior es atravesada por la aguja, siguiendo el tipo que hemos descrito al hablar de las fíbulas de «resorte protegido»; 3. La figura del león mantiene unas medidas bastante generalizadas de 17 mm de largo por 15 mm de alto y se caracteriza por tener una parte trasera muy reducida en relación con la parte anterior del cuerpo, muy engrosado debido principalmente a la gran melena, presentando además unas extremidades delgadas y un talle estrecho; 4. En algunas fíbulas la figura del león está muy estilizada, pudiendo hablarse de un verdadero proceso degenerativo que llega a producir formas difícilmente reconocibles, como lo es, por ejemplo, la fíbula procedente de la galería sur del Santuario de Bolards (Nuits-Saint-Georges) (26).

La otra fíbula de este conjunto es, aunque próxima, un poco diferente al grupo presentado. El leoncito no sostiene con sus patas delanteras ninguna chapa y en realidad no forma con su cuerpo el arco de la fíbula, sino que se apoya sobre el mismo, tocándolo con el pequeño saliente que baja desde su torso, y deja libres las patas delanteras en una posición que casi podríamos denominar de león rampante. Esta fíbula apareció en la tumba 30 de la necrópolis de Prunay, en el Marne, dentro de un vaso que encerraba restos de incineración, y que se ha fechado a comienzos de la segunda mitad del siglo I d. C. (en esta tumba aparecieron dos medios bronce de Augusto y un medio bronce de Nerón). Esta pieza (figura 2) que sólo conocemos a través del dibujo publicado por Joffrey y de la que este autor dice que está hecha con estilo realista, presenta unas evidentes semejanzas con la que nosotros presentamos aquí, si bien también hay alguna diferencia que, puesto que no conocemos la pieza en sí sino un dibujo un tanto impreciso y sin escala, haremos notar con una cierta cautela. En primer lugar nuestra

pieza es un poquito más grande y su silueta resulta más elegante. En segundo lugar debo referirme al arco, que en la fíbula de Prunay arranca de la parte superior de la ballesta (mientras que la aguja sale de la parte inferior) y sigue, en línea recta descendente, para formar, en su extremo, el guardapuntas. Desconozco si el dibujo publicado responde exactamente a la pieza, por haberse hallado completa, o si es, en parte, una reconstrucción. Confieso que a la vista de la fíbula que es objeto de nuestro estudio, y teniendo en cuenta que es perfectamente visible el arranque del arco, me resulta difícil admitir que en la de Prunay, y siendo el resorte protegido, la aguja salga por un sitio y el arco, filiforme, por otro. De ser una reconstrucción, me parece más acertada la solución que nosotros presentamos y que, además, ofrece la ventaja de que permite al león estar en una posición rampante más adecuada y no caído hacia adelante, como sucede en Prunay. Desde luego, a pesar de estas pequeñas diferencias es esta fíbula de Prunay el paralelo más cercano que hemos encontrado para la nuestra.

CRONOLOGIA Y DISPERSION

A la hora de precisar una cronología para nuestra fíbula, y ante la dificultad que plantea un hallazgo sin contexto arqueológico, estimamos que es preciso tener en cuenta las siguientes deducciones, extraídas de cuanto llevamos dicho en este estudio y de las conclusiones a las que han llegado los autores que se han ocupado de estas piezas.

1. En primer lugar está el hecho de que la fíbula presenta el resorte protegido, si bien éste es un tanto diferente de los resortes protegidos de otras piezas, y concretamente del grupo de piezas leontomorfas con plaquita en las garras delanteras o al conjunto de fíbulas de cola de pavo y placa romboidal, también con león, generalmente muy estilizado. En nuestra fíbula, como ya dijimos, se ha amoldado al resorte una placa rectangular, mediante un procedimiento de martillado. Estos resortes protegidos, poco corrientes en Hispania, son frecuentes en la Ga-

lia, donde no parecen haber sobrepasado la mitad del siglo I d. C.

2. Tanto el tema del león en sí como el modo de su ejecución y estilo, sorprenden por sus semejanzas con modelos etrusco-romanos, hasta tal punto que algunos estudiosos quisieron ver en las fibulas de León joyas directamente derivadas de aquéllos (sabemos que desde el siglo VI d. C. los etruscos fabricaron fibulas con leones que llevan placas en sus patas delanteras). Sin embargo, y a juicio de Joffroy (27), «es difícil establecer una filiación a lo largo de medio milenio», por lo que más bien se trataría del «resurgimiento de un tipo olvidado que de una filiación propiamente dicha». Para Feugere (28), sean quienes sean los intermediarios, la influencia oriental es manifiesta. Para Labrousse (29) estas piezas (que no tienen ningún parentesco con las fibulas zoomorfas de la Baja Epoca) tienen su prototipo en «ciertas fibulas de la Edad del Hierro italiano». Y para Soutou (30) la fabricación de

estas fibulas debe ser atribuida a «un artesano que vive en un medio céltico», aunque es preciso tener en cuenta que dichas fibulas no tienen nada que ver con las fibulas celtibéricas con figuras humanas y animales halladas en España ni con las fibulas célticas del final de La Tène con arcos zoomorfos o antropomorfos que se encuentran en Alemania.

3. Estas fibulas leonomorfas tienen en la Galia una extensa área de dispersión, que se sitúa principalmente en la zona centro-este. Feugere (31) propone Alesia como el lugar del taller de fabricación original, basándose en que las excavaciones realizadas en Alise-Sainte-Reine han dado cuatro ejemplares, y precisa que Roanne y Gergovie son los puntos más meridionales en los que han aparecido piezas de este tipo lo que, según este autor, evidencia un comercio hacia el sur. Fruto quizá de ese comercio hacia el sur son las piezas que se encuentran en España, tanto la que es objeto de este estudio,

como otras pertenecientes al grupo de fibulas de León con una placa en sus patas delanteras (32).

4. La cronología dada a estas fibulas es, con bastante unanimidad, la de la primera mitad del siglo I d. C. El hecho de que algunas piezas se hayan encontrado en estaciones galo-romanas, continuadoras de «hábitats» galos, podría situarlas, según Corot (33), en el período de La Tène III, pero los elementos a los que algunas de estas piezas han aparecido asociadas nos llevan con mayor probabilidad a la época Julio-claudia.

5. Concluyendo, creemos poder afirmar que nuestra pieza (un ejemplar verdaderamente excepcional por su calidad y tipología, no sólo en España sino también en relación a las piezas galas) es una pieza de importación, llegada de la Galia, con una cronología que se sitúa en la primera mitad del siglo I d. C. y con una relación tipológica evidente con prototipos etrusco-romanos y celtas mucho más antiguos.

NOTAS

(1) Vid. Alonso Sánchez, M. A.: «Una nueva fibula de tipo 'AUCISSA' en la Carpetania», *BAEAA*, número 20, 1984. *Idem*: *Los "osculatorios": todavía algo más*, Homenaje al doctor G. Nieto (en prensa).

(2) Agradezco al señor Fernández de la Cigoña que me haya confiado esta pieza para su estudio.

(3) Almagro Bach, M.: «Sobre el origen posible de las más antiguas fibulas anulares hispánicas», *Ampurias*, número XXVIII, 1986, páginas 222-229, figura 16.

(4) Schule, G.: *Las más antiguas fibulas con pie alto y ballesta*, TSHPH, 1961, páginas 35 y 36.

(5) Cuadrado, E.: «Precedentes y prototipos de la fibula anular hispánica», *T. de Preh.*, número VII, 1963, página 24.

(6) Vilaseca Anguera, S. y otros: *La necrópolis de Can Canyis*, 1963, figura 3 y lámina VII.

(7) Domingo Varona, L.: «Los materiales de la necrópolis de Almaluez (Soria)», conservados en el Museo Arqueológico Nacional, *T. de Preh.*, número 39, 1982, páginas 246-248, figura 2.

(8) Las fibulas de resorte protegido con arco interrumpido fueron llamadas por sus primeros estudiosos «fibulas militares», basándose en que entonces habían sido descubiertas principalmente en la zona este de la Galia, por encima de la línea del

Rhin o en Suiza, en las zonas de los campamentos. En realidad es un tipo de fibulas muy extendido por todo el territorio de la Galia, constituyendo el 10 por 100 de las fibulas encontradas. Vid. Dollfus, M. A.: *Catalogue des fibules de Bronze de Haute Normandie*, 1973, página 96.

(9) García y Bellido, A.: *El arte ibérico en España*, 1980, página 71.

(10) *Ibidem*.

(11) Almagro Gorbea, M.: «Los relieves mitológicos orientalistas de Pozo Moro», *T. de Preh.*, número 35, 1978.

(12) Blázquez, J. M.: *Primitivas religiones ibéricas*, II, 1983, página 157, donde el autor hace suya la afirmación de A. Blanco Freijeiro.

(13) *Idem*: *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, 1968, página 157.

(14) *Ibidem*.

(15) Varios Autores: *Der Keltenfürst von Hochdorf*, 1986, página 127, figuras 143 y 144.

(16) *Ibidem*: página 129, figuras 147 y 148.

(17) *Ibidem*: página 161, figuras 56 y 57.

(18) *Ibidem*: páginas 150 y 151, figuras 172, 173 y 174.

(19) Las primeras fibulas adornadas con animales se dan en el siglo VII a. C. en la cultura de Este II (Italia). Vid.: *Studi sulla cronologia delle civiltà di Este a Gelasca*, 1975.

(20) Guzzo, P. G.: *Le fibule in Etruria dal VI al I secolo*, 1972, páginas 105 y ss.

(21) *Ibidem*: páginas 107 y 108, lámina XXIV.

(22) Coche de la Ferte, E.: *Les bijoux antiques*, 1956, lámina XXXVIII, 1.

(23) Joffroy, R.: «Les fibules zoomorphes du type au lion», *OGAM*, T. XVI, Fasc. 1-3, páginas 7 y ss.

(24) *Ibidem*: páginas 8 y 9.

(25) Feugere, M.: «A propos de deux fibules de type leontomorphe trouvées a Roanne (Loire)», *Revue Archeologique de l'Est et du Centre-Est*, T. XXVIII, Fasc. 3 y 4, páginas 384 y ss.

(26) Fauduet, I. y Pommeret, C.: «Les fibules du sanctuaire des Bolards a Nuits-Sain-Georges (Côte d'Or)», *Revue archeologique de l'Est et du Centre-Est*, T. XXXVI, Fasc. 1 y 2, página 69, figuras 12 y 57.

(27) Joffroy, R.: *op. cit.*, página 10.

(28) Feugere, M.: *op. cit.*, página 385.

(29) Labrousse, M.: «Les fouilles de Gergovie (1945-1946)», *Gallia*, T. VI, 1948, página 87.

(30) Soutou, A.: «La fibula aux lions de La Couvertorade (Aveyron)», *OGAM*, T. XVI, Fasc. 1-3, 1964, páginas 189 y ss.

(31) Feugere, M.: *op. cit.*

(32) Agradezco al señor Andrés Chastel las noticias que me ha dado acerca de tres fibulas pertenecientes a este tipo, de las que he podido ver dos, una hallada en León y otra sin contexto arqueológico.

(33) Corot, H.: «Les fibules pre-romaines trouvées sur le plateau d'Alesia», *Pro Alesia*, T. XI, 1927, lámina II, figura 8.

ESTUDIO TECNOLÓGICO

Joaquín BARRIO MARTÍN
Universidad Autónoma de Madrid

A falta de unos análisis precisos sobre la composición metálica concreta de esta fibula, a simple vista puede afirmarse que se trata de un bronce.

La técnica de factura es factible calificarla de «mixta» en base a la complementación de dos procesos: *el proceso de fundición y el proceso de acabado posterior*, mediante una técnica de trabajo manual. De una forma gradual, y, por supuesto, esbozándolo hipotéticamente a partir de los datos observados en el objeto manufacturado, la técnica seguida sería la siguiente:

- Preparación del molde para fundición en bulto redondo, tanto para la figura zoomorfa que constituye el puente de la fibula, como para la aguja y resorte de ésta.

- Fundición por colada sobre un molde perdido, con la obtención de una pieza de bronce, en la que sólo se tendrían los rasgos estructurales de la figura. Su posición debió de ser invertida o la colocación actual.

- Trabajo de acabado mecánico; el primer paso sería el desbastado del bloque mediante limas (rasgos bien identificables en la panza y el pecho del león), hasta conseguir la perfecta estructura estilizada del cuerpo de la figura rampante. De este modo, se rebajaría el grosor de la panza, torso, patas, etcétera. En un segundo momento, por medio de martillado se estiraría la carcasa, donde se recogerá el muelle.

Finalmente, con un trabajo fino a buril se realizarían todos los detalles de la melena, espina dorsal y el almohadillado de la carcasa-pedestal de la fibula, sobre la que se levanta el león.

- Posible soldadura del arco, hoy perdido, sobre el cual apoyaba el vástago saliente bajo el pecho del león.

- Como última actividad del proceso mecánico, se repasaría el resorte rematando la punta de la aguja. Todo este proceso mecánico acabaría con el pulido generalizado de la fibula.

Una vez confeccionados ambos elementos de la fibula, sólo restaría insertar el resorte previamente enrollado cerrando la carcasa, de donde sólo saldrían la aguja y el arco.

RESTAURACION Y CONSERVACION

La fibula presentaba desde el primer momento un buen estado de conservación, sin graves problemas que pusiesen en peligro su pervivencia física o la pérdida y deformación de sus rasgos sustanciales.

Los escasos elementos de deterioro se pueden cifrar en los siguientes:

- *Adherencias terrosas*, en ocasiones cimentadas por una capa débil de carbonatos; la mayor cantidad aparecía en el resorte.

- *Presencia reducida de carbonatos de cobre no deformantes*, y que optamos por mantener.

- *Los focos de cloruro de cobre* eran pocos y con ataque muy superficial.

- *Óxidos de cobre*: unos como la cuprita presente, bien en forma de pequeños abultamientos que ocultaban la superficie original de la pieza, o bien como una pátina homogénea dispuesta sobre el resorte. Otros óxidos como la tenorita, verdadero pátina del cobre, tienen una disposición muy irregular sobre la superficie del objeto.

- *Pérdida de material* como producto del deterioro: guardapuntas, aguja, arco, rebordes de la carcasa...

Ante este estado de conservación y dada la calidad de la fibula y, sobre todo, la extraordinaria precisión y meticulosidad de sus finos rasgos escultóricos, optamos por un *tratamiento de limpieza mecánica manual*. Dicho tratamiento se ha ido combinando con sucesivos lavados y cepillados en acetona, a fin de arrastrar los residuos de polvo desprendidos e insertados en las incisiones a buril. De este modo eliminamos todos los productos deformantes que podrían causar el deterioro de la pieza. Por otra parte, la escasa y superficial incidencia de los cloruros ha posibilitado su buena extracción mecánica. Del mismo modo, se han conservado los carbonatos y óxidos no deformantes, que vienen a constituir una pátina heterogénea aunque altamente estable para esta pieza.

En última instancia, esta limpieza se completó con otra mediante torno eléctrico con brocas blancas de caucho-grafito y cepillos.

Los resultados de este tratamiento de limpieza han puesto al descubierto casi totalmente los rasgos de la melena, cabeza espina dorsal,... realizados a buril, y que se constituyen en la mayor precisión técnica y artística de esta pieza excepcional.

A fin de evitar la afloración o rebrote de los focos de cloruros, hemos procedido a la obturación de éstos mediante óxido de plata, provocando en un medio de alta humedad su estabilización.

Como culminación de este tratamiento de conservación hemos elegido una cera microcristalina aplicada en película fina sobre su superficie, que la impermeabiliza y la aísla del medio, evitando su deterioro por agresión de este factor.

REFLEXIONES SOBRE LOS ESCUDOS DE LAS ESTELAS TARTESICAS

Manuel BENDALA GALAN

En diciembre de 1981 visitaba con don Juan Maluquer y otros colegas y amigos las salas del Museo Provincial de Cáceres. Ante una de las estelas de guerreros del suroeste comenzamos un diálogo sobre su significación, que, a poco de iniciado, empezó a discurrir por los senderos de una casi acalorada discusión, como a menudo acaece cuando los arqueólogos nos enfrascamos en alguno de los muchos temas polémicos de nuestro pasado. Doña María de Maluquer contemplaba la escena con actitud entre comprensiva y divertida, como quien presencia una dramaturgia que le era ya muy familiar, curtida como está por los aires de centenares de ventoleras parecidas.

Comienzo con esta breve rememoración mi modesta aportación al homenaje que la Asociación de Amigos de la Arqueología rinde a don Juan y a don Antonio Beltrán, para hacer constar que lo que sigue debe tomarse como una continuación de aquella animosa —y para mí apasionante— discusión, mantenida también, en otras y diversas ocasiones, con don Antonio, sobre todo por cuanto, a la hora de tratar de las estelas, hay que contar muy mucho con la aparecida en Luna, en las tierras zaragozanas que tan de cerca vive y vigila científica y humanamente el profesor Beltrán.

Me acojo, por lo demás, a estos arranques para dar licencia al tono de mi escrito, no tanto el propio de un artículo, sino el más distendido de una conversación —erudita si se quiere—, y que me parece, además, apropiado a su particular destino. Prescindiré de las notas a pie de página —aunque no faltarán referen-

cias a algunos trabajos—, pues de lo que se trata es de poner por escrito unas pocas ideas sobre la significación de ciertos aspectos o elementos de las estelas, en particular de los escudos, ideas que aguardan una contrastación científica más reposada que algún día tengo el propósito de acometer.

Empecemos por subrayar la importancia de los aspectos compositivos de las estelas, insuficientemente tratados en la ya larga serie de estudios a ellas dedicados. Se ha puesto particular énfasis en el análisis de las figuras y objetos representados, observados como elementos aislados, y a partir de esos análisis, teniendo en cuenta el conjunto o la suma de datos que aportan, se ensaya la valoración histórica y cultural de las estelas. No han faltado alusiones a los conjuntos, formas de agrupación o sistemas de relación, pero ocupan generalmente un plano secundario, o son observados en su dimensión estrictamente tipológica. Creo, sin embargo, que una mayor atención a las composiciones puede significar una nueva vía metodológica en el tratamiento de las estelas, con consecuencias decisivas para las deducciones o conclusiones finales que de ellas puedan extraerse.

En las estelas se advierten normas o principios compositivos evidentes a poco que se las observe con el propósito de ver si existen. He tenido ocasión de señalar en otro lugar (*Homenaje a Luis Siret*, Sevilla, 1986 páginas 530 y ss.), cómo en las estelas con figuras humanas se aprecian nexos compositivos, tales como la colocación de las espadas con la empuñadura cerca de la mano derecha del personaje (estelas de Fuente

de Cantos, Ategua, Cuatro Casas, Torrejón del Rubio III, Cabeza de Buey III, etc.), cuando no están cruzadas sobre el cuerpo, según se llevaban; o un detalle similar en el gesto que hace la figura situada tras el carro de la estela de Ategua, que dirige la mano hacia el asidero del carro como para disponerse a subir a él.

Pero aparte de estas apreciaciones obvias, más notable resulta la importancia compositiva que muy repetidas veces se concede al escudo. En las más sencillas, correspondientes al subtipo IIA de Almagro (figura 1), el escudo ocupa el centro de la composición, encuadrado entre una espada y una lanza. En el subtipo IIB (figura 2) se mantiene con acusada regularidad el mismo esquema, añadiendo a los elementos básicos del grupo anterior otras representaciones, entre ellas el carro (estelas de Valencia de Alcántara II, Torrejón del Rubio I). Se subraya más en este subtipo la particular relevancia del escudo, que se magnifica visualmente al conservar su lugar privilegiado en el centro de la composición y también su tamaño, engrandecido por el contraste con el carro, que resulta diminuto a su lado, y con los demás objetos o armas.

La misma o parecida importancia conserva el escudo en las estelas del subtipo IIC (figuras 3 a 5), las que se caracterizan por la inclusión de una o más figuras humanas. Es cierto que en este último grupo la figura humana llega a adquirir el papel de elemento principal de la composición, ya sea porque se le reserva el lugar central, como en las estelas de Carmona (figura 5.2), Ecija (figura

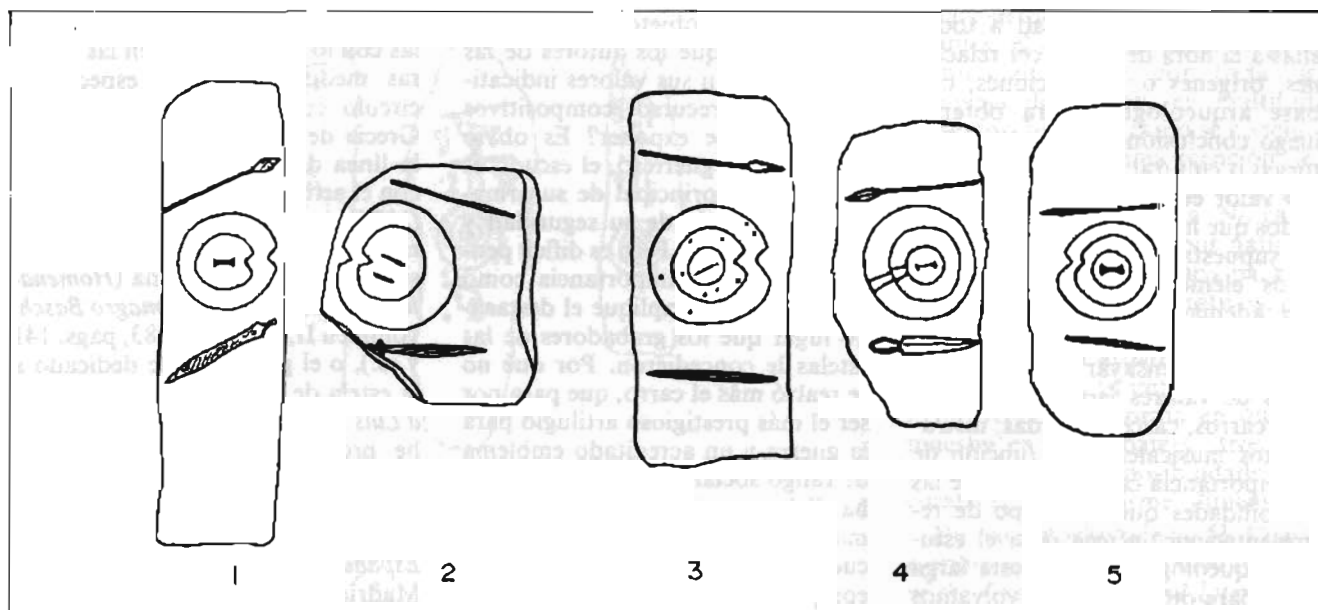


Fig. 1. Estelas del grupo 1 (subtipo IIA de Almagro). 1, Ibahernando; 2, Arroyo Bonaval; 3, El Carneril; 4, Robledillo de Trujillo; 5, Granja de Céspedes. Según M. Almagro Gorbea.

5.4) y Torrejón del Rubio III (figura 5.3), ya sea porque se la sitúa en la zona más alta de la estela, como vértice de la composición y aupada sobre el resto de las representaciones. La gran estela de Ategua (figura 5.5) proporciona el ejemplo más destacado de esto último, y es fenómeno que se repite en bastantes casos: estelas de Fuente de Cantos (figura 5.1), Magacela (figura 4.3), Ervidel II (figura 4.2), Cabeza de Buey II (figura 4.4), Setefilla (figura 4.5), Figueira (figura 4.1) y otras. No voy a detenerme en analizar hechos ya señalados —por ejemplo por M. Almagro Gorbea (*El Bronce Final y el período orientalizante en Extremadura*, Madrid, 1977, págs. 177 y ss.)—, como la repartición preferente de las estelas del grupo IIC en el entorno del Guadalquivir, y el hecho de que los escudos redondos sin escoadura suelen aparecer en estelas en las que se destaca señaladamente la figura humana por su colocación y su tamaño relativo (estelas de Ategua, Carmona, Fuente de Cantos y otras) (figura 5).

Sin embargo, la presencia de la figura humana no siempre desplaza al escudo de su especial protagonismo compositivo. Son muchos los casos en los que el escudo se destaca, por tamaño y colocación, en el centro de la composición, y, como

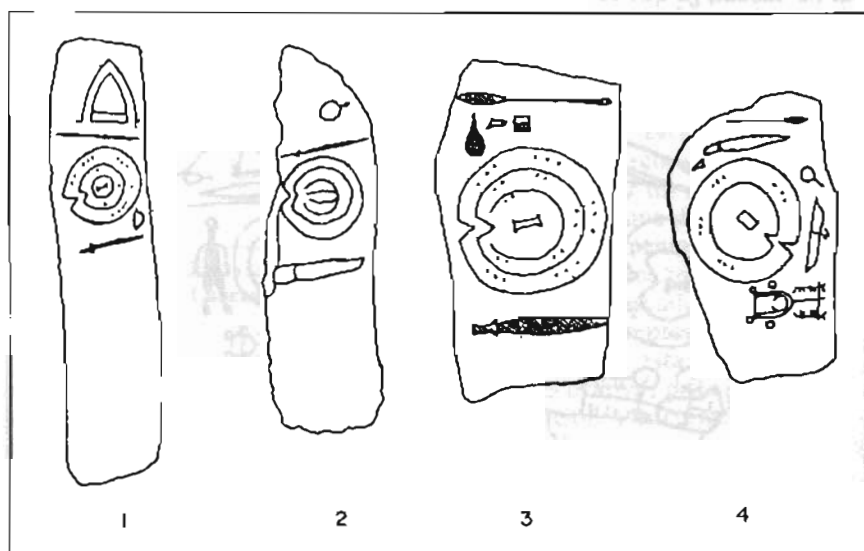


Fig. 2. Estelas del grupo 2 (subtipo IIB de Almagro). 1, Santa Ana de Trujillo; 2, Alburquerque; 3, Brozas; 4, Torrejón del Rubio I. Según M. Almagro Gorbea.

ocurre con el subtipo IIB, las demás representaciones se le subordinan, incluidas las figuras humanas. Puede comprobarse en las estelas de Solana de Cabañas, Zarza de Montánchez, Cabeza de Buey I, o una de las halladas en El Viso (figura 3 y figura 4.7). En muchas más (Cabeza de Buey II y III, Figueira, Ervidel II, Setefilla, Torres e Allocaz y otras), puede verse que el escudo sigue siendo objeto de representación preferente, en su colocación y en su ta-

maño en relación con las figuras humanas (figura 4).

Es obvio, pues, que del análisis compositivo se desprende que el escudo, además de ser el elemento más constante en las estelas (son verdaderas excepciones aquellas en las que falta), es un objeto de especial significación. Es obligada una primera deducción de método en el estudio de las estelas, la de que en la globalidad de las representaciones existe una jerarquía que impide

poner en pie de igualdad a todas ellas a la hora de establecer relaciones, orígenes o vinculaciones, con base arqueológica, para obtener luego conclusiones de carácter histórico o cultural. No tendrá el mismo valor cuanto se diga de los escudos que lo que pueda extraerse de las supuestas fíbulas, los espejos u otros elementos secundarios, que son, además, de difícil clasificación y hasta de identificación problemática. Cabría ensayar una escala general de valores jerárquicos (escudos, carros, cascos, espadas, instrumentos musicales...) en función de su importancia compositiva y de las posibilidades que cada tipo de representaciones ofrece para el estudio arqueológico. Quede esta larga tarea para otra ocasión, y volvamos ahora a los escudos.

Si resulta seguro que el escudo adquiere en las estelas una relevancia no casual, ¿a qué se debe ese fe-

nómeno y qué objeto tiene —si tiene alguno— que los autores de las estelas resalten sus valores indicativos con los recursos compositivos que acabo de exponer? Es obvio que, para un guerrero, el escudo es un elemento principal de su armamento, garantía de su seguridad y su supervivencia. Pero es difícil pensar que sólo su importancia como arma defensiva explique el destacado lugar que los grabadores de las estelas le concedieron. Por qué no se realzó más el carro, que pasa por ser el más prestigioso artilugio para la guerra y un acreditado emblema de rango social y económico. Ya se ha dicho que incluso la figura humana se empequeñece al lado del escudo y se le subordina en bastantes composiciones. La razón ha de ser, por tanto, distinta y más profunda, y hay que buscarla por otros caminos.

En varios estudios he recurrido a

contrastar el contenido de las estelas con lo que nos ofrecen las culturas mediterráneas, en especial el círculo cultural micénico y de la Grecia del periodo Geométrico. Es la línea de indagación emprendida con el artículo publicado en *Habis* 8 (1977), y seguida en estudios posteriores como el del instrumento musical de la estela de Luna (*Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, volumen II, Madrid, 1983, págs. 141 y ss.), o el parcialmente dedicado a la estela de Zarzacapilla (*Homenaje a Luis Siret*), a partir de todo lo cual he propuesto determinadas interpretaciones globales, expuestas con algún detalle en el capítulo sobre Tartessos de la *Historia General de España y América* (volumen I, 1, Madrid, 1985, págs. 593 y siguientes). La idea de que la fase inicial —o *Periodo Geométrico*— de Tartessos, al que corresponden las estelas, puede guardar una relación bastante directa con la expansión hacia occidente de un impulso cultural y humano originario de la civilización micénica en sus etapas finales, impulso asociado a los trastornos causados por los «Pueblos del Mar» y al que ellos mismos se vinculan, no carece de verosimilitud; y es hipótesis que encuentra un último apoyo con la aparición de cerámicas clasificables como micénicas —del Micénico III B o C— en el yacimiento de Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba), que excava J. Clemente Martín de la Cruz (*Revista de Arqueología*, 78, 1987, págs. 62 y ss.).

Independientemente de la discusión que pueda y deba mantenerse acerca del difícil problema del origen de Tartessos, y de la interpretación del conjunto de las estelas, resulta casi incuestionable la validez de las vías propuestas como aproximación al significado que las representaciones de aquéllas tienen. Aparte de detalles concernientes, por ejemplo, a la identificación de los instrumentos musicales de cuerda, la idoneidad de las pautas consideradas se hace más patente al aportar claves como las que permiten una nueva y mejor «lectura» de la compleja y significativa estela de Ategua (figura 5.5). Sus escenas adquieren pleno sentido al interpretarlas a la luz de lo que se contempla

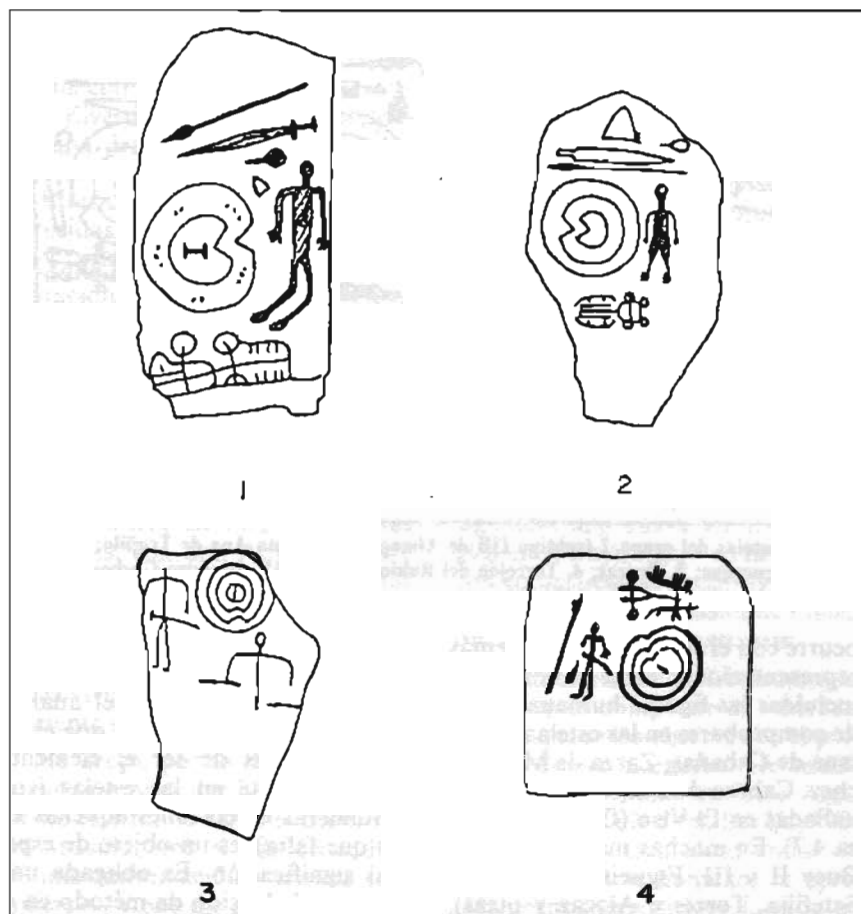


Fig. 3. Estelas del grupo 3 (subtipo IIC de Almagro). 1, Solana de Cabañas; 2, Zarza de Montánchez; 3, Torres Alocaz; 4, El Viso (junto a Belalcázar). Según M. Almagro Gorbea y M. Bendala.

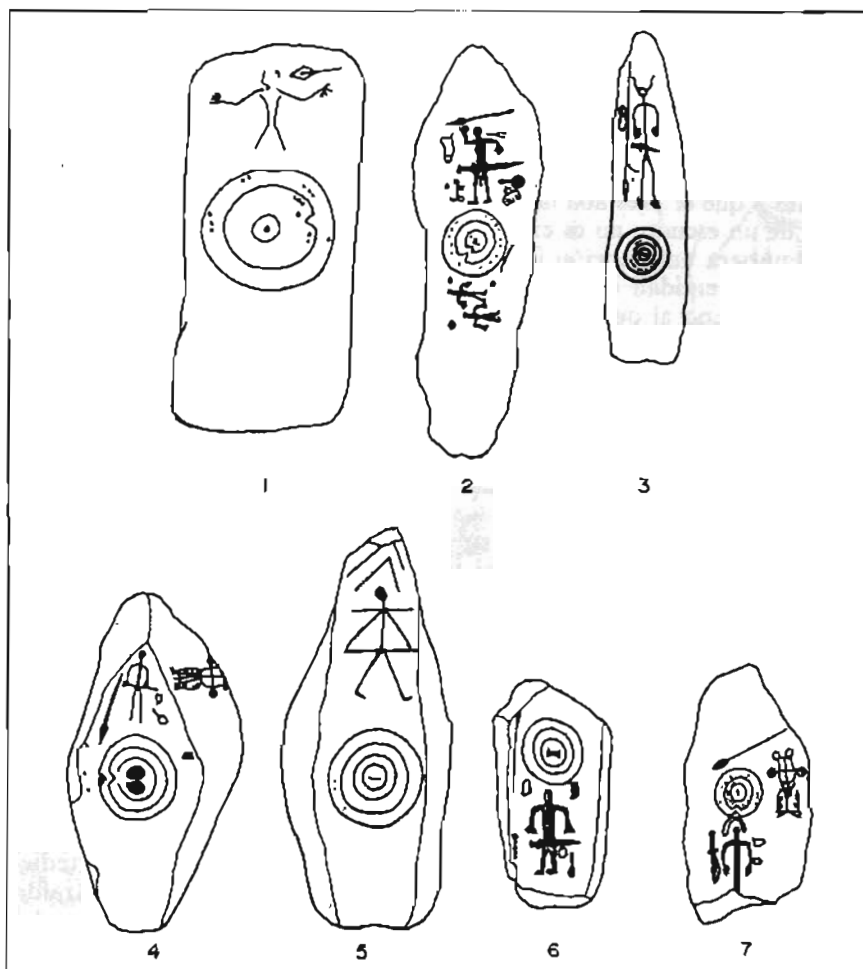


Fig. 4. Estelas del grupo 3 (subtipo IIC de Almagro). 1, Figueira; 2, Ervidel II; 3, Maga-cela; 4, Cabeza de Buey II; 5, Setefilla; 6, Cabeza de Buey III; 7, Cabeza de Buey I. Según M. Almagro Gorbea.

en los lárnakes micénicos o en los vasos del Dípylon: bajo el guerrero se representa una *próthesis*, con los animales destinados al sacrificio; debajo, una escena de carro que debe tener significado funerario; y, por último, una danza fúnebre realizada por dos grupos de individuos tomados de las manos, la misma que a menudo se representa en los vasos del Geométrico griego y que se hacía al son de una forminge, equivalente a los instrumentos de cuerda bien documentados en las estelas de Luna y de Zarzacapilla (y quizá en alguna otra, como la misma de Ategua). Debe descartarse la interpretación tantas veces repetida que ve en los danzantes una representación de los servidores del personaje al que se dedicó el monumento. Por otra parte, está generalmente aceptado el origen «oriental»

o mediterráneo de los escudos y de los carros de las estelas (sobre esto último, puede verse el trabajo reciente de M. Fernández Miranda y R. Olmos, *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica*, Madrid, 1986).

Con todo, la búsqueda de una explicación a la importancia concedida al escudo en las estelas tartésicas vuelve a encontrar indicios de interés si se observa la significación del escudo en la tradición micénica y griega y, por extensión, en el desarrollo de esa tradición en las culturas clásicas de tiempos más recientes.

En el arte micénico y griego se observa que los escudos son objeto de una particular atención, hecho que también se advierte en la literatura griega. Ya en el canto XVIII de la *Iliada*, cuando Homero describe

las armas que Hefaiosforjó para Aquiles, el escudo es descrito pormenorizadamente, con toda su compleja decoración, en multitud de versos; luego, el canto se concluye con una rapidísima mención de la coraza, el casco y las grebas que completaban la armadura. No cabe duda que el escudo es, por naturaleza, un soporte magnífico para el desarrollo de temas decorativos, pero esta cualidad no explicaría por sí sola la atención artística y literaria que se le prestó; su importancia para la defensa, la forma en que se muestra en el combate y otros factores, dieron a sus posibilidades decorativas una enorme dimensión.

No hace mucho que G. H. Chase escribió un libro (*The Shield Devices of the Greeks in Art and Literature*, Chicago, 1979) en el que indagaba sobre los principios que, en el mundo griego, determinaron la atención al escudo y la selección de los temas decorativos que ofrece. Recuerda que, según Heródoto (I, 171), fueron los carios quienes pusieron crestas en sus yelmos y decoraron con emblemas sus escudos. El dato corrobora el hecho constatado de que hubo de ser un impulso de origen oriental el que dio lugar al gusto por la ornamentación de las armaduras entre los micénicos. El estudio de sus escudos, bien documentados en representaciones diversas, permite establecer dos fórmulas decorativas principales: la ornamentación estrictamente geométrica y la basada en temas figurados—animales feroces, por ejemplo—, que buscan, sobre todo, dar al escudo un aspecto terrible.

En la civilización micénica tiene particular relieve el escudo en forma de ocho, sobre cuyo posible significado religioso o simbólico se viene discutiendo desde que se descubrió esta primera civilización griega. Gardner, Reinach, Blinkenberg, Picard y otros autores consideraron que el escudo era un emblema de culto y objeto de adoración, la mejor prueba de la existencia de formas de hoplolatría entre los micénicos; es, sin embargo, opinión de la que disienta Nilsson. Los partidarios de la idea de la sacralización del escudo se basan en numerosos testimonios que parecen evidenciar el

significado mágico o religioso del escudo, entre ellos escenas pintadas o representadas en anillos y gemas que muestran una especie de ídolo en el que el cuerpo está constituido por un escudo en forma de ocho. La aparición de estos escudos como posible emblema protector en el palacio de Knossós y otros muchos indicios, llevan a G. E. Mylonas (*Mycenaean Religion. Temples, Altars and Temeneia*, Pragmateiaites Akademias Athenon 39, 1977, págs. 111 y ss.) a suponer que el escudo en forma de ocho era un símbolo especial de la «Diosa de la Guerra» y emblema protector de la ciudad o del lugar en que se hallara.

La relación de este escudo con el origen del *Palladium* es señalada también, recientemente, por B. Rutkowski en su estudio sobre las más antiguas representaciones culturales de los griegos: *Frühgriechische Kultdarstellungen* (Mitt. des DAI, Ath. Abt., 8 Beiheft, Berlin, 1981). Según este autor, el escudo en forma de ocho pudo ser el emblema de una divinidad o una hipóstasis de ella. Por otra parte, hace tiempo que investigadores como Furtwängler y Webster relacionaron el escudo en ocho micénico con el representado en los vasos del Dípylon; su función en época Geométrica, cuando se suponía que ese particular escudo no estaba ya en uso, era la de otorgar un tono heroico o heroizante a las escenas en las que aparece. Son bien sabidas las referencias al pasado micénico, como en la poesía homérica, en el arte griego geométrico, de forma que el típico escudo representado en los vasos de esta época —redondeado y con amplias escotaduras curvas en los lados—, que se convierte en ocasiones en el cuerpo mismo de los guerreros o los aurigas, podría ser una forma de aludir al pasado micénico y subrayar el tono heroico de las representaciones. El escudo beocio, del mismo tipo, tendría también una función heroizante, y sería tomado del mundo geométrico, como éste lo adoptó del micénico. Sobre esta cuestión ha tratado no ha mucho G. Ahlberg, discrepando en algunos puntos de las opiniones antiguas: *Fighting on Land and Sea in Greek Geometric Art*, Stockolm, 1971.

En cualquier caso, me parecen de mayor interés para nuestro caso alguna de las funciones asignadas a la decoración de los escudos, subrayadas en el trabajo antes citado de Chase. Dentro de las muchas posibilidades a que se prestaba la decoración de un escudo, no es extraño que adquiriera una función indicadora de la identidad de un individuo o del grupo al que pertenecía. Oculto el guerrero por su armamento defensivo, que lo hacía irreconocible, el escudo reunía todas las condiciones para convertirse en un medio eficaz de indicar externamente la individualidad de quien lo portaba, que se hacía reconocible por la particularidad de su aspecto o de su decoración.

Se constata en el arte griego una clara propensión a realzar los escudos y los motivos que los decoran: puede verse en las pinturas cerámicas o en las representaciones escultóricas. Hay que contar con que planteamientos compositivos o estéticos pudieron impulsar esa tendencia, pero es indudable que los emblemas de los escudos cumplían la importante función de hacer identificables a los personajes. Recorremos como ejemplo, entre los muchos que podríamos traer a colación, cómo en el frontón occidental del templo de Afaia es posible reconocer a Ayax en el guerrero situado a la izquierda de la diosa Atenea, gracias a que en el escudo quedan restos de la pintura que lo decoraba, un águila con una serpiente en el pico, el signo con el que, según Píndaro, anunció Zeus el nacimiento del héroe griego, hijo del rey de Egina, Telamón, y compañero de Aquiles. La deliberada colocación de los escudos de cara al espectador era el medio de hacer reconocibles a los principales participantes en las guerras troyanas que los frontones ilustran.

La literatura ofrece multitud de ejemplos expresivos de la función identificatoria que los escudos desempeñaban. En cualquier relato de batallas de la riquísima épica griega pueden espigarse alusiones a la individualización de un personaje por la enseña del escudo. Por ejemplo en la legendaria campaña de los siete contra Tebas, en cuyos prolegó-

menos ocurrió un episodio —transmitido por Apolodoro— que voy a permitirme relatar porque en él se percibe muy bien la relación —casi identificación— entre el guerrero y su escudo en virtud del emblema que contiene:

«Adrasto, rey de Argos, tuvo cinco hijos, dos de ellos hembras, Argía y Deípila. Un singular oráculo predijo que un día las daría por esposas, una a un león y la otra a un jabalí. En vano el rey se quebraba la cabeza buscando explicación a la oscura sentencia, y cuando las muchachas llegaron a la edad núbil, pensó casarlas de manera que no fuese posible la realización de la inquietante profecía. Pero la palabra de los dioses no podía ser burlada. De dos lados opuestos entraron dos fugitivos en Argos. Polinices había sido expulsado de Tebas por su hermano Etéocles; Tideo, hijo de Eneo y de Peribea, hermanastro de Meleagro y Deyanira, había huido de Calidón... Ambos fugitivos se encontraron ante el palacio real de Argos y, tomándose por enemigos en la oscuridad de la noche, se agredieron mutuamente. Adrasto, atraído por el estrépito de las armas, salió del castillo a la luz de las antorchas y separó a los contendientes. El rey se sorprendió al ver que en el escudo de Polinices campeaba una cabeza de león, y en el de Tideo, la de un jabalí. El primero llevaba aquel emblema en el escudo en honor de Herakles, el segundo, en recuerdo de la cacería del jabalí de Calidón y de Meleagro. Entonces comprendió Adrasto el significado del oráculo e hizo de los dos fugitivos sus yernos. A ambos prometió ayudarles a volver a sus patrias respectivas.»

Pero, más interesante aún que la función del escudo como vehículo de identificación individual resulta su utilización como medio de expresar la identidad nacional, la pertenencia a un grupo social determinado. Los de Mantinea, por ejemplo, llevaban el tridente de Poseidón en sus escudos; los de Tebas, una clava, en honor de Herakles sin duda. También era común escribir las primeras letras de su nombre nacional: los sicionios, Σ; etc. De la misma manera, la identificación emblemática de los ciudadanos de una polis

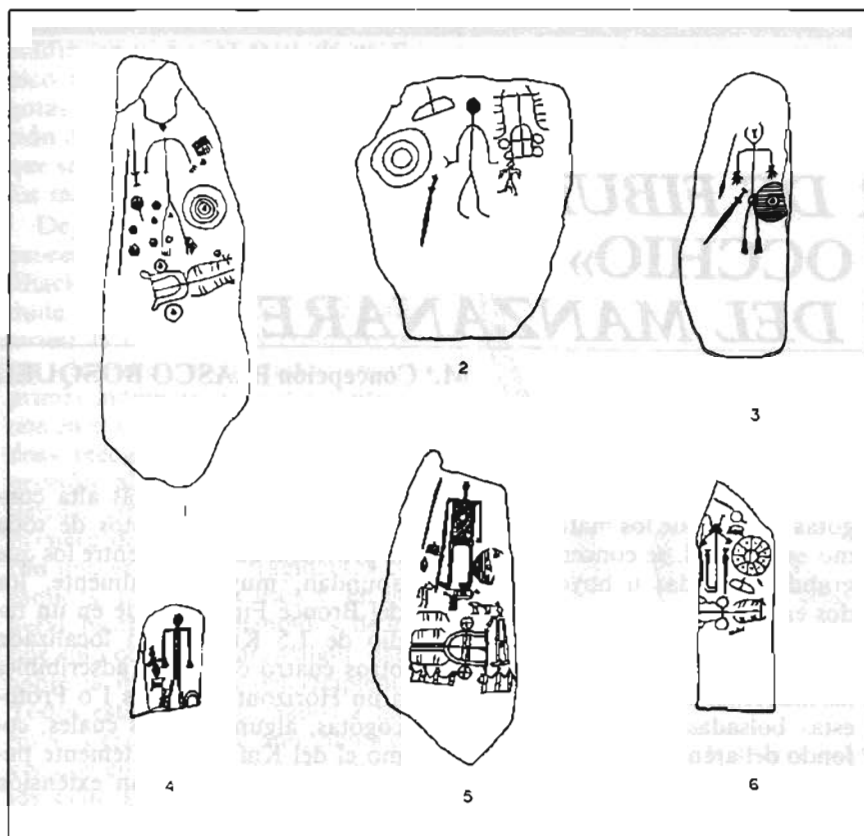


Fig. 5. Estelas del grupo 3 (subtipo IIC de Almagro). 1, Fuente de Cantos; 2, Carmona; 3, Torrejón del Rubio III; 4, Ecija; 5, Ategua; 6, El Viso. Según M. Almagro Gorbea.

a través de un escudo de forma y decoración características se manifiesta en algunos tipos monetales (de Beocia o Macedonia, por ejemplo).

Parece innecesario extenderse en realzar el hecho de cómo, en el lenguaje formal y artístico de las culturas clásicas, se mantuvo esta tradición, de manera que las armas en general, y los escudos en particular, se convirtieron en medios de reconocimiento de pueblos reales o fantásticos. Si las peltas identifican al pueblo mítico de las amazonas, los pueblos bárbaros con los que griegos y romanos fueron entrando en contacto, pacífica o belicosamente, podían ser reconocidos y aludidos mediante el escudo que les era característico. En las representaciones de armas amontonadas en conmemoración de triunfos militares, que se ponen de moda desde época helenística y tendrán amplia difusión entre los romanos, los escudos recibirán especial atención. En la Columna de Trajano, el más ilustre ejemplo de monumentos de esta cla-

se, el basamento se cubre con las armas de los dacios, entre las que sobresalen sus característicos escudos ovalados.

La caracterización etnográfica a través del tipo de armas que cada pueblo utiliza es seguida por autores griegos de época reciente, como Posidonio, Diodoro o Estrabón. Cuando este último se dispone a describir a los lusitanos, empieza por destacar la forma de su escudo, la manejable caetra: «Dicen que los lusitanos son diestros en emboscadas y persecuciones, ágiles, listos y disimulados. Su escudo es pequeño, de dos pies de diámetro, y cóncavo por su lado anterior; lo llevan suspendido por delante con correas, y no tiene, al parecer, abrazaderas ni asas. Van también armados de un puñal o cuchillo...» (Estrabón 3, 3, 6). A. Blanco se ocupó hace años de algunos restos de monumentos funerarios de Roma que deben evocar las guerras hispánicas, y entre ellos los de uno que ofrece en una metopa la típica caetra (*Habis* 2, 1971,

págs. 229 y ss.); su valor como emblema étnico debía ser claramente perceptible para los romanos. En esculturas hispanas, desde las esculturas ibéricas de Porcuna hasta las representaciones de guerreros lusitanos con la caetra sobre el abdomen, podemos encontrar ejemplos que ilustran la importancia concedida al emblemático escudo.

Me estoy refiriendo, en suma, a una antigua y bien probada tradición que hace el escudo algo más que un arma defensiva. Su carácter emblemático, como expresión de un pueblo o una determinada comunidad, arranca al menos de los tiempos micénicos y de la Grecia antigua, y se mantiene después hasta perpetuarse en los blasones medievales y la tradición de los escudos de armas, que llegan a nuestros días. Y volviendo a la cuestión originaria de estas consideraciones, lo que me planteo es si el énfasis puesto en los escudos por los grabadores de nuestras estelas tartésicas tiene su razón de ser en que mediante ellos querían sus autores hacer expresa declaración de quiénes eran, a qué pueblo pertenecían. Más que un arma, o además de ello, el escudo debía ser un emblema nacional, y en función de ello habría que explicar la importancia que se le concede en el conjunto de las representaciones.

Que fuera un elemento heroizante, en virtud de lo que también se ha dicho, es otra posibilidad, aunque me inclino por pensar que pudo tener mayor peso lo primero. En cualquier caso, de lo que se trata es de poner de relieve una forma distinta de abordar la significación de los elementos de las estelas desde otros puntos de vista. Y sea cual fuere el resultado de las conclusiones que a partir de ellos se obtengan, lo que me parece claro es que no deben marginarse aspectos como los compositivos, que otorgan sin duda al escudo una significación peculiar. Muy difícil resulta, según lo dicho, que fuera uno de tantos objetos cuya presencia se explica como producto del comercio. Razones de más peso han de esgrimirse para justificar su presencia y sus repercusiones monumentales. Aparte de lo escrito en otros lugares, trataré de ellas en futuras ocasiones.

UN EJEMPLAR DE FIBULA DE CODO «AD OCCHIO» EN EL VALLE DEL MANZANARES

M.^a Concepción BLASCO BOSQUED

A pesar de los numerosos trabajos recientemente publicados sobre diversos aspectos del Bronce Final-Hierro I en la Meseta, estamos todavía lejos de conocer bien la dinámica del Horizonte cultural de Cogotas I que caracteriza, durante buena parte de esta etapa, a las tierras del interior peninsular, ya que son escasos los datos con que contamos para comprender bien la mecánica de sus relaciones intra y extrapeninsulares. La causa de estas deficiencias estriba, en buena medida, en la escasa variabilidad de los materiales muebles conocidos pues se reducen, casi exclusivamente, a la cerámica en la que domina preferentemente la propia tradición autóctona, faltando por el contrario los elementos metálicos que reflejan mejor la influencia de factores externos y proporcionan una cronología más precisa. A ello se suma la ausencia, casi absoluta, de conjuntos funerarios que es donde suelen aparecer las piezas mejor conservadas y las de carácter más excepcional. Por si fuera poco, los hábitats no presentan la suficiente estabilidad como para proporcionar secuencias estatigráficas que permitan conocer la evolución general de la cultura material.

Para ayudar a la comprensión de este horizonte cultural que ha proporcionado un altísimo índice de hallazgos en todo el espacio peninsular, ofrecemos aquí la novedad de un reciente hallazgo registrado en Perales del Río, Getafe (Madrid), en la cuenca del Manzanares, donde los trabajos de extracción de áridos han puesto al descubierto, una vez más, un yacimiento del Bronce Fi-

nal, perteneciente al Horizonte Cogotas I, en el que los materiales, como es habitual, se concentraban en grandes bolsadas u hoyos excavados en la arena de la terraza fluvial. En una recuperación de urgencia pudimos rescatar de las fauces de las máquinas el contenido de dos de estas bolsadas que había caído al fondo del arenero. Junto a la característica cerámica del momento obtuvimos también un excepcional ejemplar de fibula de codo *ad occhio* que nos ofrece datos interesantes sobre las relaciones exteriores de este círculo cultural.

El yacimiento se localiza en la hoja 582 correspondiente al mapa 1:50.000 del Instituto Geográfico Nacional, en la intersección de las coordenadas 3° 38' 10" de longitud oeste y 40° 19' 40" de latitud norte. Está situado a la altura del kilómetro 8,600, izquierda, de la carretera Madrid-San Martín de la Vega, en el lugar denominado Perales del Río, perteneciente al término de Getafe. Se trata de un lugar en el que, desde hace un par de años, se está llevando a cabo un intenso trabajo de explotación de áridos el cual ha vaciado materialmente la terraza del río en una amplia extensión, arrasando yacimientos arqueológicos de muy diversa naturaleza y cronología; desde el Paleolítico Inferior hasta la Edad Media.

Es un paraje abierto ubicado al borde de la terraza que domina el lecho de inundación del río, a unos 300 m del cauce actual, localización muy similar a la de la mayoría de los yacimientos de la Edad del Bronce madrileña. Además, este nuevo yacimiento se encuentra en

una de las zonas de más alta concentración de yacimientos de toda la provincia de Madrid entre los que abundan, muy especialmente, los del Bronce Final, ya que en un radio de 1,5 Km se han localizado otros cuatro conjuntos adscribibles a un Horizonte Cogotas I o Protocogotas, algunos de los cuales, como el del Km 7, recientemente publicado, es de una gran extensión (1).

Ante la noticia de que el continuo avance de las máquinas estaban sacando a la luz un gran número de restos arqueológicos (2) nos presentamos en el lugar con el fin de redactar un informe a la Dirección de Cultura de la Comunidad de Madrid y detener, en lo posible, el arrasamiento definitivo de los yacimientos. En el corte practicado por las palas excavadoras eran visibles varios «fondos» cuyo contenido había desaparecido, en parte por los propios trabajos de extracción de áridos y, en parte, por la piqueta de los clandestinos. Únicamente quedaba, desplomado en el fondo del arenero, el contenido de dos de los «fondos» que acababan de ser destruidos; ambos presentaban forma de saco, con una estrecha y larga boca y un cuerpo de tendencia globular. Debido a la altura del corte de la terraza fluvial, su excavación resultaba imposible pues el terreno presentaba, además, profundas grietas que amenazaban fuertes derrumbes, por ello decidimos recuperar el material mobiliario caído y reservar una parte del arenero para practicar una excavación posterior, con el fin de documentar mejor el yacimiento, excavación que se ha llevado a ca-

bo en septiembre-octubre de 1986, confirmando que se trata de un típico yacimiento del Horizonte Cogotas I, constituido por la agrupación de una serie de «fondos» en los que se concentra la casi totalidad de los materiales muebles.

Dejando aparte los materiales procedentes de la excavación, cuya filiación cultural está fuera de toda duda y, por tanto, nos sirven para avalar la cronología y contexto de los elementos recuperados en un primer momento, vamos a centrarnos en el contenido de los dos «fondos» recogido en la primera prospección al yacimiento. Entre las tierras, especialmente oscuras, del primero de estos hoyos se recogieron una veintena de fragmentos cerámicos, todos ellos lisos y, en general, bastante fragmentados, de los que sólo ocho presentan algún dato sobre la morfología del recipiente. Todos están confeccionados a mano y, a excepción de uno, han sido cocidos en fuego reductor. Tres de los ocho fragmentos seleccionados tienen superficie espatulada y el resto simplemente alisada. Las bases planas y los labios rectos o ligeramente redondeados y, en ocasiones, claramente indicados, son característicos de las series del Horizonte Cogotas I (figura 1). Junto a este lote cerámico de escaso interés del que sólo se ha podido reconstruir parcialmente una olla (figura 1.1), se encontró también una fíbula de codo *ad ochio*, objeto de gran interés por su rareza en contextos de nuestra prehistoria peninsular, de la que trataremos con más detenimiento más adelante (figura 2).

El segundo «fondo», con un contenido geológico de color gris menos intenso que el primero, proporcionó un lote cerámico mucho más abundante y significativo del que se seleccionaron un total de 33 fragmentos, de los que 23 presentan algún tipo de decoración. Como en el caso anterior, la totalidad de los fragmentos pertenecen a recipientes confeccionados a mano, de los que tres cuartas partes fueron cocidos con fuego reductor por lo que dominan las pastas grises o negras. El acabado de las superficies se reduce, en la mayoría de los casos, a un simple alisado pues sólo 11 de los

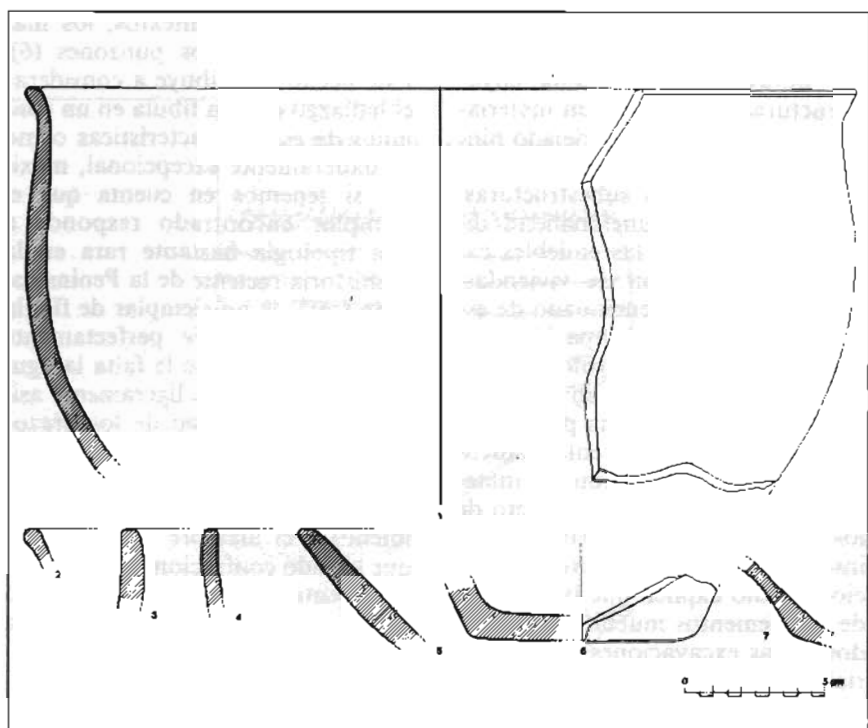


Fig. 1. Materiales cerámicos aparecidos en el fondo 1.

fragmentos seleccionados han recibido un bruñido o espatulado.

Las técnicas empleadas en la ornamentación son: impresiones diversas, incisiones, boquique y excisión, estas dos últimas en proporciones muy reducidas. A todo ello hay que añadir dos casos de cepillado que responden más bien a un tratamiento de la superficie total o parcial que a una verdadera técnica decorativa. Los diseños son difícilmente reconstruibles en la mayoría de las ocasiones debido al escaso tamaño de los fragmentos, pero parecen responder a los que habitualmente encontramos en otros yacimientos de este mismo horizonte: zigs-zags, espiguillas, líneas cosidas, segmentos de círculos, guirnaldas, etcétera (figuras 3 y 4).

El empleo de técnicas que permiten la incrustación, los motivos ornamentales desarrollados y los escasos indicios de morfología con que contamos, incluidas las características formas de los dos ejemplares más completos, nos llevan a un momento clásico del Horizonte Cogotas I, si bien resulta escasa la proporción de técnica de boquique (sólo aparece en dos casos), pero es un aspecto que no puede tenerse muy

en cuenta, debido al escaso tamaño de la muestra. Si los datos que nos ofrecen estos primeros materiales recuperados se contrastan con los obtenidos en la excavación posterior, todo hace pensar que estamos ante un conjunto perteneciente a un momento relativamente avanzado del Horizonte Cogotas I, ya que no sólo es más frecuente el empleo del boquique, sino que incluso la utilización de la excisa es relativamente abundante, lo que es un signo de modernidad. En todo caso, el conjunto no parece estar muy lejos temporalmente del yacimiento del Km 7 derecha de la misma carretera de San Martín de la Vega, publicado por I. Martínez Navarrete y A. Méndez Madariaga (3).

No es lugar para tratar aquí el significado de los yacimientos que, como este que nos ocupa, están constituidos por una agrupación más o menos amplia de «fondos» u hoyos excavados directamente en el subsuelo, puesto que el tema ha sido tratado recientemente por distintos autores (4), ni tampoco vamos a insistir sobre el significado que en esta región del Henares-Jarama tiene el Horizonte Cogotas I (5), simplemente apuntaremos que este tipo

de conjuntos son los restos más frecuentes de los poblados al aire libre del Bronce Final de la zona, cuyas estructuras, realizadas con materiales perecederos, no han dejado ninguna huella, pues los «fondos» u hoyos no son sino subestructuras, posiblemente de funcionalidad diversa, asociadas a las endeble cabañas que sirvieron de viviendas.

El abandono intencionado de estos lugares tras una ocupación estacional más o menos prolongada es la causa de que, salvo en casos excepcionales en que se ha practicado algún depósito ritual o enterramiento, nos encontremos con un material muy fragmentado, producto de los restos de piezas amortizadas, ya inservibles para posteriores utilidades. Ello explica que la mayoría de los elementos muebles recuperados en las excavaciones sean materiales cerámicos o, en mucha menor proporción, líticos, faltando casi por completo los metálicos, cuya materia prima es reciclable. De entre los escasos objetos metálicos ha-

llados en estos contextos, los más abundantes son los punzones (6). Este hecho contribuye a considerar el hallazgo de una fibula en un conjunto de estas características como verdaderamente excepcional, máxime si tenemos en cuenta que el ejemplar encontrado responde a una tipología bastante rara en la prehistoria reciente de la Península.

Se trata de un ejemplar de fibula de codo *ad ochio* perfectamente conservada, aunque le falta la aguja. Presenta puente ligeramente asimétrico, ya que uno de los brazos está algo más curvado que el otro, la zona central de cada uno de los brazos posee un claro ensanchamiento y el alambre o varilla con que ha sido confeccionada tiene sección lenticular. Tanto el «ojo» o «bucle» como el resorte son de una sola vuelta y desconocemos el desarrollo de la mortaja puesto que está incompleta, seguramente por efecto del desgaste. Se ornamenta mediante finísimas incisiones agrupadas en series de cuatro o cinco lí-

neas paralelas que crean tres metopas en cada uno de los brazos. Mide 36 mm de anchura total por 10 mm de altura. El análisis y la metalografía realizados por Salvador Rovira (7) indican que ha sido confeccionada con una aleación en la que el cobre supone el 82,73 por 100, el estaño el 17,09 por 100, mientras que níquel e hierro suponen sólo el 0,03 y 0,01 por 100, respectivamente, no detectándose la presencia de plomo, plata, zinc y arsénico. La pieza fue fundida inicialmente por el sistema de la cera perdida, como una simple varilla rectilínea que posteriormente fue recalentada para darle la forma requerida, procediéndose, por último, a realizar la decoración empleando, para ello, un fino estilete que se aplicó totalmente en frío.

Esta pieza viene a aumentar el número de las fibulas de codo de la Península Ibérica cuya presencia en nuestro espacio geográfico (figura 5) se inscribe en el marco de las relaciones mediterráneas durante la Edad del Bronce Final. A falta de estudios metalográficos que permitan conocer las peculiaridades de las aleaciones y de las técnicas de trabajo de los diferentes talleres o, al menos, de las distintas áreas, las asociaciones de estos ejemplares metálicos y su marco de relaciones hay que establecerlos exclusivamente a base de las tipologías, lo que limita bastante las conclusiones. No obstante, antes de entrar en el estudio de los paralelos morfológicos queremos apuntar que la composición y tecnología de la fibula de Perales del Río se inscribe dentro del marco general de la metalurgia del Bronce Final, primera etapa de nuestra prehistoria en la que empezamos a encontrar verdaderos objetos de bronce, en los que la proporción de estaño suele sobrepasar el 10 por 100 de la composición total, ello no quiere decir que no aparezcan en los momentos inmediatamente precedentes algunos objetos con significativos porcentajes de estaño, como se ha evidenciado en el País Valenciano (8), pero nunca suelen alcanzar porcentajes tan elevados. Asimismo, no debemos olvidar tampoco que en yacimientos del Bronce Final, como es Peña Negra

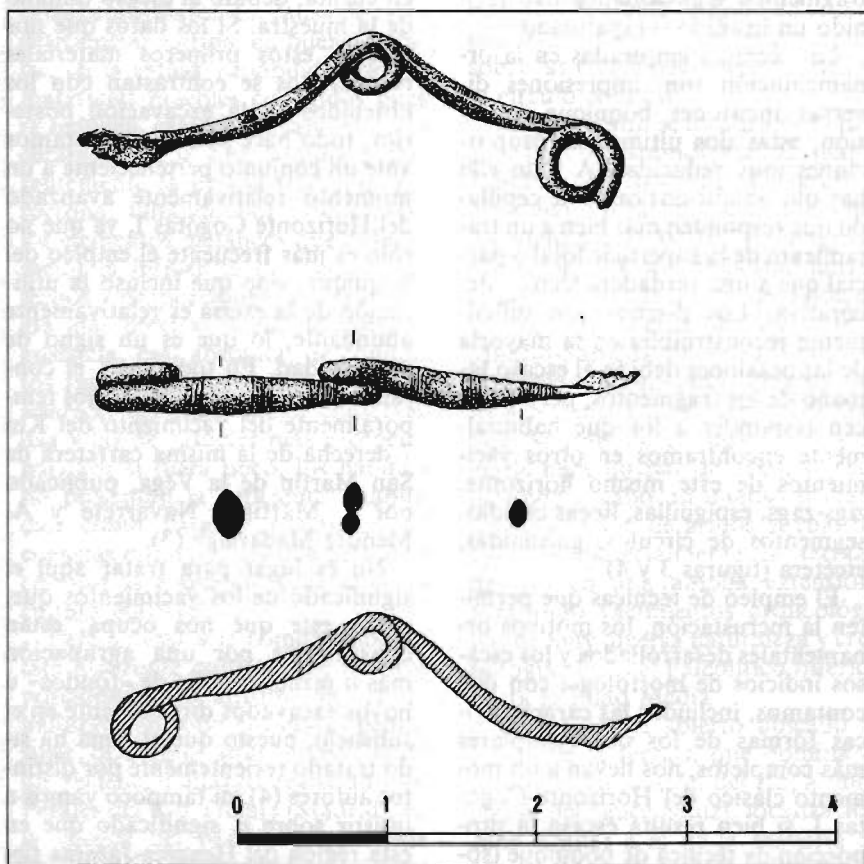


Fig. 2. Sección y vista frontal de la fibula de codo *ad ochio* recuperada en el fondo 1, junto a los materiales cerámicos de la figura 1.

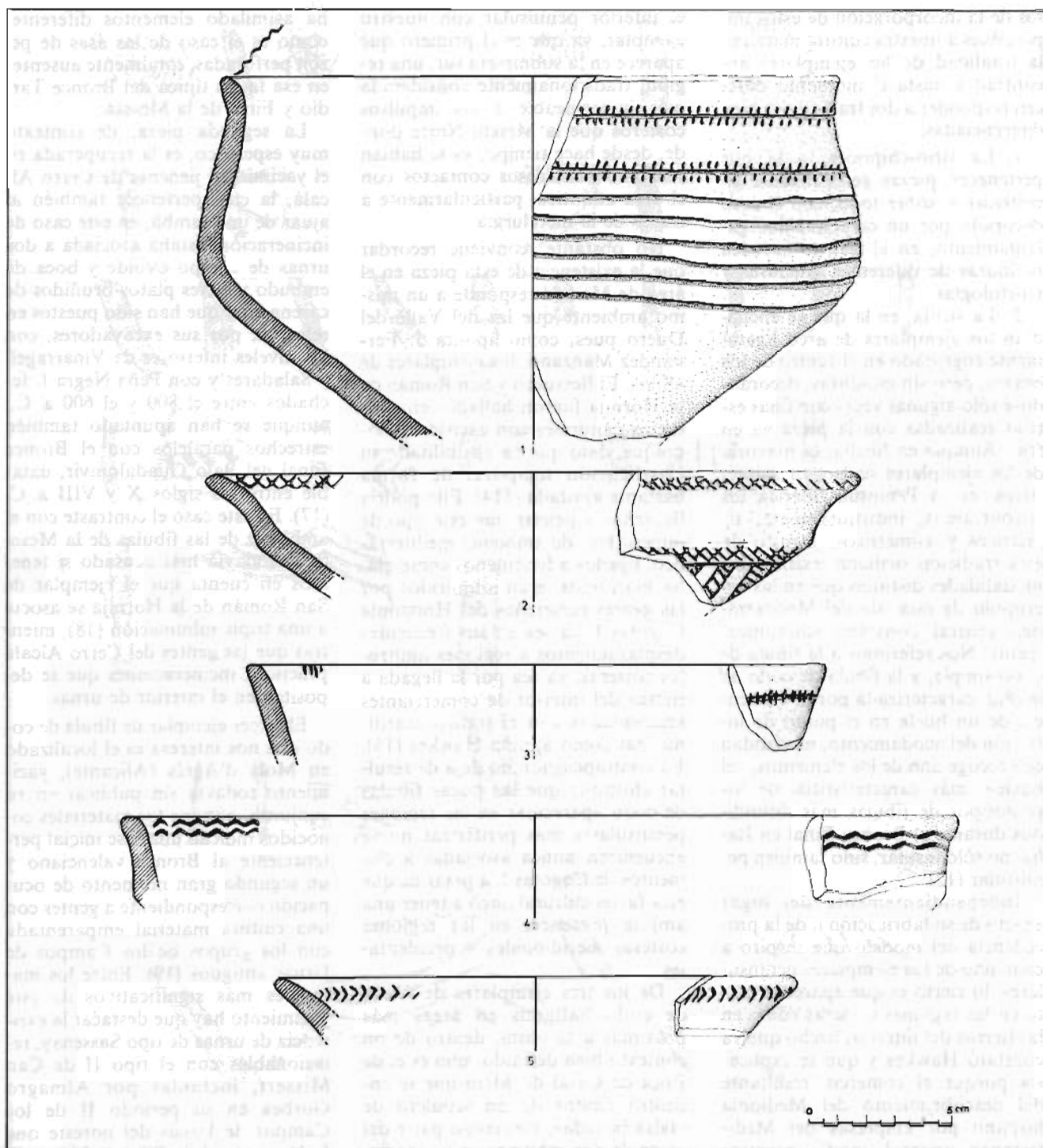


Fig. 3. Fragmentos de recipientes cerámicos, con la reconstrucción del diámetro de boca, obtenidos en el fondo 2.

(Crevillente, Alicante) aparecen piezas metálicas de una desigual riqueza de estaño ya que, junto a algunas con el 17 por 100 de este mineral, otras están realizadas todavía en cobre puro (9).

Desde el punto de vista tipológico, nuestro ejemplar se encuadra en

el marco de las fibulas de codo, un elemento estudiado desde hace ya tiempo a partir del lote encontrado en el depósito de la Ría de Huelva; dentro de este conjunto, Almagro advierte que son elementos entroncados con círculos culturales del Mediterráneo oriental y central y,

más concretamente, con Chipre y Sicilia (10). Junto a este investigador, otros muchos han aludido también al origen mediterráneo de estas fibulas, si bien la mayoría hacen responsables a los fenicios de su presencia en la Península (11). Sean quien fueren los responsables direc-

tos de la incorporación de estos imperdibles a nuestra cultura material, la totalidad de los ejemplares encontrados hasta el momento parecen responder a dos tradiciones bien diferenciadas:

1. La sirio-chipriota, a la que pertenecen piezas generalmente simétricas y, sobre todo, con el arco decorado por un característico gallonamiento, en el que se suceden molduras de diferentes anchuras y morfologías.

2. La sícula, en la que se encuadran los ejemplares de arco ligeramente engrosado en el centro de los brazos, pero sin molduras, decorándose sólo algunas veces con finas estrías realizadas con la pieza ya en frío. Aunque en Sicilia, la mayoría de los ejemplares suelen ser asimétricos, en la Península Ibérica los encontramos, indistintamente, simétricos y asimétricos. Dentro de esta tradición siciliana, existen dos modalidades distintas que en las necrópolis de esta isla del Mediterráneo central conviven sincrónicamente. Nos referimos a la fíbula de codo simple, y la fíbula de codo *ad occhio*, caracterizada por la existencia de un bucle en el punto de inflexión del acodamiento, modalidad que recoge uno de los elementos, «el bucle», más característicos de los prototipos de fíbulas más difundidos durante el Bronce Final en Italia, no sólo insular, sino también peninsular (12).

Independientemente del lugar exacto de su fabricación o de la procedencia del modelo que inspiró a cada uno de los ejemplares peninsulares, lo cierto es que aparecen tanto en las regiones costeras como en las tierras del interior, hecho que ya constató Hawkes y que se explicaría porque el comercio resultante del descubrimiento del Mediodía hispano por empresas del Mediterráneo oriental «podía penetrar lejos, hacia el interior y afectar a inmigrantes ya mezclados con ganaderos anteriores como los conocemos en yacimientos típicos situados sobre cerros, un Berrueco o un Alto de Yecla, por ejemplo» (13). Esta realidad señalada por el investigador inglés se ve ahora ampliada en el marco de estas relaciones apuntadas entre la orla marítima y

el interior peninsular con nuestro ejemplar, ya que es el primero que aparece en la submeseta sur, una región, tradicionalmente considerada más impermeable a los impulsos costeros que la Meseta Norte donde, desde hace tiempo, ya se habían señalado numerosos contactos con el área atlántica, particularmente a través de la metalurgia.

No obstante, conviene recordar que la existencia de esta pieza en el área de Madrid responde a un mismo ambiente que las del Valle del Duero pues, como apunta J. Fernández Manzano, los ejemplares de «Silos, El Berrueco y San Román de la Hornija fueron hallados en contextos culturales con excisión y boquique, dato que ha posibilitado su clasificación temporal de forma bastante ajustada» (14). Ello podría llevarnos a pensar que este tipo de imperdibles de ambiente mediterráneo, ligados a fenómenos comerciales marítimos, eran adquiridos por las gentes meseteñas del Horizonte Cogotas I, ya sea en sus frecuentes desplazamientos a regiones limítrofes costeras, ya sea por la llegada a tierras del interior de comerciantes relacionados con el tráfico marítimo, tal como apunta Hawkes (15). En contraposición no deja de resultar chocante que las pocas fíbulas de codo aparecidas en las regiones peninsulares más periféricas no se encuentren nunca asociadas a elementos de Cogotas I, a pesar de que esta facies cultural llegó a tener una amplia presencia en las regiones costeras meridionales y occidentales.

De los tres ejemplares de fíbula de codo hallados en áreas más próximas a la costa, dentro de un contexto bien definido, uno es el de Roça de Casal do Meio que se encontró dentro de un sepulcro de «falsa bóveda», formando parte del ajuar de dos inhumaciones, asociado a un plato de carena alta con pequeñas asas de pezón perforadas, «un peine de marfil, unas pinzas y un broche de cinturón, elementos todos ellos que pertenecen al ajuar representado en las estelas del sudoeste» (16). La pieza cerámica, aunque reproduce en su morfología la tradición del Horizonte Cogotas I, pertenece a un Bronce Final que

ha asimilado elementos diferentes como es el caso de las asas de pezón perforadas, totalmente ausentes en esa facies típica del Bronce Tardío y Final de la Meseta.

La segunda pieza, de contexto muy específico, es la recuperada en el yacimiento jienense de Cerro Alcalá, la cual pertenece también al ajuar de una tumba, en este caso de incineración; estaba asociada a dos urnas de cuerpo ovoide y boca de embudo y a tres platos bruñidos de carena alta, que han sido puestos en relación, por sus excavadores, con los niveles inferiores de Vinarragell y Saladares y con Peña Negra I, fechados entre el 800 y el 600 a. C., aunque se han apuntado también estrechos paralelos con el Bronce Final del Bajo Guadalquivir, datable entre los siglos X y VIII a. C. (17). En este caso el contraste con el ambiente de las fíbulas de la Meseta es todavía más acusado si tenemos en cuenta que el ejemplar de San Román de la Hornija se asocia a una triple inhumación (18), mientras que las gentes del Cerro Alcalá practican incineraciones que se depositan en el interior de urnas.

El tercer ejemplar de fíbula de codo que nos interesa es el localizado en Mola d'Agrés (Alicante), yacimiento todavía sin publicar en su conjunto, aunque los materiales conocidos indican una fase inicial perteneciente al Bronce valenciano y un segundo gran momento de ocupación correspondiente a gentes con una cultura material emparentada con los grupos de los Campos de Urnas antiguos (19). Entre los materiales más significativos de este yacimiento hay que destacar la existencia de urnas de tipo Sassenay, relacionables con el tipo II de Can Missert, incluidas por Almagro Gorgea en su período II de los Campos de Urnas del noreste que fecha entre el 1.000 y el 700 a. C. (20). M. Gil Mascarell considera este yacimiento como perteneciente al Bronce Final I del País Valenciano, aunque afirma que no existen en él influjos de la tradición del Bronce Tardío (21), corroborando el principio de que las fíbulas de codo aparecen en las regiones periféricas de nuestra Península en contextos que acusan la presencia de importantes

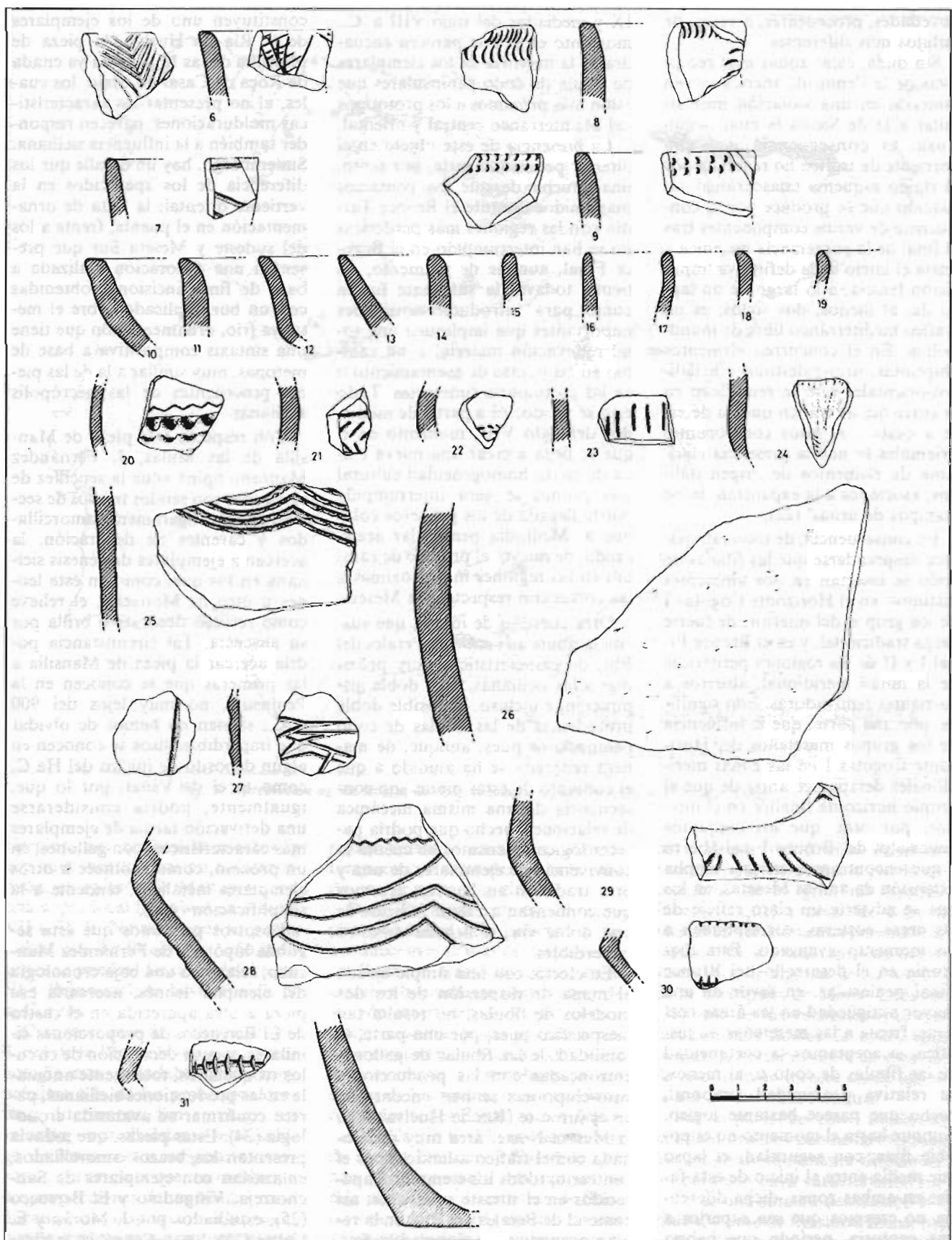


Fig. 4. Fragmentos cerámicos aparecidos, junto con los de la figura 3, en el fondo número 2.

novedades, procedentes, a veces, de influjos muy diferentes.

Sin duda, estas zonas más receptoras de la Península Ibérica se ven inmersas en una situación muy similar a la de Sicilia la cual, según Tusa, es consecuencia de «una corriente de tráfico no regulada por el rígido esquema talasocrático, situación que se produce por la confluencia de varios componentes tras el final de la supremacía micénica y hasta el inicio de la definitiva imposición fenicia, a lo largo de un lapso de, al menos, dos siglos; es un tráfico mediterráneo libre de monopolios. En él concurren elementos chipriotas, sirio-palestinos y heládicos-orientales que se reunifican en la corriente de tráfico que va de este a oeste... A estos componentes orientales se une la presencia clarísima de elementos de origen itálicos, asociados a la expansión de los 'campos de urnas' (22).

En consecuencia, de todo esto parece desprenderse que las fíbulas de codo se insertan en dos ambientes distintos: en el Horizonte Cogotas I de los grupos del interior, de fuerte carga tradicional, y en el Bronce Final I y II de las regiones periféricas de la mitad meridional, abiertos a corrientes renovadoras. Ello significa, por una parte, que la influencia de los grupos meseteños del Horizonte Cogotas I en las zonas meridionales desaparece antes de que el propio horizonte finalice en el interior, por otra, que los conjuntos materiales del Bronce Final-Hierro I que encontramos en una amplia extensión de ambas Mesetas, en los que se advierte un claro reflejo de las áreas costeras, corresponden a un momento avanzado. Esta diacronía en el desarrollo del Bronce Final peninsular, en favor de una mayor antigüedad en las áreas costeras, frente a las meseteñas, se justifica, si aceptamos la coetaneidad de las fíbulas de codo o, al menos, su relativa proximidad temporal, hecho que parece bastante lógico. Aunque hasta el momento no es posible fijar, con seguridad, el lapso que media entre el inicio de esta facies en ambas zonas, dicha diferencia no creemos que sea superior a una centuria, período que habría que incluirlo entre inicios del siglo

IX y mediados del siglo VIII a. C., momento en el que parecen encuadrarse la mayoría de los ejemplares de fíbula de codo peninsulares que están más próximos a los prototipos del Mediterráneo central y oriental.

La presencia de este objeto en el interior peninsular sería, por tanto, una prueba de que los contactos mantenidos durante el Bronce Tardío con las regiones más periféricas no se han interrumpido en el Bronce Final, aunque de momento, no tienen todavía la suficiente fuerza como para introducir novedades importantes que impliquen una total renovación material o un cambio en las pautas de asentamiento o en las costumbres funerarias. Todo esto se producirá a partir de mediados del siglo VIII, momento en el que se llega a crear una nueva etapa de cierta homogeneidad cultural que pronto se verá interrumpida por la llegada de los primeros colonos al Mediodía peninsular acelerando, de nuevo, el proceso de cambio en las regiones más próximas a las costas con respecto a la Meseta.

Otra cuestión de interés que suscita la fíbula *ad ochio* de Perales del Río, de características muy próximas a las sicilianas, es la doble inspiración, e incluso, la posible doble procedencia de las fíbulas de codo peninsulares pues, aunque, de manera reiterada se ha aludido a que el conjunto de estas piezas son consecuencia de una misma mecánica de relaciones, hecho que podría parecer lógico si tenemos en cuenta la convivencia de ejemplares de una y otra tradición en Huelva, creemos que comienzan a existir indicios de una doble vía de llegada de estos imperdibles.

En efecto, con una simple ojeada al mapa de dispersión de los dos modelos de fíbulas, no resulta tan inespecífico pues, por una parte, la totalidad de las fíbulas de gallones entroncadas con las producciones sirio-chipriotas se han encontrado en el suroeste (Ría de Huelva) o en la Meseta Norte, área muy relacionada con el tráfico atlántico; por el contrario, todos los ejemplares aparecidos en el sureste y Levante, así como el de Perales del Río, en la región oriental de la Submeseta Sur, son de tipo sículo. La excepción la

constituyen uno de los ejemplares de la Ría de Huelva, la pieza de Mansilla de las Mulas y la ya citada de Roça de Casal do Meio, los cuales, al no presentar las características molduraciones, parecen responder también a la influencia siciliana. Sin embargo, hay un detalle que los diferencia de los aparecidos en la vertiente oriental: la falta de ornamentación en el puente, frente a los del sudeste y Meseta Sur que presentan una decoración realizada a base de finas incisiones obtenidas con un buril aplicado sobre el metal ya frío, ornamentación que tiene una sintaxis compositiva a base de metopas, muy similar a la de las piezas procedentes de las necrópolis sicilianas.

Con respecto a la pieza de Mansilla de las Mulas, J. Fernández Manzano opina «que la sencillez de su diseño, con sendos tramos de sección circular ligeramente amorcillados y carentes de decoración, la acercan a ejemplares de génesis siciliana en los que, como en éste leonés u otro de Monachil, el relieve como recurso decorativo brilla por su ausencia. Tal circunstancia podría acercar la pieza de Mansilla a las primeras que se conocen en la Península, no muy lejos del 900 a. C.; si bien no hemos de olvidar que imperdibles lisos se conocen en algún depósito de inicios del Ha C, como es el de Vénat, por lo que, igualmente, podría considerarse una derivación tardía de ejemplares más característicos, con gallones, en un proceso, como acontece a otros ejemplares metálicos, tendente a la simplificación» (23).

Nosotros pensamos que esta segunda hipótesis de Fernández Manzano, relativa a una baja cronología del ejemplar leonés, acercaría esa pieza a otra aparecida en el castro de El Berrueco, de proporciones similares, y cuya decoración de círculos troquelados, totalmente anómala en las producciones sicilianas, parece confirmar su avanzada cronología (24). Estas piezas, que todavía presentan los brazos amorcillados, enlazarían con ejemplares de Sanchorreja, Vitigudino y El Berrueco (25), estudiados por J. Morán y E. Cabré (26), los cuales están realizados con un alambre fino de sección

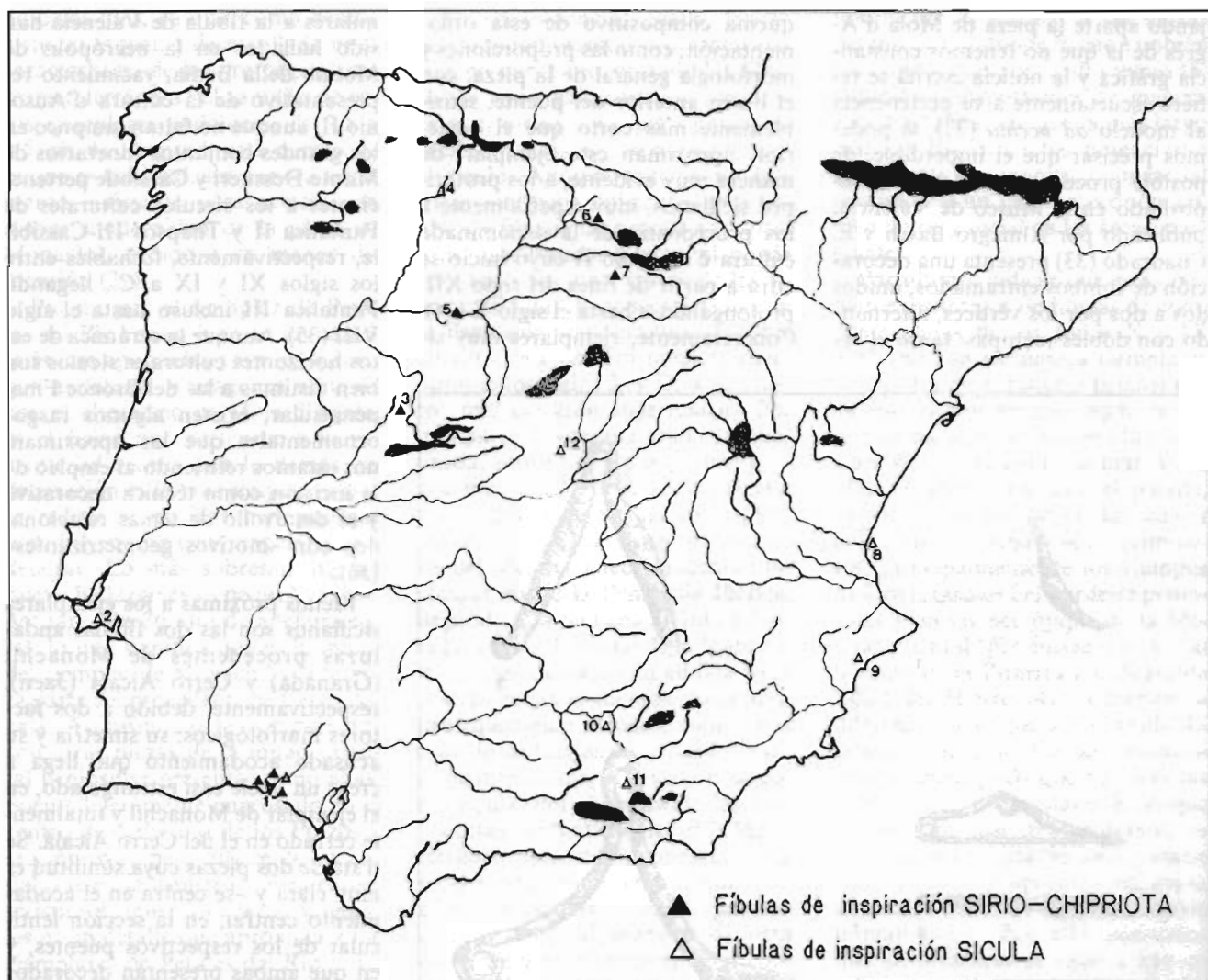


Fig. 5. Distribución de las fíbulas de codo peninsulares pertenecientes al Bronce Final.

circular, sin enchanchamientos y con una mortaja bastante desarrollada, en opinión de Maluquer, son una copia local fechables en el siglo VII (27). R. Navarro, por su parte, indica que las fíbulas de codo indígenas se pueden datar desde el siglo VI y llegan incluso hasta el siglo V a. C. (28).

Otro es el caso de la fibula sin gallones de la Ría de Huelva cuya cronología está, indudablemente, muy próxima a la de los prototipos centromediterráneos. Sin embargo, su acusado amorcillamiento se aleja algo de los modelos originarios sicilianos aproximándose, en cambio, a las proporciones de las fíbulas moldeadas de inspiración chipriota, por lo que podría tratarse de una pieza de interpretación local, que

reúne ambas tradiciones, aunque tampoco podemos descartar la idea de una importación directa.

Pero, sin lugar a dudas, el ejemplar occidental más próximo a las producciones sículas es el aparecido en Roça de Casal do Meio, cuyo alambre ligeramente engrosado y de sección lenticular, su característico bucle u *occhio* y sus proporciones altura-anchura lo acercan, de forma muy evidente, a ejemplares procedentes de los yacimientos más clásicos de las facies Pantalica II y Thapsos III-Cassibile (29): las necrópolis de Monte Dessuery y Cassibile que han proporcionado los conjuntos más numerosos de este tipo de fíbulas y también las más típicas. La singularidad de este yacimiento de la Extremadura portuguesa, dentro

del contexto del Bronce Final peninsular, particularmente por lo excepcional de su gran monumento funerario que, a pesar de haberse puesto en relación con el mundo nurágico (30), no está tampoco demasiado lejos de algunas de las tumbas de la necrópolis de Monte Dessuery (31), uno de los yacimientos sicilianos con más fíbulas de codo, hace pensar que estamos ante un ejemplo de importación directa desde esa isla del Mediterráneo central.

Por su parte, las cinco fíbulas de la mitad oriental peninsular forman un conjunto claramente diferenciado del resto cuya característica singular es una somera decoración burilada, a base de finísimas incisiones agrupadas en metopas, como es habitual en los ejemplares sículos. De-

jando aparte la pieza de Mola d'Agrés de la que no tenemos constancia gráfica y la noticia escrita se refiere escuetamente a su pertenencia al modelo *ad occhio* (32), si podemos precisar que el imperdible, de posible procedencia aragonesa, depositado en el Museo de Valencia, publicado por Almagro Basch y E. Cuadrado (33) presenta una decoración de rombos entramados, unidos dos a dos por los vértices, alternando con dobles metopas; tanto el es-

quema compositivo de esta ornamentación, como las proporciones y morfología general de la pieza, con el brazo anterior del puente, sensiblemente más corto que el posterior, aproximan este ejemplar, de manera muy evidente, a los prototipos sicilianos, muy especialmente a los procedentes de la denominada cultura d'Ausonio II cuyo inicio se cifra a partir de fines del siglo XII, prolongándose hasta el siglo X (34). Concretamente, ejemplares muy si-

milares a la fíbula de Valencia han sido hallados en la necrópolis de Molino della Badia, yacimiento representativo de la cultura d'Ausonio II, aunque no faltan tampoco en los grandes conjuntos funerarios de Monte Dessueri y Cassibile pertenecientes a los círculos culturales de Pantalica II y Thapsos III-Cassibile, respectivamente, fechables entre los siglos XI y IX a. C., llegando Pantalica III incluso hasta el siglo VIII (35). Aunque la cerámica de estos horizontes culturales sículos son bien distintas a las del Bronce Final peninsular, existen algunos rasgos ornamentales que las aproximan, nos estamos refiriendo al empleo de la incisión como técnica decorativa y al desarrollo de temas relacionados con «motivos geometrizarantes» (36).

Menos próximas a los ejemplares sicilianos son las dos fíbulas andaluzas procedentes de Monachil (Granada) y Cerro Alcalá (Jaén), respectivamente, debido a dos factores morfológicos: su simetría y su acusado acodamiento que llega a crear un bucle casi estrangulado, en el ejemplar de Monachil y totalmente cerrado en el del Cerro Alcalá. Se trata de dos piezas cuya similitud es muy clara y «se centra en el acodamiento central, en la sección lenticular de los respectivos puentes, y en que ambas presentan decorados los arcos» (37), similitudes que, a excepción de la simetría, extienden al resto de los ejemplares de la mitad oriental peninsular. Con respecto a la temática de la ornamentación, en la fíbula de Monachil es más sencilla ya que se reduce a tres estrechas bandas de líneas incisas verticales, rellenas de trazos oblicuos, dispuestas simétricamente en cada uno de los brazos, mientras que en la de Cerro Alcalá es algo más compleja y presenta un enorme parecido con la del Museo de Valencia, pues alternan las metopas de líneas incisas con triángulos y rombos rellenos de entramados. Ambos diseños están dentro de las pautas ornamentales de las fíbulas sicilianas sin que sea necesario buscar en los torques de Berzocana ni en otros ejemplares de la orfebrería hispana paralelos más o menos próximos y mucho menos una orientación cro-

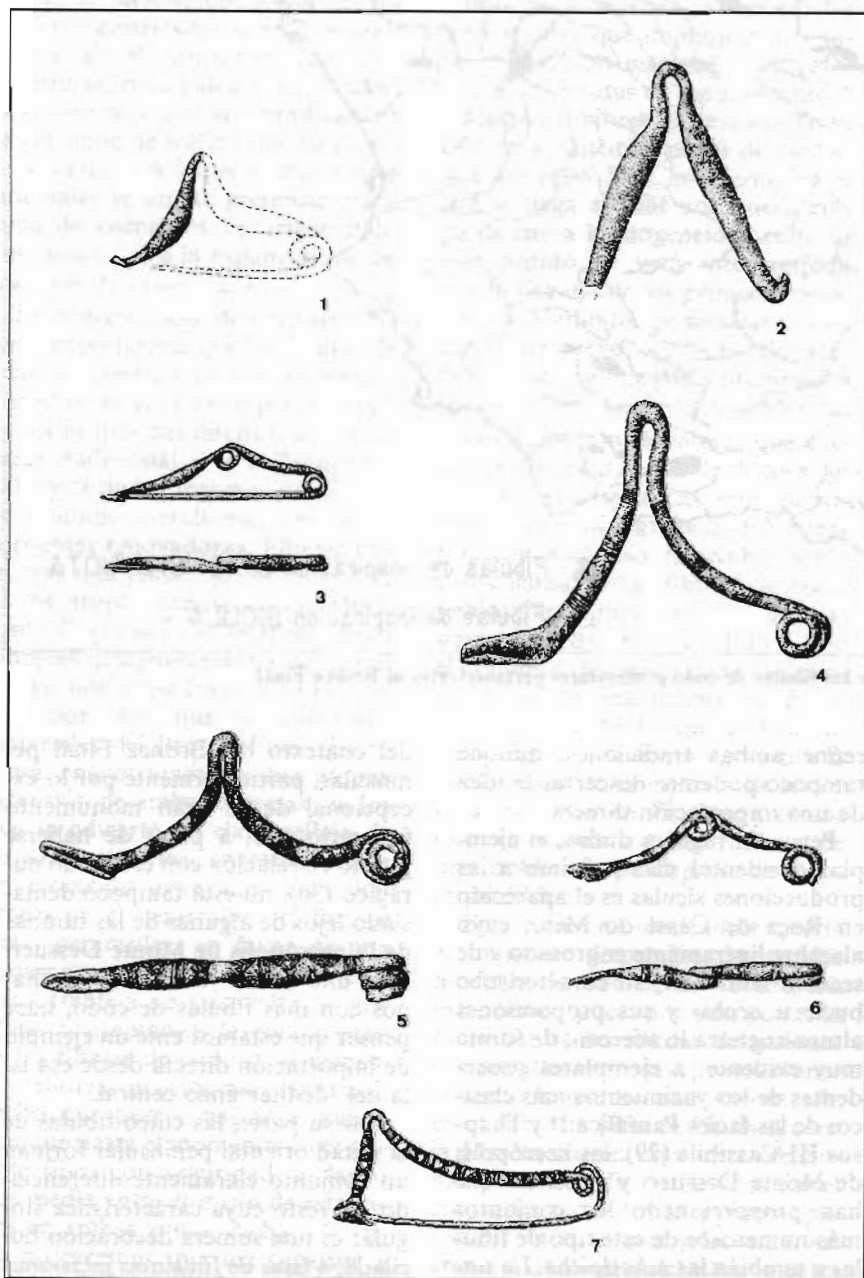


Fig. 6. Fíbulas de codo peninsulares de inspiración sicula. 1. Ría de Huelva; 2. Mansilla de Mulas; 3. Casal do Meio; 4. Monachil; 5. Cerro Alcalá; 6. Getafe; 7. Museo de Valencia.

nológica (38), ya que, como hemos visto, el esquema desarrollado es el característico de los prototipos centromediterráneos. El tamaño de estos ejemplares andaluces, de 7,5 y 9,5 cm de longitud, está dentro de lo que es habitual, sin que sea argumento suficiente para aducir una mayor modernidad de la pieza de Monachil, debido a su menor dimensión (39).

Por último, el ejemplar de Perales del Río encaja bien en las características apuntadas para los hallazgos andaluces y aragoneses aunque, con el alicantino de Mola d'Agrès, es el único que pertenece a la variante *ad ochio*; por lo demás, su decoración es la más simple, ya que se reduce a sencillas metopas que distribuyen espacios regulares sin decorar. Lo más sobresaliente del nuevo hallazgo es su pequeño tamaño: tan sólo 36 mm de anchura total, lo que significa que es la mitad del ejemplar de Monachil y la tercera parte del procedente de Cerro Alcalá. Asimismo, si la comparamos con otras piezas de la mitad oriental peninsular presenta, como ellas, puente ligeramente engrosado en el centro de cada uno de los brazos y sección oval, pero difiere de las andaluzas en la asimetría. Esta característica de tener los brazos desiguales es un detalle que aproxima a los ejemplares de Perales del Río y del Museo de Valencia, de forma muy especial, a las fíbulas sicilianas, las cuales son muy asimétricas, cuando presentan acodamiento sencillo (caso del ejemplar del Museo de Valencia) y solo ligeramente desiguales, cuando poseen bucle (proporción que guarda el ejemplar de Perales del Río).

En consecuencia, puede decirse que la mitad oriental peninsular parece no haber incorporado las fíbulas de codo gallonadas de inspiración sirio-chipriota, pero posee, en cambio, piezas de marcado ambiente sículo. Aunque todavía no hay datos analíticos suficientes para hablar de fíbulas de producción local o de importación directa, sí puede apuntarse ya que a través de los tipos de fíbulas de codo existentes en la Península se vislumbra un doble circuito de comercio mediterráneo, durante los siglos X y IX a. C., justo antes del gran auge fenicio. Por una parte, existe una gran ruta realizada, sobre todo, por grupos procedentes del Mediterráneo oriental que, a partir de Sicilia, actúa principalmente en las costas meridionales del Mediterráneo occidental, incluidas las de la Península Ibérica, llegando a la fachada atlántica hasta las costas del canal de la Mancha. A lo largo de toda esta amplia zona costera llegan elementos materiales, principalmente metales, como es el caso de las fíbulas de codo (40), tanto de inspiración sirio-chipriota, como sícula. Por el contrario, las islas y costas septentrionales del Mediterráneo occidental, concretamente todo el arco comprendido entre Sicilia y el sudeste ibérico, parecen quedar algo al margen de esta corriente y mantienen entre sí contactos directos que permiten el intercambio de materiales en los que se mezclan componentes mediterráneos y elementos de los Campos de Urnas occidentales.

Este tráfico marítimo que favorece el mayor dinamismo y renovación de las zonas costeras no deja

totalmente al margen a las tierras del interior, a donde llegan también los objetos más apetecidos y más fácilmente transportables de manera casi inmediata, aunque, a más largo plazo, estos contactos potenciarán igualmente una renovación material profunda y un cambio económico, ideológico y social en las áreas marginales.

Por último, indicar que estos primeros prototipos de fíbulas de codo peninsulares de los siglos X y IX a. C., no son los únicos ejemplares de nuestra protohistoria peninsular, ya que tienen su prolongación en producciones evolucionadas con alambre de sección circular y de idéntico grosor en todo el puente, provistas de pie largo, las cuales aparecen en numerosos yacimientos, principalmente de los Campos de Urnas tardíos del nordeste peninsular y en las necrópolis de la Meseta oriental pertenecientes ya al tránsito de la Primera a la Segunda Edad del Hierro (41). Creemos, a diferencia de lo que se ha venido diciendo, que estas fíbulas evolucionadas tienen poco que ver con sus antecedentes peninsulares de las que les separan casi tres centurias, ya que han sido fechadas en los siglos VI y V a. C. y aparecen en zonas donde las primeras apenas tuvieron implantación. Por ello pensamos que su presencia se debe a nuevos influjos, posiblemente tanto marítimos como terrestres, procedentes ahora de la Península Itálica, donde en áreas como Etruria tienen una enorme implantación a partir del siglo VI a. C. (42), presentando características formales casi idénticas a las de estos ejemplares hispánicos tardíos.

NOTAS

(1) Martínez Navarrete, M.^a I. y Méndez Madariaga, A.: «Arenero Soto. Yacimiento de fondos de cabaña del Horizonte Cogotas I», *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, 2, Madrid, 1983, páginas 185-309.

(2) Agradecemos la noticia facilitada por el señor Escribano quien, además, colaboró desinteresadamente en la recuperación de estos restos.

(3) *Vid.*, nota 1.

(4) *Vid.* Martínez Navarrete, M.^a I.: «El yacimiento de La esgaravita (Alcalá de

Henares, Madrid) y la cuestión de los llamados fondos de cabaña del Valle del Manzanares», *Trabajos de Prehistoria*, volumen 36, Madrid, 1979, páginas 83-118 y Almagro Gorbea, M. y Fernández Galiano, D.: «Excavaciones en el Cerro de Ecce Homo (Alcalá de Henares)», *Arqueología*, 2, Madrid, 1980.

(5) Blasco Bosqued, M.^a C.: «Panorama general del Bronce Final y Primera Edad del Hierro en el área nororiental de la submeseta sur», *Estudios en Homenaje al doctor Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, 1986, páginas 359-372.

(6) *Vid.*, Martínez Navarrete, M.^a I. y Méndez Madariaga, A., en nota 1, páginas 229-231 y figura 17.3, página 230.

(7) Agradecemos la colaboración prestada por don Salvador Rovira, tanto en la realización de la analítica de la pieza como en las observaciones hechas sobre su ejecución.

(8) Hernández Pérez, M. S.: «La metalurgia prehistórica en el valle medio del río Vinalopó (Alicante)», *Lucentum*, 2, Alicante, 1983, páginas 17-42.

(9) González Prats, A.: *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra*

de Crevillente (Alicante), Anejo I de la Revista *Lucentum*, Alicante, 1983, página 288.

(10) Almagro Bosch, M.: «El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa», *Ampurias II*, 1940, páginas 85-143; *Idem*: «Las fibulas de codo de tipo de Huelva. Sus tipos y cronología», *Cuadernos de trabajo de la escuela de Historia y Arqueología de Roma*, volumen IX, 1957, páginas 97 y ss.; *Idem*: «A propósito de la fecha de las fibulas de Huelva», *Ampurias XIX-XX*, 1968, páginas 198-207.

(11) Hawkes, Ch.: «Las relaciones atlánticas del mundo tartésico», *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria peninsular*, Barcelona, 1966, páginas 190 y ss.

(12) Peroni, R. (ed.): *Il Bronzo finale in Italia*, Bari, 1980.

(13) Hawkes, Ch.: *op. cit.*, nota 11, página 190.

(14) Fernández Manzano, J.: *El Bronce Final en la Meseta norte española: El utillaje metálico*, Junta de Castilla y León, Almazán, 1986, página 130.

(15) Hawkes, Ch.: *op. cit.*, nota 11, página 190.

(16) Almagro Gorbea, M.: «El Bronce Final y el Período orientalizante en Extremadura», *BPH*, XIV, Madrid, 1977, página 182.

(17) Carrasco, J.; Pachón, J. A., y Lara, I.: «Hallazgos del Bronce Final en la provincia de Jaén. La necrópolis de Cerro Alcalá», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, número 5, 1980, página 229.

(18) Delibes de Castro, G.: «Una inhumación triple de la facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)», *Trabajos de Prehistoria*, 35, 1978.

(19) Gil-Mascarell, M.: «Bronce Tardío y Bronce Final», en Gil Mascarell, M. y Aranegui, C.: *El Bronce Final y el comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano*, Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia, número 1, Valencia, 1982, páginas 29 a 32.

(20) Almagro Gorbea, M.: «El Pic dels Corbs y los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica», *Saguntum* (Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia), número 12, Valencia, 1977, página 133.

(21) Gil-Mascarell, M.: *op. cit.*, en nota 18, página 29.

(22) Tusa, S.: *La Sicilia nella preistoria*, Palermo, 1983, página 516.

(23) Fernández Manzano, J.: *op. cit.*, en nota 14, página 130.

(24) Almagro Gorbea, M.: *op. cit.*, en nota 15, página 182.

(25) Cabré de Morán, E. y Morán Cabré, J. A.: «Fibulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta Oriental hispánica», *Revista de la Universidad Complutense*, volumen XXVI, número 109, Homenaje a García Bellido, III, Madrid, julio-septiembre, 1977, figura 2 c, d y e.

(26) Cabré de Morán, E. y Morán Cabré, J. A.: *op. cit.*, en nota 25, páginas 112 a 114.

(27) Maluquer de Motes, J.: *El castro de los Castillejos de Sanchorreja*, Salamanca, 1958.

(28) Navarro, R.: *Las fibulas en Cataluña*, Barcelona, 1970, páginas 51-53.

(29) Tusa, S.: *op. cit.*, en nota 21, páginas 516-521.

(30) Spindler, K. y Da Veiga Ferreira, O.: «Der spätbronzezeitliche Kuppelbau von der Roca de Casal do Meio in Portugal», *Madriider Mitteilungen*, 14, 1975, página 71.

(31) Tusa, S.: *op. cit.*, en nota 22, figura 18 de la página 485.

(32) González Prats, A.: «Los nuevos asentamientos del final de la Edad del Bronce. Problemática cultural y cronológica», en *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*, Anejo de la Revista *Lucentum*, Universidad de Alicante, 1985, página 168.

(33) Almagro Bosch, M. (1957): *op. cit.*, en nota 10 y Cuadrado, E.: «Precedentes y prototipos de la fibula anular hispánica», *Trabajos de Prehistoria VII*, Madrid, 1963, página 12 y figura 1.g de la página 10.

(34) Tusa, S.: *op. cit.*, en nota 22, páginas 500 y ss.

(35) Bernabò Brea, L.: «La Sicilia Prehistórica y sus relaciones con Oriente y con la Península Ibérica», *Ampurias XV-XVI*, 1953-54, página 191.

(36) Tusa, S.: *op. cit.*, en nota 22, página 521.

(37) Carrasco, J.; Pachón, J. A., y Lara, I.: *op. cit.*, en nota 17, página 230.

(38) Carrasco, J.; Pachón, J. A., y Lara, I.: *op. cit.*, en nota 17, página 230.

(39) Carrasco, J.; Pachón, J. A., y Lara, I.: *op. cit.*, en nota 17, páginas 229 y 230.

(40) Coffyn, A.; Gómez, J., y Mohen, J. P.: «L'apogée du Bronze Final Atlantique. Le dépôt de Venat», en *L'âge du Bronze en France I*, Paris, 1981, carte 9, páginas 206 y 207 y planche 27, páginas 128 y 129.

(41) *Vid.*, Navarro, R.: *op. cit.*, en nota 28, páginas 51-53 y Cabré de Morán, E. y Morán Cabré, J. A.: *op. cit.*, en nota 25, páginas 112 a 114.

(42) Guzzo, G.: «Le fibule in Etruria dal VI al I secolo», en *Studi e materiali di Etruscologia e antichità Italiane*, Florencia, 1972, páginas 109 a 122, Tav. VII a XIII.

INFORME DE LABORATORIO DEL ANALISIS METALOGRAFICO

Salvador ROVIRA

Fíbula ad ocellum, AA1399. Pieza de bronce de buena calidad, con 17,09 por 100 de estaño.

La metalografía efectuada en la zona de la espira muestra una estructura de bronce recocido, con cristales de forma poligonal madados (series de líneas paralelas). Los puntos oscuros se deben a restos del reactivo de ataque, mal lavados.

La metalografía practicada en la mortaja muestra también grandes cristales poligonales producidos por forja en caliente, muy maclados.

Ante las imágenes metalográficas podemos afirmar que la pieza no sufrió ninguna agresión térmica por encima de la temperatura de recristalización, con posterioridad al proceso de fabricación de la misma. Por otro lado podemos reconocer los

pasos importantes de dicho proceso de fabricación. Probablemente la fíbula se funde como un alambre estirado. Posteriormente, y en caliente para evitar roturas, se producen los arrollamientos de las espiras, lo que produce un maclado característico de los cristales metálicos en tales zonas. Finalmente se abre la mortaja con un cortafíos, manteniendo el metal al rojo. Después de esto operación la pieza es enfriada bruscamente en agua o aceite. Probablemente estas dos operaciones están hechas con presteza y rapidez a partir de un solo calentamiento del objeto, ya que no hay grandes diferencias en la textura de las dos partes estudiadas.

El último proceso sería la decoración a buril o cincelillo, ya en frío.

SISTEMAS DE RESORTES PECULIARES EN FIBULAS MESETEÑAS «POSTHALLSTATTICAS»

Encarnación CABRE
Juan Antonio MORAN CABRE

Los elementos dinámicos de las piezas en que vamos a centrar nuestra atención corresponden al área cultural de Miraveche, o del Duero. Es en las creaciones metalúrgicas y cerámicas de esta zona de la Meseta donde se observa una personalidad más acusada, cuyo carácter diferenciador radica en una inusitada fantasía creadora aplicada sobre esquemas formales y estilísticos eminentemente conservadores, capaces de prolongar el espíritu hallstático hasta la raya misma de la romanización. Es un hecho, que estos pueblos de la Meseta Septentrional no poseyeron la receptividad de los de la Cultura del Tajo a las novedades «laténicas» recibidas de los iberos; fieles a sus propias tradiciones, y en posesión de técnicas metalúrgicas singularmente perfectas, utilizaron en todo momento las armas y adornos personales por ellos mismos fabricados que, si a veces exportaron a sus vecinos del sur, los Vetones, nunca fue a costa de aceptar de ellos mercancías equivalentes.

En lo que al mundo de las fibulas concierne, hay que decir que se destaca con nitidez particular el fenómeno de la fidelidad a la herencia hallstática: pies rectos alzados (que tan sólo tardíamente se van aproximando al arco, o se unen a él por travesaños), arcos de medio punto o peraltados (únicamente se acusarán rebajes, al modo numantino, en las postrimerías del ciclo) y, sobre todo, resortes con las espiras siempre generadas en el interior del puente, desechando con ello la principal novedad «laténica» de desarrollar los muelles en el extradós

de la cabeza de las piezas. Es precisamente esta permanencia de elementos reaccionarios frente a las innovaciones del Hierro II europeo la que justifica emplear, en este caso, el término acuñado por Bosch, por su eficacia delimitativa, en la acepción estilística, de las fibulas que ahora nos interesan, frente a sus coetáneas de otras áreas de la Meseta, en la que sí se manifiestan con mayor o menor claridad dichas aportaciones, y cuyo análisis hemos acometido hace algún tiempo desde las páginas de esta misma publicación (1).

Por cierto que en aquella ocasión veíamos como era propio en el mundo de las fibulas meseteñas de estilo «laténico» la existencia, atendiendo al esquema constructivo general, de dos grandes familias: la constituida por ejemplares fundidos en un solo elemento (pie, puente, resorte, aguja), y aquella otra, más abundante, de fibulas construidas con dos piezas (pie-arco, por un lado, y resorte-aguja, por el otro). Este fenómeno conviene, asimismo, a las fibulas de estilo «posthallstático» de la Cultura del Duero donde, también, resultan mucho más numerosas las construidas con dos elementos. Los sistemas de resorte que a continuación vamos a describir pertenecen, precisamente, a este grupo.

I. RESORTES APLICADOS AL ARCO POR MEDIO DE REMACHES

Comenzaremos nuestro estudio con una singularidad presente en

ciertas fibulas de Miraveche de las que, hace años, nos llamó la atención constatar su paralelismo con un ejemplar hallado en la Lorena francesa, en plena cuenca renana, cuna de tantas creaciones «laténicas». Y en efecto, común a estas fibulas resulta el curioso sistema de sujeción del elemento prendedor y dinámico (aguja resorte) al elemento ornamental y de cierre (puente-mortaja), mediante clavijas o remaches de hierro que, atravesando una plaquita formada por el aplanamiento del extremo del muelle, se insertan en la cabeza del puente.

Ciertamente resulta problemático determinar si este modo singular de aplicación del resorte al arco obedece a las características genéricas de un tipo en el ámbito de la gran familia de dos elementos o si, por el contrario, se trata tan sólo de meras recomposiciones de fibulas originariamente de una sola pieza; en todo caso, esta modalidad implica la existencia de una tecnología metalúrgica y de una habilidad manual que bien merece la pena ser destacadas.

Pasemos, pues, al análisis de los ejemplares por nosotros conocidos:

a) Necrópolis tumular de Schirrheimerweg (Hagenau, Lorena)

— Fibula de bronce. Diseño puro de La Tène I, con adornos en puente y pie rellenos de pasta vítrea roja. El resorte bilateral, externo al puente, muestra aplastado el extremo terminal de la espira interior de-

recha, formando una plaquita que va sujeta a la superficie del intradós de la cabeza del arco por medio de una clavija (figura 1. 1).

Schaeffer, al publicarla (2), no la describe como pieza recompuesta por considerar, sin duda, que la unión del muelle al arco mediante un remache de hierro no hace sino repetir el mismo sistema empleado en esta pieza para la fijación del disco que remata su pie, decorándolo.

Hallazgo suelto en el Túmulo Gigante número 8.

— Fibula de bronce. Diseño «posthallstático»: puente de arco peraltado, pie largo con ensanchamiento ornamental cuadrangular, cuyo alzamiento, casi en vertical, se matiza con una ligera inclinación hacia el puente.

El sistema dinámico de esta pieza, no analizado por Monteverde ni por Schüle (3), posee aguja con muelle bilateral cuya espira terminal, aplastada, se aplica al extradós del arco mediante un remache de hierro, quedando así el resorte interno en la fibula (figura 1.2).

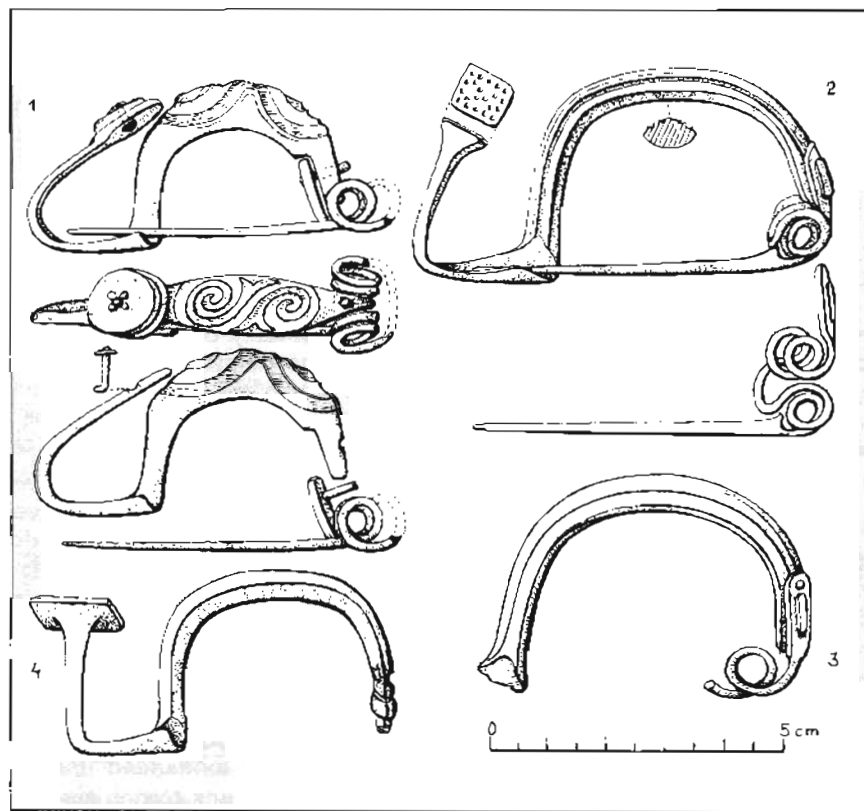


Fig. 1. Cuatro fíbulas de bronce con su pieza activa ensamblada en la cabeza del arco. 1: Túmulo 8, VII de Schirrheinerweg (Lorena). 2-3: Necrópolis de Miraveche (Burgos). 4: Monte Bernorio (Palencia). 1: Según Schaeffer. 2-4: Según fotos Cabré.

b) Necrópolis de Miraveche (Burgos)

El par de ejemplares que a continuación se incluyen fueron hallados en las Excavaciones oficiales de este yacimiento, efectuadas por Martínez-Monteverde en 1935, año en que Cabré, acompañado por uno de nosotros, pudo fotografiar y tomar apuntes de los materiales más notables sacados a la luz.

Tumba 60 (con material conjunto no enteramente garantizable) (4).

— Fibula de bronce fragmentada e incompleta. Diseño estilístico, tipológico y sistema dinámico —que Schüle cree producto de una recomposición antigua (5)— idénticos a los de la pieza anterior (figura 1.3).

Tumba 22, con material conjunto no enteramente garantizable (6).

c) Antigua Colección Marqués de Comillas

El ejemplar que a continuación se presenta fue estudiado por Cabré junto con algunas piezas sobresalientes de dicha colección, e incluido en su trabajo «Acrópolis y Necrópolis Cantabras de los Celtas Berones de Monte Bernorio», que el arqueólogo aragonés publicó en el volumen V de la *Revista de la Sociedad de Amigos del Arte*, correspondiente al año 1920:

— Fibula de bronce, fragmentada e incompleta. Diseño «posthallstático» puro: arco peraltado, pie largo levantado en vertical y coronado con meseta ornamental cuadrangular.

El elemento dinámico de este ejemplar ha desaparecido, pero el esconce y la perforación que pueden verse en la cabeza del puente permiten incluir esta pieza en la tipología que estamos estudiando (figura 1.4).

Procedencia probable: Monte Bernorio (Palencia).

d) Necrópolis de Aguilar de Anguita (Guadalajara)

— Fibula de bronce fragmentada e incompleta. Diseño indeterminado. Puente de arco rebajado con decoración de acanaladuras longitudinales.

El elemento dinámico no se conserva, pero la perforación observable en la cabeza del arco aconseja considerar el sistema de resorte de esta pieza —que Argente cree probable producto de recomposición (7)— como del mismo tipo objeto del presente estudio.

El clásico análisis de los ejemplares aportados, según sus similitudes tipológicas, no resulta, desde luego, capaz de conducirnos sin más a conclusiones válidas; en definitiva, no se trata en este caso de un conjunto homogéneo de piezas susceptibles de una ordenación seriada, sino de un grupo dispar, poco numeroso y seleccionado con una desproporción de 4 a 1 en dos áreas culturales del Hierro II de la Europa Occidental alejadas espacial y temporalmente, pues mientras la fibula francesa aún se mueve en el siglo V a. C., las es-

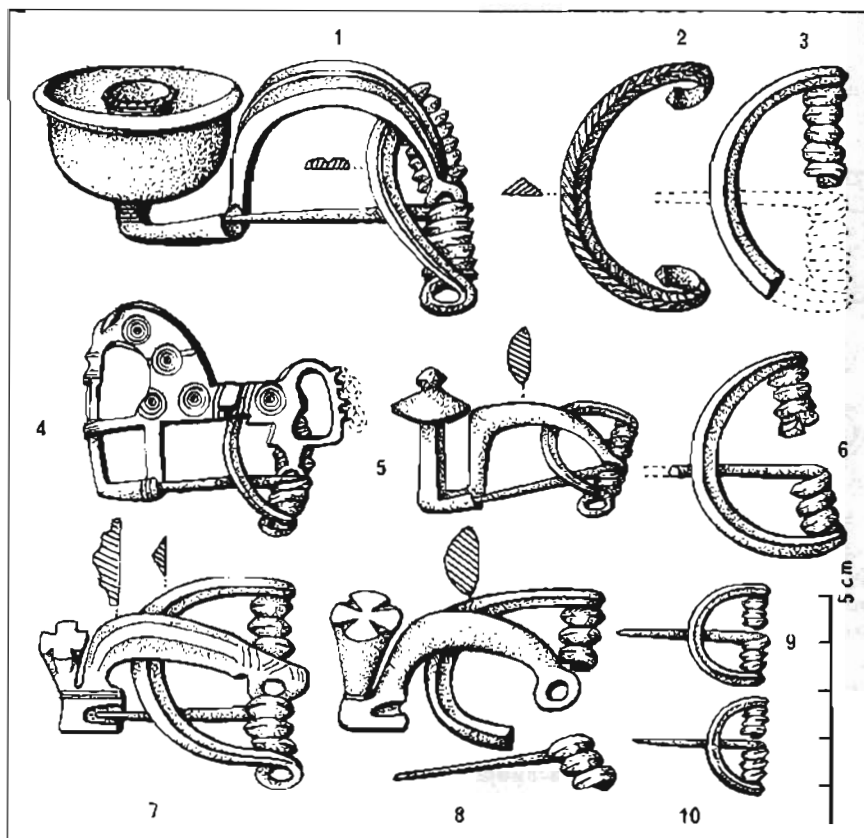


Fig. 2. Diez ejemplares de piezas activas de bronce, con lazo gigante, pertenecientes a fíbulas de la Cultura del Duero, de formas y tamaños muy diversos. 1-3: Necrópolis de Miraveche (Burgos). 4: Necrópolis de Torresabía (Guadalajara). 5: Prov. de Palencia. 6: Castro de Las Cogotas (Ávila). 7-8: Castro de Celada Morlantes (Santander). 9: Castro de Las Peñas de Oro (Álava). 10: Renieblas (Soria). 1-6: Según fotos Cabré. 7-8: Según dibujo de los autores en el Museo de Santander. 9: Según Ugartechea. 10: Según Schulten.

pañolas serían fabricadas entre mediados del IV y mediados del III. Tales factores posibilitan, como es lógico, la existencia, entre la pieza lorenense y las castellanas, de divergencias de cierta entidad no sólo estilísticas, sino también estructurales. Pues bien, después de todo, tal vez para llegar a conclusiones de interés el método aconsejable sea aquí el de profundizar en alguna de dichas divergencias: las que hagan, por ejemplo, referencia a los sistemas de funcionamiento.

En este sentido, desde un punto de vista funcional, un hecho resulta incuestionable: el sistema de aplicación del resorte al arco por medio de remaches parece, por pura coherencia tecnológica, especialmente diseñado para fíbulas de La Tène, con el muelle externo, como la de Haguenau pues en ellas, al presionar hacia arriba la aguja a fin de desabrocharla de su mortaja, la mis-

ma fuerza transmitida por el resorte tiende a reforzar la unión de la plaquita en que terminan las espiras con el intradós de la cabeza del arco, de tal forma que puede afirmarse que el sistema dinámico funciona a favor de esta unión. Por el contrario, en el caso de las fíbulas «post-hallstáticas», con el resorte interno, la técnica resulta incongruente, pues la presión ascendente de la aguja se transmite por el muelle en perjuicio del sistema de unión, funcionando *contra* éste el factor dinámico del resorte.

Así pues, si al Grupo del Duero la técnica había llegado —probablemente de forma indirecta— del mundo de La Tène, bien como sistema constructivo de fíbulas de dos elementos, bien como recurso restaurador de las de uno y único, parece claro que los metalúrgicos de la zona —de cuya habilidad es imposible dudar observando la perfec-

ción de otros muchos detalles de sus manufacturas— prefirieron adaptarla al sistema regional de resorte interno, aun a costa de privarla de coherencia y de restarle eficacia. Nos encontramos, en suma, ante un ejemplo muy claro y nada extraño en el mundo del Hierro II de la Meseta Septentrional, de la concesión de una supremacía indiscutible a los tipos consagrados por una larga tradición, sobre las posibles innovaciones y mejoras evolutivas que claramente aconsejaría el nivel tecnológico alcanzado.

II. RESORTES GIGANTES

Entre las fíbulas de estilo «post-hallstático» de la Cultura del Duero con la cabeza perforada, que han llegado hasta nosotros, es difícil encontrar ejemplares que conserven el elemento aguja-resorte localizado en su sitio; lo más común resulta que esta pieza, unida al puente por medio de un eje de hierro muy fino, y de mayor índice de alterabilidad a los agentes externos que el bronce constitutivo de la fíbula, se haya desprendido de ésta, perdiéndose así la asociación entre ambos o, en muchos casos, desapareciendo. Sin duda que esta circunstancia se ha dejado sentir en la investigación de todo un capítulo de nuestra protohistoria, siendo la responsable directa del desconocimiento existente, entre los estudiosos, acerca de los resortes que funcionaron en tales fíbulas y propiciando, en consecuencia, ciertas confusiones tipológicas cuyas consecuencias hasta la fecha no han sido subsanadas. Esta razón nos ha movido a fijar la atención en los resortes de que vamos a tratar, limitándonos a bosquejar algunas observaciones tipológicas y funcionales de sus sistemas dinámicos, aduciendo algunos ejemplos particularmente ilustrativos desde un punto de vista geográfico o cronológico, en la seguridad de que todo ello sólo alcanzaría una utilidad mínima si pudiera contribuir a poner en evidencia la necesidad de que estudios sobre bases serias y científicas sean acometidos sobre este tema.

Abusando, quizá, de afán de síntesis, conviene apuntar cómo los sis-

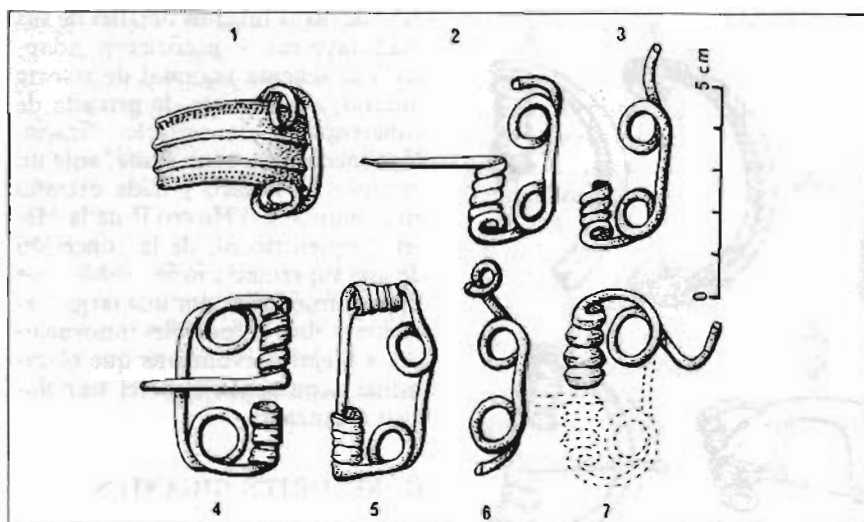


Fig. 3. Siete restos de piezas activas de fíbulas de bronce de la Cultura del Duero, con lazo gigante, en su variedad de dos grandes espiras laterales. 1-3: Castro de Las Cogotas (Ávila). 4: Numancia (Soria). 5: Prov. de Palencia. 6-7: Castro de Celada Morlantes (Santander). 1-5: Según fotos Cabré. 6-7: Según dibujo de los autores en el Museo de Santander.

temas de resorte que funcionaron en las fíbulas «posthallstáticas» de dos elementos de la Cultura del Duero pueden integrarse en dos grandes grupos: al primero pertenecen los bilaterales comunes tanto por sus proporciones como por la localización convencional de la cuerda, longitudinalmente dispuesta a lo largo de las espiras del muelle. La segunda gran familia, que sin duda resulta el producto de una creación feliz, desde el punto de vista estético, de los bronceístas de la región, está constituida por lo que vamos a denominar de ahora en adelante «resortes gigantes» atendiendo más que a sus proporciones en un sentido absoluto, al relativo respecto a las medidas del puente de las fíbulas en las que funcionaron como elementos prendedores-dinámicos.

Característica fundamental de estos resortes gigantes es la forma y disposición del lazo que une los extremos de su muelle bilateral y, precisamente atendiendo a esta forma, se originan dos grandes subgrupos: a) que agrupa a los que tienden el lazo formando un semicírculo y b) el constituido por aquellos otros que lo tienden en forma de rectángulo flanqueado por espiras.

a) Resortes gigantes con lazo en arco

Estos soberbios elementos dinámicos, producto del grado más

conspicuo de perfección alcanzado por los bronceístas regionales, suelen poseer muelles de tres a seis espiras afacetadas a cada lado de la aguja, y el inmenso lazo tendido de extremo a extremo formando un semicírculo casi perfecto (figura 2). Sus valores estéticos resultan inequívocos: integrados en las fíbulas, tienden a enfatizar el elemento curvilíneo cuando el intradós del puente

casi desaparece al quedar prendida la pieza en la ropa. Entonces, en efecto, la semicircunferencia de estos impresionantes resortes luce con toda nitidez, como una especie de media fíbula anular hispánica, con todas las consecuencias que quieran deducirse de tal asociación, que aventuramos con toda intencionalidad. Finalmente, para que el semicírculo resulte más efectista, estas cuerdas descomunales, cuyo tamaño suele oscilar entre el del puente o su mitad, aparecen frecuentemente enriquecidas con acanaladuras, facetas o, incluso, decoraciones incisas (figura 2.2).

Desde un punto de vista funcional, el resorte se fija a la cabeza del puente por medio de un eje de hierro, tal como ya queda apuntado más arriba; el gran lazo se aloja en el interior del arco, y topa con su intradós cada vez que la aguja es accionada hacia arriba, a fin de que se desabroche o quede abrochada en su mortaja. Entonces entra a jugar su contrafuerza el sector izquierdo del muelle, que es el verdaderamente activo, pues el derecho sólo sirve para mantener fija la cabeza del puente en el centro del resorte (figura 2.1). Se trata, desde luego, de un tipo de elemento dinámico que,

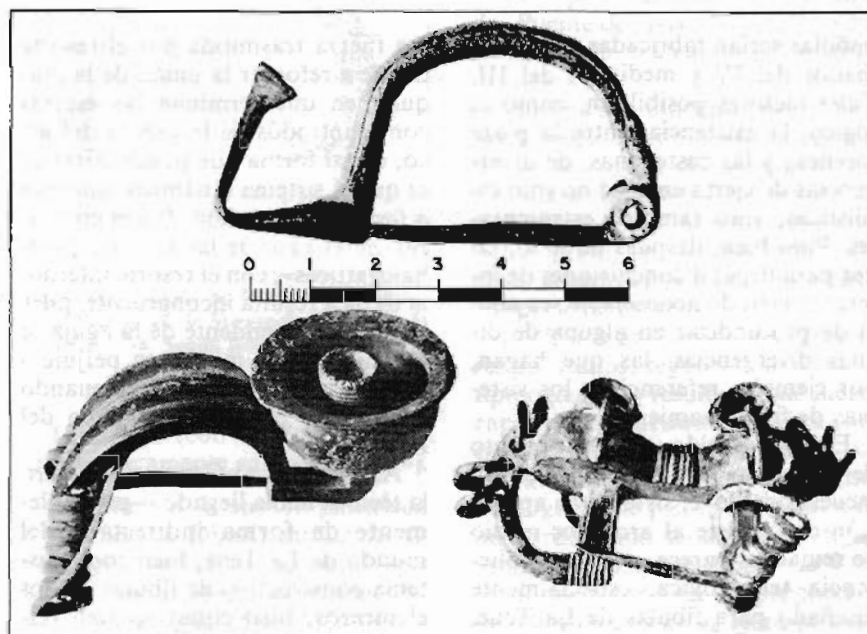


Fig. 4. Tres fíbulas de bronce, conservadas en el Museo de Burgos, procedentes de la Necrópolis de Miraveche. 1: Serie con la pieza activa ensamblada al extradós de la cabeza del arco. 2: Serie con la pieza activa ejerciendo presión en el intradós del arco por medio de su cuerda gigante. 3: Otra pieza zohomorfa de la misma serie.

pese el aceptable índice de flexibilidad del bronce de la región, posee un juego de resorte francamente duro, lo cual ha debido propiciar frecuentes roturas por cansancio y forzamiento del material constitutivo del eje o del muelle.

b) Resortes gigantes con el lazo en rectángulo flanqueado por espiras

Esta segunda modalidad resulta, si cabe, peor conocida que la anterior, con la cual es evidente que se relaciona desde un punto de vista tipológico y estructural. Sin embargo, el aspecto estético de las cuerdas de estos resortes, fabricadas con alambre convencional de sección circular, sin facetas ni molduras decorativas, parece haberse inhibido en favor de la eficacia funcional de tales elementos dinámicos. Por lo demás, el presunto sistema de funcionamiento sólo puede reconstruirse, en parte, a través de una fíbula fragmentada e incompleta del Castro de Las Cogotas (8) (figura 3.1), que nos muestra un sistema de lazo externo al puente y, sobre todo, la probable función de las dos grandes espiras o bucles laterales, ejerciendo como de topes de sujeción de un arco en cinta de inusitada anchura.

Esto no obstante, somos conscientes de que se trata de un ejemplo no excesivamente garantizable, habida cuenta del deterioro de la pieza que nos lo documenta. Habrá que esperar, pues, nuevos hallazgos más determinativos pero entretanto, aunque sea moviéndonos en el terreno de las conjeturas, creemos poder aventurar que nuestros resortes se hubieron de utilizar también —y sobre todo— al modo de sus pa-

rientes cercanos con lazo semicircular, es decir, con la cuerda interna en el arco, para poder aprovechar así el índice suplementario de flexibilidad que habría de sumar al juego del resorte propiamente dicho, el de las dos espiras del lazo.

Durante un prolongado período que abarca desde el último cuarto del siglo IV hasta mediados del II a. C. fueron contruidos resortes gigantes para ser aplicados, como elementos dinámicos, a fíbulas de la Cultura del Duero. La primera época de este dilatado espacio temporal —fines del siglo IV a mediados del III— coincide con el momento de máxima madurez de la bronceística regional, y se detecta fácilmente en piezas o resortes sueltos de muy bella factura y grandes proporciones hallados en Estaciones de su propia área de fabricación (figuras 2.1 a 3) (figuras 4.2 y 3), o bien en otras zonas de la Meseta con las que dicha área había mantenido estrechas relaciones comerciales (figuras 2.4 y 6). A partir de la mitad del siglo III, las fíbulas van registrando una paulatina disminución de tamaño, adoptando módulos y tipologías propios de los talleres numantinos, cuyas influencias comerciales parecen ensancharse hacia el norte, contactando con la Cultura de los Castros alaveses (figura 2.9) o cántabros (figuras 2.7 y 8). Finalmente, las fechas bajas pueden ser documentadas propiamente en el círculo numantino (Renieblas) (9) (figura 2.10).

Por lo que concierne a los resortes con lazos en rectángulo con espiras, debieron resultar de una derivación de los de cuerda en semicírculo, por lo que su utilización comenzaría ya en el siglo III a. C.,

perdurando también hasta la romanización (figura 3.4).

Después de este ligero bosquejo de las peculiaridades tipológicas y funcionales, así como del ambiente cronológico en que se movieron estos objetos, nos encontramos en disposición de aludir al problema que ha planteado la incorrecta interpretación de alguno de ellos, sobre todo en los casos en que se han mostrado a los investigadores no sólo disociados de las fíbulas de las que habían formado parte, sino también ellos mismos fragmentados e incompletos. Así sucedió, por ejemplo, con un resorte aparecido en el Nivel C del Castro alavés de Las Peñas de Oro: por tratarse de un ejemplar del que sólo había subsistido la aguja con el sector activo del muelle, sus publicadores lo confundieron con un fragmento de fíbula de doble resorte fechando, en consecuencia todo el nivel, como paralelo al de la Necrópolis de la Atalaya en Cortes de Navarra, entre 450 y 350 a. C. (10). Por cierto, que la existencia en el mismo Nivel C de otro resorte completo con lazo en semicírculo (figura 3.9), hubiera bastado para poner de manifiesto la desproporcionada antigüedad de este pretendido horizonte cronológico.

Asimismo, la presencia, en el Castro de Las Cogotas, de resortes incompletos con lazo en rectángulo flanqueado por espiras (figuras 3.2 y 3) (11) ha sido erróneamente interpretada, confundiendo estos objetos con presuntas fíbulas de doble resorte; y así, en varios estudios de tal tipo de fíbula ha sido incluida, en sus mapas de localización, la estación abulense donde, por supuestos, jamás estuvo presente.

NOTAS

(1) Cabré, E. y Morán, J. A.: «Ensayo tipológico de las fíbulas con esquema de La Tène en la Meseta hispánica», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 11-12, 1979, páginas 10 y ss.

Cabré, E. y Morán, J. A.: «Ensayo cronológico de las fíbulas con esquema de La Tène en la Meseta hispánica», *BAEAA*, 15, 1982, páginas 4 y ss.

(2) Scheaffter, F. A.: *Les Tertres funéraires préhistoriques dans la Forêt de Haguenau*.

II. *Les Tumulus de l'Age du Fer*, Haguenau, 1930, página 81, figura 70.

(3) Schüle, W.: *Die Meseta Kulturen der Iberischen Halbinsel*. Berlín, 1969, página 290.

(4) *Ibidem*: lámina 147.

(5) *Ibidem*: página 288.

(6) *Ibidem*: lámina 137.

(7) Argente, L.: «Las fíbulas de la Necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita», *Trabajos de Prehistoria*, 31, 1974, página 67, figura 5.6.

(8) Cabré, J.: *Excavaciones de Las Cogotas, Cardenosa (Ávila)*, I. El Castro, Madrid, 1930. lámina LXVII.

(9) Schulten, A.: *Numantia*, T. IV. Die Lager bei Renieblas, München, 1929, lámina 51.7.

(10) Varios: «El Castro de Las Peñas de Oro (Valle de Zuya, Álava), I-III Campañas excavaciones, 1964-66», *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, IX, 1965, página 144, lámina XXXIV.25.

(11) Cabré, J.: *Op. cit.*, lámina LXVII.

ESTACIONES DE ARTE RUPESTRE DEL ALTO DUERO

EL COVACHON DEL PUNTAL

Teógenes ORTEGO FRIAS

Hemos de recorrer ahora, una vez más, la ruta que desde Soria nos conduce al monte Valonsadero, donde se halla situado «El Covachón del Puntal», como avance rocoso que flanquea hacia oriente la estrangulación morfológica entre las cañadas Honda y del Cuervo y que a su vez da paso a las transversales sendas ganaderas de la campiña.

A tal fin, tomamos la carretera de Valladolid (122); a los dos kilómetros seguimos por la bifurcación hacia Burgos. Recorridos seis kilómetros más, encontramos a nuestra mano un señalizado ramal practicable a lo largo del praderío surcado por el río Pedrajas, hasta la casa del guarda. Remontamos la margen izquierda de la vega, y en tanto que el moderno camino se prolonga en circuito por la loma, un corto desvío en bajada nos lleva a la otra vertiente; bordeando de entrada el imponente farallón, tras el recodo inmediato estamos al pie de El Puntal (figura 1).

Así quedó denominado en nuestro esbozo toponímico del paraje, este destacado avance de la cuerda rocosa, que si de un lado da paso a la Cañada del Nido del Cuervo, por otro condiciona la depresión de Cañada Honda, larga y uniforme, ceñida por el roquedal, en cuyo final una angostura de erosión abierta transversalmente da salida a las aguas muertas hacia la vega del Pedrajas.

La estructura frontal de El Covachón del Puntal se abre acogedora hacia el Norte, a nivel del prado, respaldada por importante macizo recortado por los elementos, con buzamiento hacia el Sur de su potente estratigrafía formada por compactas areniscas (figura 2).

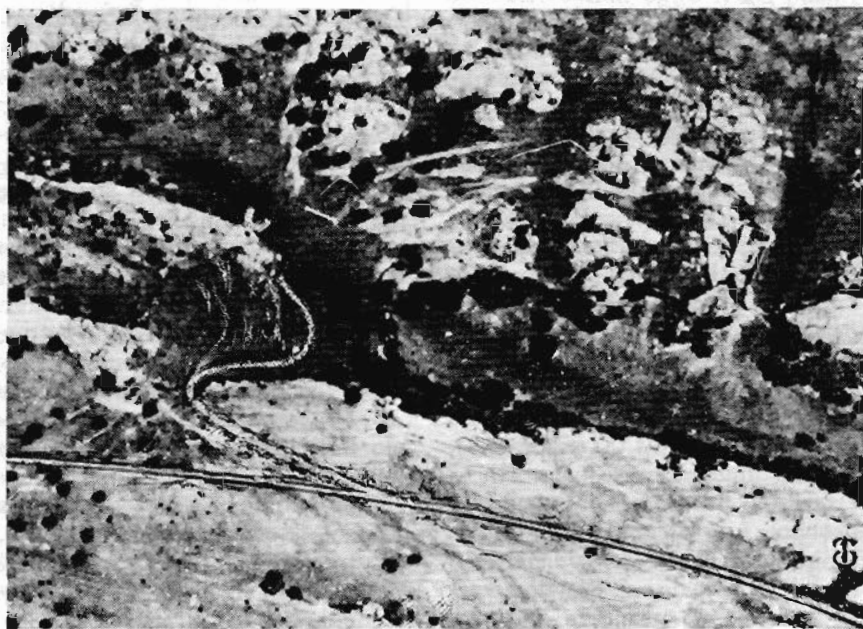


Fig. 1.ª Vertical de las Cañadas y situación de El Covachón del Puntal.

La erosión ha actuado intensamente sobre la densidad del roquedo, arrastrando partículas y limos que, al sedimentarse en las vaguadas, han dado lugar a frescos pastizales aprovechados secularmente por la ganadería indígena.

Algunos peñascos desgajados de los macizos próximos se arrumban en torno a la boca de El Covachón, los cuales pudieron convertirse fácilmente en cerca del refugio en su primitiva ocupación.

La gran concavidad remata en acusada ceja que apunta elevada a unos 6,50 metros del suelo; el fondo semiplano penetra cuatro metros desde la vertical de la ceja en su avance hasta el nivel de base. Acusa en su frente ligeras cisuras que marcan los cuatro estratos superpuestos de similar constitución geológica (figura 3).

En el frente del tramo que remon-

ta el de base, se ha desarrollado una banda pictórica, harto compleja, con figuras unas veces aisladas, o asociadas temáticamente en cada composición.

La pintura empleada es pardo rojiza en distintas gamas, propias de los óxidos de hierro, con ingredientes de distinta fluidez y permanencia alterada por la absorción de la roca.

A unos dos metros y medio de altura sobre el suelo actual, se sucede la serie de motivos en una banda de nueve metros de longitud por dos de anchura, donde encaja la disposición variable de las figuras salvadas por su elevación de los efectos del fuego que ha motivado desconchados y lascados con pérdida de cuanto pudo ser representado en la zona baja del abrigo.

Prescindiendo de algunos pobres indicios, describimos a continua-



Fig. 2. El Covachón visto desde el Nordeste.

ción cuanto, tras el descubrimiento, se mostró a nuestra observación, trasladado entonces, por calco directo, a la información gráfica que ahora acompañamos, para reflejar de primera mano todo su alcance artístico y documental.

1. De izquierda a derecha, sobre 3,15 metros de altura sobre el suelo destacan en primer lugar, cuatro barras con cierta uniformidad en su trazado vertical, aunque con algunas variantes en su perfil abstracto, difícil de interpretar más allá de su

contenido numérico, en relación quizá con un cuadrúpedo que aparece a la derecha, más abajo, a un metro de distancia. El animal, parecido a un asno, se ha interpretado con cierto naturalismo en silueta, visto de costado, corpulento y de recias patas en marcha; prolonga el cuello a línea con el lomo acusando la cruz. En la cabeza se traza solamente el contorno ovalado, grandes orejas arqueadas apuntan a favor, y un apéndice prolongado en el morro parece indicio de cabestro. Este dato, unido a la extremada anchura del tronco como si soportara un aparejo del que pende un objeto cuadrangular entre las patas, da al cuadrúpedo una categoría de animal domesticado (figura 4).

II. A dos metros de distancia se desarrolla una compleja agrupación de dibujos alineados. De izquierda a derecha aparecen dos trazos como simples huellas en sombreado; sigue una estilización de mujer adulta mediante destacado trazo axial, los brazos rígidos se elevan a ambos lados de la cabeza, los pechos se representan por dos arcos laterales simétricos sobre el tronco prolongado como extremidades inferiores.

Sigue una barra ensanchada en cabeza de filo plano, luego una especie de cepo enmangado, con presa curvada y aguja transversal para el cebo, que nos recuerda los artilugios ingenieros para la caza menor por los pueblos primitivos.

Una serie de diez barras abstractas determinan uniformemente el posible significado numérico de la tribu, o de la riqueza material en unidades ganaderas, completas con otras tres, de las que dos son pequeñas de valor medio, y a su lado otra larga como las anteriores, cerrando el grupo (figura 5).

Inmediatamente, once minúsculos trazos se alinean marginados sobre otras siete barras más pequeñas, como si esta representación supusiera menor categoría respecto de la mayor longitud de las del primer grupo, con las que, por esta elemental diferencia en proporciones, pudieran relacionarse.

III. Algo más bajos, a los 40 centímetros, aparecen trazos de dos fi-

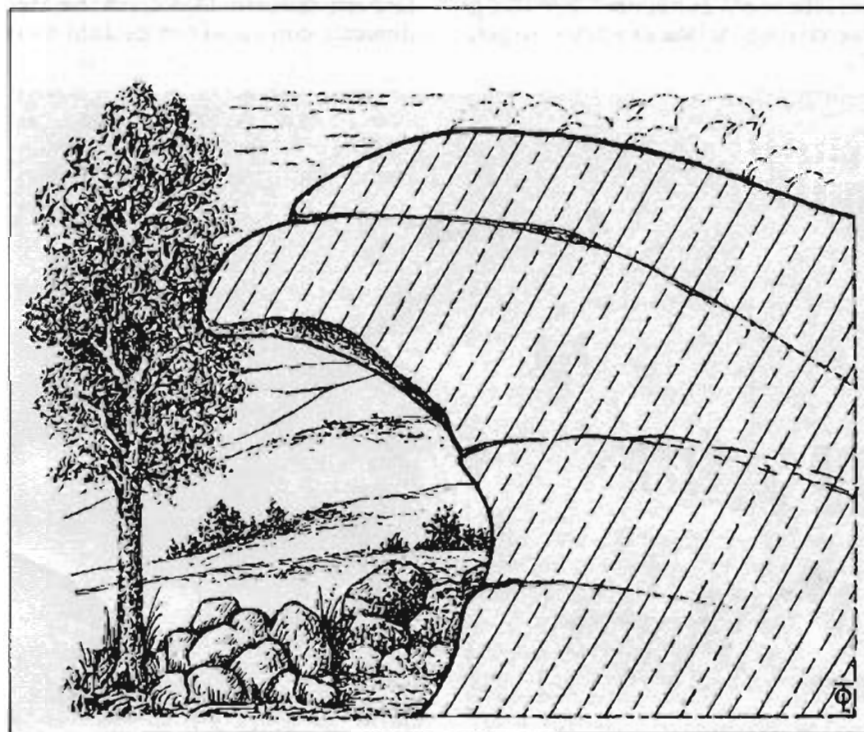


Fig. 3. Perfil de la sección transversal de El Covachón del Puntal.



Fig. 4. Barras de perfiles abstractos y cuadrúpedo domesticado.

guras incompletas por lascado, reducidas a un arco doble de fino trazado y, contigua, una silueta apuntada, ambas sin posible identificación.

IV. A la derecha, al mismo nivel, figura una de las escenas más cuestionables de las registradas en estas manifestaciones rupestres de tan remoto origen. Llevado de la primera impresión, con naturales reservas, interpreté la representación como violento ejercicio de lidia sobre un toro de desarrollada cornamenta y elevada cruz. Su dibujo minucioso,

comparable al naturalismo levantino, admite concomitancias rituales y, en este caso, una secular pervivencia del estilo.

La acción representa a un toro visto lateralmente, dominado por un hombre asido a su cornamenta. En su minuciosa silueta se aprecia la tensión de forcejeo entre el hombre y la bestia. De poder a poder, el toro pugna por sacudirse al lidiador, que virtualmente le sujeta con el cuerpo y una mano, mientras que con la otra maneja una especie de muleta alada simulando rematar la faena y dar salida al animal (figura 6).

Quedaría la escena reducida a la tradicional suerte de derribar a pie o «mancornar» una vez dominada la res, si no llevara adicionado el toro sobre sus astas, cruz y ancas, tres apéndices como haces de ramajes quizá embadurnados de grasa o resina, dispuestos para ser encendidos en la noche de algazara festiva.

El toro ya en libertad, con su carga de fuego y llamas, fantasma agitado en la oscuridad por la velocidad de la huida, había de ser el espectáculo impresionante para alegrar jubilosamente las fiestas periódicas, o algún acontecimiento extraordinario. La muletilla que, al parecer, lleva el resuelto lidiador, también puede interpretarse como manojo de ramas encendidas, dispuestas para prender fuego a los haces combustibles que soporta el toro.

Henos aquí ante un supuesto y remoto precedente de las sonadas fiestas con la participación primordial del «toro de fuego», que todavía se celebra, más o menos evolucionadas, en contados pueblos españoles. Que sepamos, algo queda por Levante y por tierras aragonesas; concretamente en Cariñena y Mora de Rubielos, con los nombres de «Toro de Ronda» y «Toro Embolado», respectivamente. Más cerca, en Medinaceli, con su «Toro de Júbilo» o

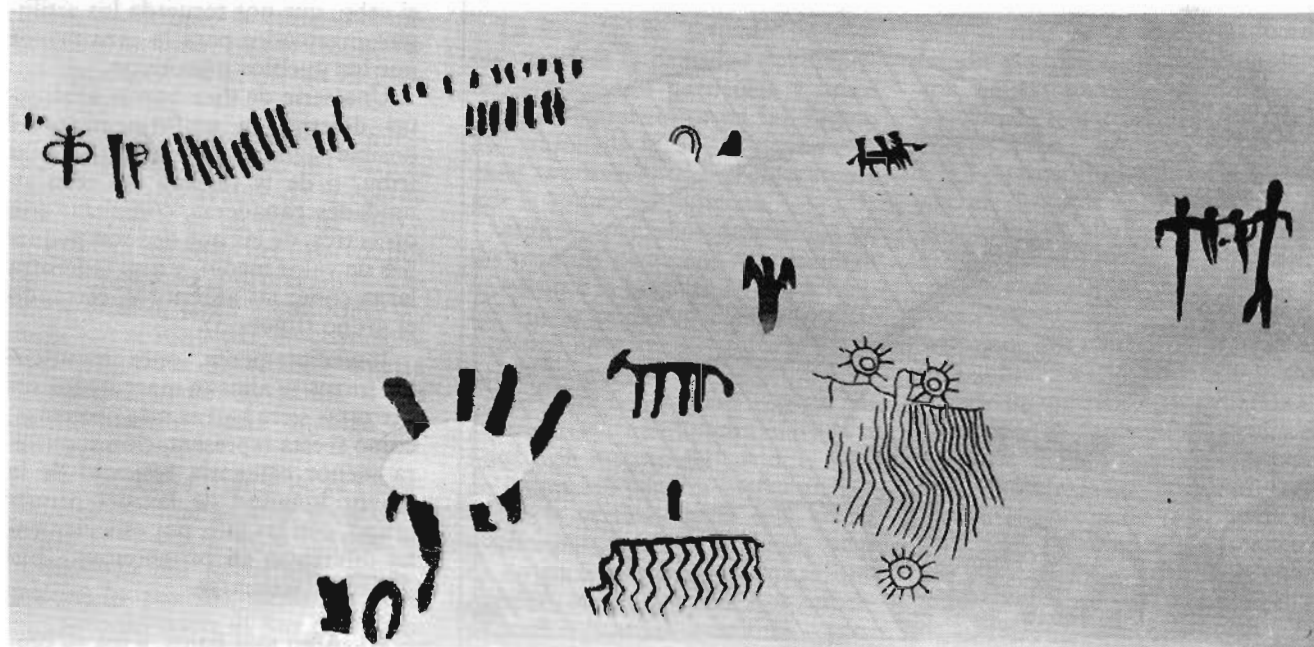


Fig. 5. Conjunto de las pinturas rupestres en el sector central de El Covachón del Puntal.



Fig. 6. Escena de lidia con toro de fuego preparado para la algazara festiva.

«Toro de Fuego», sigue manteniéndose, con aliviada crueldad, este tremendo espectáculo, cuyo carácter localista y singular pintoresquismo constituye al presente un motivo turístico y un tema apasionante para artistas y escritores costumbristas.

En nuestros días, las fiestas populares sorianas reviven la remota tradición, brava herencia cuyo promotor es el toro, conservando los ritos ancestrales, evidentemente generalizados ya entre los pueblos celtibéricos. Se celebran tan espectaculares fiestas paganas durante el solsticio de verano, partiendo de este mismo paraje de Valonsadero, campo y raíz milenaria de aquellos acontecimientos taurinos.

V. En vertical, 40 centímetros debajo del toro, aparece una notable composición que, en nuestro concepto, supone la expresión plástica de un sentimiento valorativo de la naturaleza y del paisaje. Se trata de representar un curso fluvial mediante una agrupación de líneas ondulantes con cierto paralelismo, pendientes de una marginal superior, en cuya mitad crece una apretada curva manteniendo luego su posición inicial. Dos soles aparecen como ojos radiantes de amanecer sobre la línea marginal de las aguas, uno a cada lado del saliente curvado. Un tercer sol ha recorrido su órbita aparente y salta al lado opuesto co-

mo materializando la luz vespertina.

Agua y sol se conjugan en esta representación con categoría cultural, por cuanto tales elementos vitales suponen en el medio natural y humano el admirable asombro cotidiano (figura 7).

Más bajo, a la izquierda, se simplifica el tema anterior; pendientes de una línea horizontal, caen doce quebradas en zig-zag de cinco trazos bien destacados, en regular pa-

ralelismo. Algo separado, sobre el centro de la horizontal, queda un trazo recio, asociable a la curvatura en apéndice de la anterior; ambos pudieran aludir al punto de abrevadero, o al manantial origen de los cursos fluyentes aquí representados.

Entendemos que esta composición es trasunto del viejo símbolo del agua, comprobado en las escrituras jeroglíficas. La misma idea se refleja pintada en un fragmento de tela procedente de la necrópolis de Gobelain (Museo de Turín), representando un pescador sacando de las aguas, tratadas en zig-zag paralelo, las redes de pesca, escena datable en el periodo predinástico, sobre 3.500 años a. C.

En nuestras áreas de difusión del arte rupestre, aparece el tema como abrevadero de fauna variada, a la vez que puesto de caza con un arquero en acción, en el segundo covacho de la valenciana Cueva de la Araña (Bicorp). Con similar disposición, aguas que corren, fauna aproximada y arquero en acecho que ha cobrado, al parecer, una res tendida en la otra orilla, se muestra en la Cueva de la Vieja, en Alpera (Albacete), o en el segundo abrigo de los Cantos de la Visera, en el monte Arabí, de Montealegre, en la misma provincia, en todos los cua-

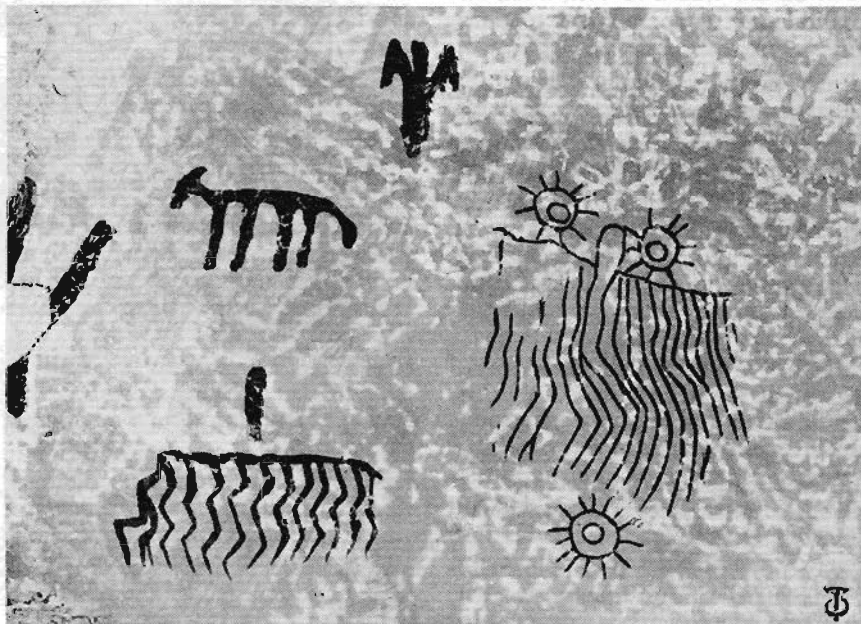


Fig. 7. Detalle del grupo central con figuraciones esquemáticas de soles, cursos de agua y animales ambientando el paisaje.

les predomina el expresivo y dinámico arte naturalista.

Pero donde encontramos un sorprendente paralelo con la descrita composición del soriano Covachón del Puntal es en la cueva almeriense de El Gabal, en Vélez Blanco, en cuyas pinturas figura el esquematismo exacerbado con motivos estelares y representaciones humanas bitriangulares —aporte de la cultura almeriense— entre las que aparece un río formado por cuatro líneas en zigzag; un ciervo que se acerca para abreviar y, en una orilla, dos soles contiguos frente a otro sol en el lado opuesto, con los que se cubre la trayectoria astral cotidiana sobre un determinado horizonte.

En El Covachón del Puntal, queda en alto un ave en vuelo con las alas explayadas. Más baja, a nivel de la margen soleada, se aleja, como de vuelta del abrevadero, un cuadrúpedo de torpe silueta, algo parecido a un asno de cabeza ovalada, oreja apuntada, larga cola y recias patas.

Todo ello se compagina en temática y estilo, acusando idéntica mentalidad entre estos tardíos pintores almerienses y los que interpretan la escena similar en El Covachón del Puntal, en ideograma sincrónico y ritual, relacionado con el agua y el sol, dando vida a la naturaleza circundante.

VI. En esta dirección destaca una serie de trazos gruesos alrededor de un desconchado oval, que elimina el núcleo figurativo y corta la significación de los mismos. Cuatro fragmentos apuntan en abanico, otros tres inferiores más un apéndice completarían una representación más, perdida por lo expuesto.

Debajo, a su izquierda, queda el pie de un trazo grueso roto por lascado; un pequeño arco en herradura y otro toque aislado. La posible relación entre estas figuras esquemáticas tan fragmentadas queda sin posible interpretación; alejadas 1,18 metros por debajo de la alineación de barras del grupo superior, ocupan el lugar más bajo de cuanto, salvado del fuego, nos queda en el friso.

VII. En contraposición, la figura más alta aparece a 2,60 metros del supuesto toro, a nivel algo superior que las barras de primer término. Es un esquema antropomorfo marginado, trazado según la fórmula generalizada, un eje comprende cabeza, tronco y sexo; a la altura de los hombros y cadera arrancan brazos y piernas simétricamente arqueados.

VIII. La relativa uniformidad del fondo rocoso se altera por un amplio desconchado, que ha producido un recortado plano semioval de 2,25 metros de diámetro por 1,60 de

altura media, en el que se encajan otras representaciones.

A 0,85 metros del campo de soles y ya dentro del nuevo espacio, aparece una escena monogámica y familiar en la que destacan dos figuras humanas, mujer y varón, entre las cuales se alzan dos infantes, niño y niña, unidos entre sí con los brazos tendidos por los respectivos adultos. La distinción de sexos queda determinada en el grupo por el eje simple para representar lo femenino, y el de tronco más pronunciado separando las dos extremidades inferiores para el varón, según fórmula generalizada en el arte esquemático.



Fig. 8. Antropomorfo, cayados de remate bulboso y extremo ornamental de una figura desvalda.

IX. Poco más abajo, a la derecha, contamos con un grupo diverso. En primer lugar aparece un antropomorfo varón, aislado, sin variantes respecto del consabido esquema, que parece dirigirse hacia tres ramas arbustivas escalonadas, apiñadas verticalmente, cuyos extremos se curvan en forma de cayados para rematar en una abultada hoja carnosa.

De una figura semiperdida queda a la izquierda un raro detalle de trazo curvado, terminado en fino roleo y aditamento de hojuelas pendientes, que parece nacer de lo que queda desvaído como perfil delantero de un ave (figura 8).

X. Excepcional por su gran tamaño, sorprendente por su estilo y como entronizada en el fondo de El Covachón, pudimos reconocer bajo la capa musgosa una desvaída representación animalista pintada con maestría. Se trata de un ave moñuda de pico corto, esbelto cuello y cuerpo reducido, cuyas alas y cola explayadas se han estilizado rematando sus extremos en armonioso espiral. Delante se halla una pequeña silueta acorazonada, perdida en parte, produciendo el efecto de un fruto picoteado por el ave (figura 9).

De cualquier modo que pudiera interpretarse la figura en cuestión, admirable por su trazado estético, viene a ocupar un lugar destacado entre las más ricas series pictóricas de nuestros descubrimientos. Acaso pueda atribuírsele una remota significación totémica, adoptada incluso como distintivo del grupo poseedor del habitáculo. Es de notar también, que las representaciones de aves estilizadas que por medio de las cerámicas ibéricas, y por el mismo camino, nos llegarán siglos más tarde desde Levante, suponen para este tema un remoto precedente.

Paraje de encuentro impuesto por la geografía duriense fue la altimeseta soriana con su entorno de fértiles valles y extensos pastizales de montaña, lugares abiertos y codiciados, al menos en la época estival, por una trashumancia tempranamente organizada, a lo largo de las trochas holladas en el campo virgen, convertidas después en reales cabañas ganaderas.



Fig. 9. Fantasia dinámica de trisqueles en un ave explayada de carácter totémico.

Entre tantas posibilidades de asentamiento en los refugios campesinos, la vega del río Pedrajas y sus inmediatas y paralelas Cañada Honda y Cañada del Nido del Cuervo, entre la sierra y el llano, ofrecieron cobijo humano en sus roquedales. Actividades esencialmente pastoriles, recolectoras silvestres, caza, domesticación, agricultura incipiente de ciclo corto, tradiciones, ritos, costumbres, vida material y espiritual compartida, en suma, nos dejaron su impronta plástica en las numerosas ilustraciones que figuran en los treinta y tantos abrigos con manifestaciones de arte rupestre, descubiertas durante mis consecuentes exploraciones en la región.

Como ocurre en todas las agrupaciones humanas, en estos pueblos pre y protohistóricos surgen individualidades dotadas de facultades para valorar determinadas sensaciones vitales y, con propia habilidad e impulso estético, llenar aspiraciones de expresión plástica, imbuida de valores mágicos para la contemplación emocional, o como testimonio de los objetivos materiales y concretos de cada grupo.

En su realización hemos observado en conjunto, figuras puramente abstractas, signos ideográficos y

geometrificaciones lineales, versión de fenómenos naturales, representaciones faunísticas estilizadas, ejemplos tipificados de la figura humana, aislada o en grupos, significando familiaridad, caza, pastoreo, e incluso proyección del paisaje.

El fenómeno pictórico se repite una y otra vez con el soporte de prototipos, pero rebasados según su función y la capacidad imaginativa del artista, en cuanto un grupo unido por determinados vínculos en su exclusivo espacio rupestre, descansa, medita o sueña, reclamando la lujosa ambientación plástica; compleja y definitiva compañía en el fondo contemplativo de su reducido ámbito.

Y con estas características se van sucediendo en nuestro campo de exploraciones los numerosos covachos, vivienda, santuario, necrópolis, dominio memorial y posesión temporal, pronto superado por rústicas chozas sobre el roquedo, cobijo al fin de una raza indígena, de características y costumbres bien afirmadas desde las primeras edades culturales del Bronce hispano, comprendidas entre el año 2000 y el 700 a. C. cuya perduración enlazó con el nacimiento progresivo de los pueblos celtibéricos.

¿DONDE ESTA LA «PRIMERA EDAD DEL HIERRO»?

M.^a Rosario LUCAS PELLICER

La ingente labor de los Maestros a quienes rendimos este homenaje no necesita de ningún elogio. Su fecunda obra habla por sí misma. Sin embargo, en relación con estas páginas es forzoso unir el nombre del profesor Maluquer al Cerro de la Cruz de Cortes de Navarra y el del profesor Beltrán al Cabezo de Monleón en Caspe (Zaragoza), dos yacimientos claves para el conocimiento de la Primera Edad del Hierro en el Valle del Ebro.

Uno y otro poblado fueron calificados en su día como *hallstáticos* enraizando a sus habitantes con contingentes humanos *indoeuropeos*. Hoy, los vaivenes de la investigación han llevado a crisis estos conceptos y en las nuevas propuestas, siempre vinculadas a la adopción del rito de incineración o cremación, se ha dado un énfasis especial al nombre de Campos de Urnas y con ello el fenómeno se explica en términos de la *Urnenfelderkultur* aunque se matiza insistentemente que hubo sólo una esporádica penetración de pequeños grupos extrapirenaicos y que el desarrollo cultural responde a una evolución endógena en un proceso constante de aculturación y fuerza expansiva.

En el esquema de M. Almagro Gorbea (1977) el inicio del poblado del Cabezo de Monleón se sitúa en la 2.^a Fase de los Campos de Urnas Antiguos del Nordeste (Período II, ca. 1000 a. C., relacionado al Hallstatt [Ha] A2 o Bronce Final II B). Continúa durante la Fase 1.^a de C. U. Recientes (ca. 900) denominada Período III y paralelizada con el Ha B1 o B. F. IIIA.

En esta sistematización, la Fase de Campos de Urnas del Hierro corresponde al Período V, «que ya

se puede denominar de la Península Ibérica, pues afecta áreas mucho más amplias que el Noreste Peninsular. Corresponde al Período III de Taffanel, al horizonte de los arneses de caballos característicos de Hallstatt de Centroeuropa y al Horizonte Protocolonial fenicio en el Noroeste del Mediterráneo, por lo que su cronología absoluta se puede precisar hacia el siglo VII a. C., aunque en algunas áreas, como el Bajo Ebro, algunas asociaciones de tipos culturales de este período perduran hasta el siglo VI» (Almagro Gorbea, 1977, página 126).

G. Ruiz Zapatero (1985) adopta similar nomenclatura y acepta idénticas propuestas cronológicas para el inicio del Cabezo de Monleón. La evolución temporal se sincroniza parcialmente con la fundación del poblado más antiguo (PIII) de Cortes de Navarra, fechada en el siglo IX a. C. Esta ocupación prosigue durante los C. U. Recientes y los del Hierro superando incluso la vida del hábitat de Monleón abandonado sin penetrar en el siglo VI. Todo ello supone, según Ruiz Zapatero (página 1609): «la transformación final de los grupos del NE por los influjos coloniales mediterráneos a finales del siglo VII a. C. y que comportan básicamente la difusión de la metalurgia del hierro y la introducción del torno del alfarero.»

Independientemente del uso o abuso de la nomenclatura de Campos de Urnas a la manera de W. Kimmig (1954) o de Schauer (1975) y de la correlación con el Bronce Final del sistema de J. Hatt (1961) en sincronía o no con las divisiones del Hallstatt propugnadas por H. Müller-Karpe (1959) para la zona de los Alpes, de la lectura de las mencio-

nadas publicaciones se desprende la defensa de un proceso de casi 500 años que, a partir de la introducción del rito cinerario y diferenciando dos grandes áreas regionales (Cataluña y Valles Segre-Ebro), discurre sin apenas ruptura desde la etapa media del Bronce Final hasta los inicios del mundo ibérico. El cambio de denominación —Campos de Urnas del Hierro— se justifica en función del influjo mediterráneo porque, en definitiva, difunde el hierro y el torno, aunque se advierta en la zona del Ebro cierta renuencia al cambio cultural.

M. Pellicer ha dedicado varios artículos a este complejo fenómeno que denomina *Horizonte Bronce Final-Hierro I del Noreste Hispano*. En 1984 estudia fundamentalmente los elementos de sustrato y los orientalizantes, mientras en 1985 se ocupa del componente ultrapirenaico o hallstático porque con las premisas asentadas en los otros artículos «daba la sensación de que el hallstatt que en la bibliografía anterior todo lo inundaba, quedaba ahora desnudo y despojado de gran parte de su contenido» (1985, página 309). Este autor denomina a estos elementos *hallstattizantes*, nombre que le parece más adecuado «porque están en franca minoría frente a los de raíz autóctona hispana» y, tras una serie de razonamientos, fecha en el siglo VIII a. C. los inicios de las necrópolis de incineración en Cataluña modernizando, por tanto, las dataciones atribuidas a los supuestos C. U. y el inicio de los poblados del Valle del Ebro, cuestión que aborda más específicamente en un artículo de 1986.

El uso de la doble nomenclatura *Bronce Final-Hierro I* es harto fre-

cuenta en la bibliografía cuando se estudian conjuntos u objetos cuya cronología se estima entre los siglos VIII y VII a. C. La ambigüedad trasmite la duda sobre si el grupo cultural conoce o no el hierro y el criterio, por supuesto, es de orden cronológico (anterior al siglo VI a. C. y posterior al siglo VIII) y técnico (otros ambientes han incorporado ya el nuevo metal).

En el caso del Suroeste Peninsular, según Almagro Gorbea (1986, página 29), al Bronce Tardío II (Bronce Final) sigue el período *Prototartésico*, fechado entre los años 1000 y 800 a. C. (paralelo a lo postulado para Monleón y Cortes) y correlacionado con el período Protovilanoviano I/ Vilanoviano I, Protogeométrico/ Geométrico, etcétera.

Esta etapa del Suroeste y Sur Peninsular, también denominada *Protoorientalizante*, marca la ruptura con el Bronce porque acusa desde el siglo XI a. C. la precoz relación con Oriente y los contactos ininterrumpidos con las colonizaciones fenicias; la presencia del hierro es una más de las transformaciones que con «efecto multiplicador» incidieron en el sustrato indígena dando lugar a un estilo de vida característico de la *Cultura Tartésica* (800-525 a. C.) que ya se puede considerar urbana (monarquía sacra, centros de mercado, escritura, nuevos sistemas de guerra y vivienda, etcétera).

Por su parte, E. Aubet (1986, página 58), al tratar de este horizonte cultural que denomina *protohistórico*, escribe: «*La evolución del mundo tartésico comprende dos principales períodos culturales: el Bronce Final y el Hierro Antiguo u Orientalizante, correspondiendo al Hierro Reciente el horizonte ibérico o turdetano propiamente dicho.*» Esta autora considera que el Bronce Final (siglos X-VIII a. C.) es el punto de partida de una serie de transformaciones socioculturales. Se inicia la discontinuidad hacia el año 1000 a. C. y culmina en el período Orientalizante Indígena o etapa de apogeo de Tartesos (750-550). Desgraciadamente, las necrópolis sólo se conocen a partir de este momento (mediados del siglo VII) y atestiguan la adopción del ritual cinerario y la presencia de

grandes túmulos o tumbas principales de inhumación que desaparecen con la crisis socioeconómica de principios del siglo VI a. C. (página 73).

Es obvio que las opiniones de los diversos autores según las áreas de estudio (aquí resumidas muy simplificada) tienden a identificar o paralelizar la Primera Edad del Hierro con los influjos orientalizantes que, escalonadamente y a partir del Bronce Final (Prototartésico de Almagro Gorbea) hacen mella en diversos grupos culturales (Horizonte Colonial, Fase de Importaciones...) llegando tardíamente hacia el Noroeste (muy a finales del siglo VII y a lo largo del VI) y afectando únicamente a las tierras más próximas al litoral.

Bajo la óptica de procesos locales son lógicas y necesarias las secuencias individualizadas, pero a nivel histórico de la sensación que nos hallamos ante reductos particularizados y que el Noreste sólo se beneficia por «el hierro y la cerámica a torno». Es obvio que la nomenclatura establece sucesos particularizados y la dificultad de definir qué consideramos en nuestra jerga primera etapa del Hierro, aunque sea como marco de referencia, delata que carecemos de una teoría capaz de individualizar fenómenos suficientemente amplios y relevantes como para servir de signos de identidad y justificar la ruptura y el cambio cultural.

La construcción de este armazón teórico es tanto más importante en cuanto el problema se une a fijar los inicios de la Protohistoria. La etiqueta de Edad del Hierro es, como tantas otras, reduccionista, pero de hecho lleva implícita profundas transformaciones socioculturales cuyos mecanismos capacitan la conexión de los diversos sectores europeos en una vasta unidad arqueológica. Esta unidad atada a un tiempo muy concreto que tal vez pueda homogeneizarse bajo el nombre de Primera Edad del Hierro o Hierro I y que puede considerarse como auténtica Protohistoria en razón a que el momento amplía como nunca la información entre los hombres, se renuevan las ideas y se propicia el entendimiento y con-

vencia entre comunidades ágrafas y literarias, sembrando el fermento que desarrolla la vida protourbana y en algunos casos auténticamente urbana.

La cuestión no sólo se plantea con referencia a España, el fenómeno es de alcance europeo —mediterráneo, continental y atlántico— pero, como veremos, los sistemas de nomenclatura son tanto o más problemáticos que los utilizados en España. Brevemente, y como referencia obligada, sintetizo sucintamente el panorama de «hechos» que encadenan los sucesos con especial énfasis en relación con el Noreste, área que de una manera especial interesa a estas páginas.

PANORAMA ARQUEOLÓGICO-CULTURAL (cuadro 1)

La denominación Bronce Final, se considere precedida o no por una Fase de Bronce Tardío, es, en la práctica, unánimemente aceptada si bien, resumiendo muy sucintamente, se puede decir que en Europa existen dos tendencias en la sistematización y nomenclatura con respecto a la etapa Bronce Final-Primera Edad del Hierro (o Hallstatt en sentido estricto).

El modelo de mayor favor en Europa Occidental etiqueta como Bronce Final la *Urnenfelderkultur* o el Horizonte de Campos de Urnas; el primer período del Hierro se sincroniza con el desarrollo del cementerio austriaco del Hallstatt, nombre que, en este caso, hace alusión a un «tiempo» contemporáneo a cuanto se denomina Primera Edad del Hierro o Hierro Antiguo (Briard, Coffyn, Gómez...) o simplemente Hierro I como postula el profesor Maluquer. El corte, problemático siempre en términos absolutos, sigue la sistematización de J. Hatt y corresponde por tanto a la continuación del Bronce Final III b (750-725 a. C.).

Con relación a esta terminología se incluyen las divisiones regionales que se suceden tras el desarrollo o sincronía con los C. U. Así, J. J. Mohen (1980) en su obra *L'Âge du Fer en Aquitaine* soluciona el tránsito estableciendo una fase «cero»

	KIMMIG 1954	MÜLLER KARPE 1959	HATT 1961	LOUIS Y TAFFANEL 1960	GUILAINE 1972
				PERIODO IV	Gran Bassin II y túmulos
600 —	C. U. IV	Ha. D	Ha. medio	PERIODO III	
700 —		Ha. C	Ha. antiguo	PERIODO II B A	B. F. III B Mallhac I
800 —	C. U. III	Ha. B ₃	B. F. III B	PERIODO I	B. F. III A
900 —	C. U. II	Ha. B ₂	B. F. III A		B. F. II
1.000 —		Ha. B ₁	B. F. II B		
1.100 —	C. U. I	Ha. A ₂	B. F. II B		
1.200 —		Ha. A ₁	B. F. I		B. F. I
1.300 —		Bronce D	B. Medio		
				LANGUEDOC Y ROS	

Cuadro I. Esquemas de nomenclatura y cronología (síntesis de las figuras 11 y 12 de G. Ruiz Zapatero, 1985).

que enlaza con el Bronce Final y que ya atestigua la práctica de la metalurgia del hierro difundida por aculturación. Las cinco fases siguientes dan cabida a la multiplicidad de grupos nuevos o poco relevantes hasta que esta zona se sitúa a nivel cultural con la Edad del Hierro (poblados fortificados, túmulos, inhumación y gran circulación de objetos metálicos).

El modelo seguido en Centroeuropa, fiel al esquema de Reinecke, hace referencia a la sistematización de H. Müller-Karpe creada para el Norte de los Alpes y puntualizada cronológicamente por asociaciones

y correspondencia con materiales importados del Egeo o con producciones de la Península Itálica. Se mantiene la palabra Hallstatt (Ha) dividida en cuatro estadios (A a D) y la ruptura, en relación con las fases asignada a C. U., se produce en la fase C (entre finales del siglo VIII y 700 a. C.) considerando auténtico momento del Hallstatt, o primera Edad del Hierro (por oposición a La Tène o Hierro II), las etapas C y D.

E. Kossack y H. Zürn, entre otros, se han preocupado especialmente del Ha C y D. El desarrollo evolutivo se guía por la existencia

de tumbas de jinetes armados con largas espadas (Ha C1), de guerreros con lanzas (Ha C2), mientras puñales y diversas tipologías de fibulas indican el avance del Ha D.

Respecto a la Península Italiana se ha teorizado ampliamente sobre la problemática Bronce Reciente Final-Hierro Antiguo. Un estado de la cuestión en los distintos territorios se recoge en la obra de F. y D. Ridgway (1979). Interesa destacar la contribución de E. Peroni, quien al explicar las causas y naturaleza de los cambios acaecidos entre los inicios del siglo XIII-fin del siglo VIII reconoce la existencia de una *koinè*

SCHAUER 1975	COFFYN 1972	GOMEZ 1980	CHEVILLOT 1981	VILASECA 1963	ALMAGRO GORBEA 1977
Fase puñal hierro dec. barroca	1.ª Edad Hierro	1.ª Edad Hierro	1.ª Edad Hierro	PERIODO IV	2.ª Fase C. U. del Hierro
Fase de la espada corta de antenas				PERIODO III	1.ª Fase C. U. del Hierro
Fase de la espada hallstättica	B. F. III Atlántico	Grupo de Vénat	Grupo de Vénat B. F. III Atlántico	PERIODO II	2.ª Fase C. U. Recientes
2.ª Fase C. U. Recientes				PERIODO I	1.ª Fase C. U. Recientes
1.ª Fase C. U. Recientes	B. F. II Atlántico	Grupo local C. U. II	B. F. IIIA Troglodí- tico		2.ª Fase C. U. Antiguos
2.ª Fase C. U. Antiguos			B. F. II Atlántico		1.ª Fase C. U. Antiguos
1.ª Fase C. U. Antiguos	Bron- ce Me- docain III	Grupo Dutlats	B. F. I	Bronce Medio	
	Bronce Medo- cain II		Grupo Vindo- Medocain		

metalúrgica que afecta no sólo a la Europa bárbara sino al mundo Egeo durante el Bronce Tardío y, haciéndose eco de las transformaciones y diferencias entre las distintas áreas itálicas, especialmente en la esfera social, escribe (página 24): «In all probability, the difference in military technology reflects a difference in the social orders. We may recall that the weapons of the Halls-tätt Iron Age north of the Alps are principally the spear and the javalin before the antenna sword (which is of little tactical importance, and has a minly symbolic of prestige function). This reflects a new set of so-

cial priorities in civil life that is different from that of the Urnenfield period (Kossack, 1959, pp. 93, ff., 125 f.). The picture north of the Alps accords well with the concept, just mentioned, of the early emergence of dominant classes in the Italian peninsula during the Final Bronze Age.»

Más adelante sigue: «In the Early Iron Age, the tendencies which were barely perceptible in the Final Bronze Age come into their own: they bring us the threshold of urban civilization in Italy.»

El postulado tiene como apoyatura el análisis de los cementerios de

la «Italian Early Iron Age». Durante el siglo IX y fundamentalmente en el VIII se observan claras diferencias sociales y una cierta moda de acumulación de riqueza en el ajuar de la tumbas mostrando que en cada comunidad no sólo existe un grupo familiar dominante (como seguramente pudo ocurrir en el Bronce Final) sino varias familias o linajes.

Al mismo tiempo se constata un aumento demográfico y la concentración de asentamientos que darán paso a los primeros centros protourbanos por un fenómeno de *synoecismo*.

La causa de este proceso descansa en factores económicos que favorecen la personalidad de «grupos étnicos» con los que se pueden relacionar *facies* culturales como Gola-secca, Este, Villanova, Bologna, Romagna, Etruria, períodos del Lacio, Piceno y Yapigio e incluso a *facies* «tumbas de fosa» del Sur de Italia.

Así pues, transformaciones económicas y sociales marcan verdaderamente la ruptura. Tras el debilitamiento de la *koinè* metalúrgica del Bronce Tardío se nota un pequeño hiato pero ya dentro del Bronce Final (más que en la Edad del Hierro propiamente dicha) se inicia la reorientación hacia el rumbo que consolida en la etapa antigua del Hierro la extensión de una artesanía e industria más amplia que la de los metales (vidrio, marfil, cerámica...).

También en Europa Central se constata algo semejante, a diferente escala, porque, en definitiva, las novedades que individualizan la etapa del Hierro del fenómeno de los movimientos de C. U. y caracterizan el Ha C (estabilidad y remodelación de los asentamientos con grandes sistemas defensivos, vuelta al ritual de inhumación y construcción de estructuras tumulares) hunden sus raíces en la fase B del Hallstatt, aun cuando el máximo desarrollo culmine en tiempos del Hierro con el apogeo de las tumbas principescas (S. Werner, 1987, página 4).

En Francia, las preocupaciones por la ruptura y la búsqueda de criterios que definan el cambio cultural fueron debatidas en el Congreso de Dijon en 1984 (*Transition Bronze Final-Hallstatt Ancien: Colloque*).

Los trabajos de los diversos autores, aunque sin total unanimidad, señalan en el proceso local de diferentes regiones un cambio significativo, no tanto en cuanto a la etapa que viene denominándose Hierro, sino entre las fases B. F. IIIa y B. F. IIIb.

A conclusiones parecidas llega individualmente P. Brun (1986) en un modélico y crítico trabajo sobre la *Civilisation des Champs d'Urnes dans le Bassin Parisien*. Su propuesta, siguiendo a E. Vogt, M. Primas y U. Ruoff con respecto a Suiza es «de décrocher le Bronze Final IIIb, ou Hallstatt B3, du Bronze Final

pour l'inclure dans le premier âge du Fer. C'est l'horizon d'Ensisheim Gündlingen de H. Zumstein, la phase récente du Bronze Final alpin d'A. Bocquet et l'horizon des dépôts d'èpées en langue de carpe et de haches armoricaines de la zone atlantique» (página 76).

Según este autor, esta propuesta es provisional pero puede provocar la reflexión para traspasar un determinismo tecnológico simplificador y adoptar una terminología que traduzca las formas de organización socioeconómicas.

Precisamente llega a estas conclusiones, que traspasan el marco de su estudio, después de argumentar que en Francia el único grupo de C. U. que tuvo auténtica repercusión en un tiempo equivalente a la Fase Bronce Final II-IIIa, siempre discutible en cronología absoluta, fue el grupo denominado Rin-Suiza-Francia Oriental; tras su agotamiento e irradiación periférica, se asiste a una serie de cambios que constatan la fragmentación cultural, la proliferación de poblados en alturas y el desarrollo de necrópolis tumulares con la renovación del rito inhumador.

Estas transformaciones en armonía con las particularidades regionales y la interrelación de los sucesos están presentes, como se ha visto, en otras áreas y, a mi entender, son, por encima de las tipologías cerámicas y de los objetos de metal (incluidas las largas espadas y los arneses), los testimonios esenciales de la discontinuidad con el horizonte del C. U. y los fundamentos del período siguiente: la Primera Edad del Hierro con la que se inaugura la protohistoria del centro y occidente de Europa.

En vista de lo expuesto es obvio que el receso de las tumbas planas de incineración que, por antonomasia, definen la cultura de C. U. o el período de su desarrollo, es ya suficiente criterio para plantear el cambio cultural, máxime si se constata que la vuelta a la inhumación, el birritualismo o incluso la persistencia de la cremación están ligados ahora al creciente desarrollo del aparato tumular, teóricamente explicado como la consecuencia de un nuevo orden social parejo a la reor-

denación económica en la que tienen mucho que ver los sucesos del Mediterráneo.

En el caso de España y con referencia al ritual, la situación es, aparentemente, distinta. Toda vez que se acepta la incineración, el proceso es irreversible y, salvo casos excepcionales, la cremación del cadáver perdura sin solución de continuidad desde la pretendida penetración de C. U. hasta traspasar la era, en plenitud del mundo romano.

Es posible que, como defiende M. Pellicer, los asentamientos fenicios y el período Orientalizante estimularan el desarrollo del rito incinerador (el preferido por las gentes semitas de nuestro territorio). En este caso es un factor más a tener en cuenta en la aceptación prácticamente masiva de este ritual funerario, a excepción de los grandes túmulos con inhumaciones en el área tartésica. A nivel general, y bajo este aspecto (dado el desconocimiento de necrópolis en buena parte de la mitad septentrional de la Península), se puede decir que fue en nuestra tierra donde mayor arraigo tuvieron los «Campos de Urnas» a pesar de que, en mi opinión, nunca estuvo afectada por los auténticos componentes del movimiento migratorio que dan nombre al fenómeno. (La etapa que se interpreta como C. U. Antiguos está representada mayoritariamente por yacimientos en cueva. Los grandes cementerios de tumbas planas [tipo Can Bech en Agullana] se inscriben en el círculo cultural mailhaciense. La supuesta urna de «tipo Sassenay» perdura largo tiempo con no pocas variantes y la tipología cerámica no es el único indicio de un concepto étnico en migración; además, los cementerios de C. U. Recientes y del Hierro muestran, mayoritariamente, estructuras tumulares que por su propio aparato se apartan de los Campos de Urnas «genuinos»).

No obstante, cuando se hace referencia al ritual de cremación fuera del área litoral y del Noreste, se sigue insistiendo en C. U. Recientes o del Hierro, atenuando la nomenclatura en algunos casos con la palabra «tradición de Urnenfelder». De cualquier forma se sigue subrayando la perduración cultural y se des-

vía el auténtico fenómeno del cambio, si en realidad existe. El hecho, unido a que es muy aventurado extrapolar el Horizonte Colonial, impide analizar fríamente la problemática general de la Península Ibérica que, con lógicas contaminaciones entre los distintos territorios, manifiesta un proceso diferenciado acorde a las circunstancias especiales de este momento histórico.

Llegados a este punto y emulando las preguntas que en su día formularon Märien o Kimmig con otros propósitos, repito el interrogante, ¿dónde está la Edad de Hierro en España? La cuestión equivale a plantear si realmente conviene seguir insistiendo en estos términos tradicionales o abandonar la terminología en pro de otros esquemas.

Me adelanto a dar mi opinión de que, si exceptuamos la persistencia del ritual, los cambios socioeconómicos son equiparables a los ya esbozados en otras zonas europeas y, por consiguiente, soy partidaria de utilizar la referencia Hierro I y en su caso Hierro II. No obstante, conviene matizar que cualquier división en un continuo no puede ser arbitraria y debe responder a la existencia real de esos criterios que individualizan el cambio y confieren la personalidad al período. Razón por la que, sin ánimo de difusionismo o linialidad y con la única pretensión de demostrar que, en un determinado momento del primer milenio, el Noroeste hispano se vio implicado, al igual que el Suroeste (aunque por distintos motivos), en unos sucesos que acarrearán y estimulan el auténtico cambio cultural, resumo las siguientes interrelaciones que entran los episodios económicos parejos a la expansión de la siderurgia: El conocimiento de los objetos de hierro y de su elaboración es mucho más antiguo que el fenómeno de su generalización, inmediata al colapso del orden del Antiguo Oriente y del Egeo tras las perturbaciones atribuidas a los «Pueblos del Mar».

A partir del siglo XII a. C. se detecta la dislocación del «imperio» comercial micénico y la crisis provocada en la *koinè* metalúrgica a la que se refería Peroni y con ello la ruptura de relaciones entre Europa

Continental y el Egeo. Durante la llamada Edad Oscura de Grecia la interrupción del abastecimiento de cobre y estaño impulsó a los griegos a fabricar tempranamente objetos de hierro y a incorporar plomo a las aleaciones de bronce.

Será hacia el año 750 y tras las relaciones con el Próximo Oriente cuando se vuelve al auténtico bronce binario de composición estannífera, momento en que el hierro cede paso a su carácter de bien de prestigio para incorporarse, como una materia más, a la brillante tecnología del Mediterráneo Oriental.

Paralamente al hiato y en sincronía con el llamado Bronce Final (siglo XII-IX a. C.) se sitúan las migraciones de largo alcance (C. U.) en dirección hacia el Oeste. Factores climáticos, presiones demográficas, cuestiones religiosas... son argumentos invocados para explicar los movimientos humanos, la expansión del rito cinerario y la formación de grandes necrópolis caracterizadas por el predominio de tumbas planas.

Este horizonte, a la vez, deja sentir su eco en el vasto territorio, al Este de la Cultura de Lausacia, afectando a Macedonia, riberas del Mar Negro y Asia Menor (toda esta zona se supone hogar de muchos elementos comunes al mundo griego e insular y a Europa Continental: toros, pájaros, recipientes y carros culturales, espirales... siempre en discusión sobre la influencia o no del período geométrico griego en la simbología y decoración de los objetos en el Ha C).

Justamente, y según muchos autores, la presencia de los dorios en Grecia no es independiente de estos sucesos que desembocan en un rápido crecimiento demográfico y en la organización de un nuevo orden económico canalizado por las «colonizaciones» mediterráneas que restablecen las rutas marinas. Tal vez, como postula Kimmig, es posible que en sincronía se sucedieran movimientos humanos por ruta terrestre buscando nuevas tierras o mejores oportunidades económicas. El resultado, de cualquier forma, es que, en un corto lapso de tiempo (apenas un siglo), los viejos circui-

tos entre el Continente y el Egeo se renuevan y amplían.

Coincidiendo con estos hechos, y a lo largo de los siglos VIII y VII a. C., se observa que las comunidades de Europa templada, cuya tradición se enlaza con los Campos de Urnas, pero en un proceso diferenciado y consecutivo, se integran en una organización social cada vez más jerarquizada multiplicando los contactos y las conexiones por rutas terrestres y fluviales, bien testimoniadas en todo el círculo hallstático (P. S. Wells, 1980) con una creciente fascinación por el Mediterráneo. El Norte de Italia y más tarde los etruscos adquieren, por su posición geográfica, un importante protagonismo. Las relaciones con la Baja Carniola (a partir del siglo VIII) son más precoces incluso que con Europa Centro-Occidental (P. S. Wells y D. Nash, 1985, entre otros autores). Parece pues que incluso antes de que las intensas relaciones con el Mediterráneo propicien las tumbas principescas (siglos VII-VI), los territorios aumentan las conexiones, llega el ámbra desde el Báltico al Mediterráneo y se establece una estrecha comunicación entre los territorios del triángulo Este-Golasecca-Hallstatt (R. Peroni, 1973). Pero el Occidente no fue ajeno a estos contactos que de alguna forma se detectan en la adopción de los modelos metalúrgicos que gravitan entre el Atlántico y Mediterráneo y que de una manera muy particular parece que incidieron fuertemente en la génesis y evolución de la cultura del círculo mailhaciense y en la proyección de la Europa occidental hacia el Mediterráneo.

En Francia las primicias de la metalurgia del hierro coinciden con el apogeo del bronce en la Fachada Atlántica y es bien conocido que en el depósito de Venat, fechado hacia 700 a. C., este metal aparece amortizado junto a cientos de fragmentos de objetos y de bronce y testimonios de su fundición (Coffyn y otros, 1981). Es claro que su uso precede a las aleaciones enriquecidas con plomo en diacronía a lo que sucede en el Egeo con el aprovisionamiento de estaño.

El Egeo y el Atlántico tuvieron,

pues distintos problemas y un comportamiento diferenciado pero, aunque estemos lejos de conocer los mecanismos, los intereses de una y otra área fueron responsables de la convergencia en el Centro de Europa y del Mediterráneo de las interconexiones entre territorios alejados que comparten un «aire» de similitudes técnicas y formales en muchos de los productos metálicos y cerámicos.

Aparte de las explicaciones particularizadas respecto a la ocultación o formación de determinados escondrijos o depósitos de metal que coetáneamente se localizan desde el Atlántico hasta los Balcanes con especial incidencia de las acumulaciones entre los siglos IX y VII, la recuperación de la chatarra puede interpretarse de muy diversas formas:

— Prueba de reutilización del metal inservible. Este comercio charrero sería impulsado e impulsaría cambios en la organización social.

— Testimonio del empobrecimiento de las materias primas por la desorganización de los circuitos a consecuencia de los cambios sociales (P. Brun, página 77).

— A mi entender cabe la posibilidad de que la acumulación y posterior ocultamiento sea una decisión deliberada con objeto de retirar de la circulación unos materiales que podían influir en la inflación del mercado. El ocultamiento, por tanto, aumentaría la presión en el abastecimiento de materias primas aumentando el valor de las transacciones.

Las explicaciones pueden ser múltiples y dependen de las circunstancias y carácter de los depósitos. En cualquier caso, muestran que durante la etapa de Hierro hubo un creciente consumo de objetos de bronce y el tráfico y carestía de las materias forzó a la explotación local a pequeña escala aprovechando al máximo las posibilidades minerales de cada región. Además, las variantes tipológicas y el elenco de moldes y modelos prueban la maestría y cantidad de numerosos talleres locales para satisfacer a una clientela cada vez más numerosa.

Depósitos como el recientemente descubierto en Marmesse (Alto Marne) formado por varias corazas de tipo de Fillinges o los suntuosos materiales (cinturón, vasos, etcéte-

ra) que componen el de Jonchéres en Blanot (Côte d'Or) testifican el flujo y reflujo de relaciones con los Alpes y la existencia de destacados personajes beneficiados con aparatoso equipamiento y ostentación en la raya «Bronce Final-Hierro Antiguo».

Para no desviarnos del tema cabe recordar que A. Coffyn (1985) al relacionar las conexiones del Bronce Final Atlántico y el apogeo de los depósitos de carácter mixto considera agudamente que las sintonizaciones atlánticas-mediterráneas y continentales conforman el «primer mercado común europeo».

En relación a nuestro tema la arteria del Ebro pudo jugar un papel comparable al de los grandes ríos europeos. Coffyn postula que el Segre serviría de puente entre el Ebro y la trayectoria del Ariège. Este entramado, que comparte numerosas similitudes culturales (entre otras el desarrollo tumular) podría ser el responsable de los influjos alpinos hacia el Valle del Ebro, máxime si, como postula Joffrey (1984), la comunicación con Italia y territorio Hallstático seguía la ruta Alpes-Suiza-Franco Condado y Borgoña en lugar de ascender por el Ródano.

Así, en función de los viejos circuitos se justifican las diferencias culturales entre el área más litoral (dominada por la Cultura de Mailhac con fuertes repercusiones hacia el litoral catalán) y la zona Segre-Ebro con sus incineraciones tumulares y el precoz desarrollo de los poblados estables.

EL CIRCUITO DEL EBRO

Son muchos los argumentos que se pueden esgrimir en pro de unas relaciones diferenciadas entre Cataluña litoral y la convergencia Segre-Ebro, si bien lo importante es notar cómo «el aire cultural» se proyecta en la fase antigua hacia la cabecera del Ebro y en una fase más reciente hacia la desembocadura y se mantiene una constante relación con las serranías que se prolongan hacia Levante y el Sur, sin que deje de participar la Meseta en el ambiente de materiales comunes.

En aras de la brevedad, y aunque sea desmembradas de contexto,

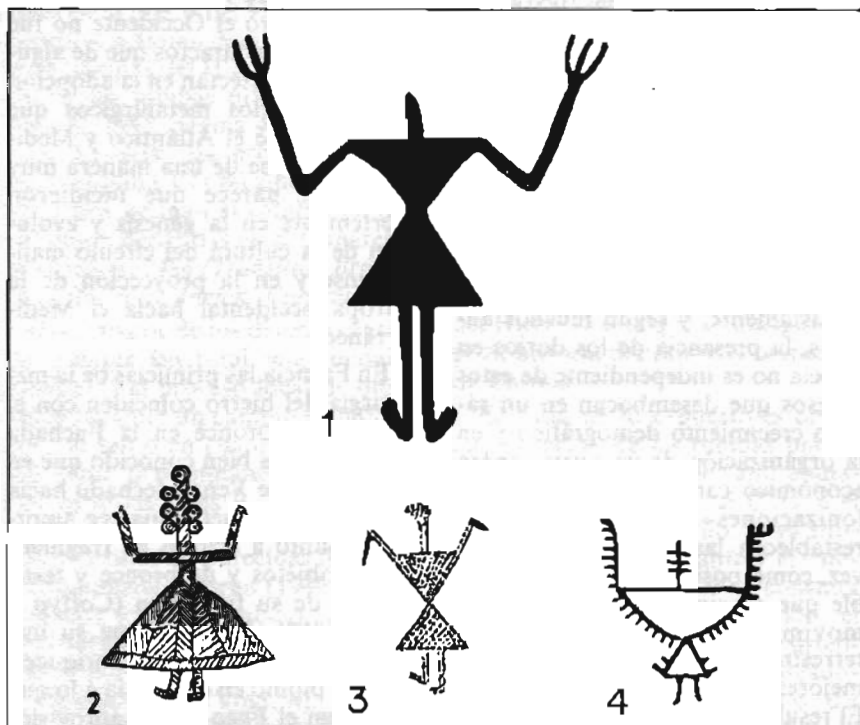


Fig. 1. 1. Cortes de Navarra. 2. Sopron (Hungría). 3. Norte de Baviera. 4. Nové Košariská (Checoslovaquia). Ha C.

apunto una serie de «coincidencias» que testifican, aunque no demuestran las razones, las afinidades entre territorios alejados. Así, en relación con el ambiente hallstático de los Alpes Orientales y el Sur de Alemania la figura 1 recoge las semejanzas entre la figurilla del mural de Cortes de Navarra y otras representaciones antropomorfas en cerámicas funerarias, realizadas con distintas técnicas. Estas analogías son extensibles para las figuras de hilera de ciervos (figura 2) respecto al fragmento del Cabezo de Monleón cuyos antecedentes se rastrean desde las primeras fases del Hierro en el Norte de Italia hasta el brillante arte de las sítulas (R. Lucas, en prensa).

Lazos con la Cultura de Este y muy especialmente con la zona del Lacio se documentan también en los extraños soportes del Poblado II b de Cortes de Navarra (figura 3), versión cerámica de objetos de bronce cuya fecha media se sitúa hacia la mitad del siglo VII (Período IV A lacial y etapa II de Este). La idea de estos soportes, que en su día paralelicé con el *thymiaterion* de Calaceite (R. Lucas, 1982) y que parece inspirada muy directamente en pedestales del Oriente pudo llegar por los mismos caminos que la inspiración de las numerosas vasijas sítuliformes del Alto y Medio Ebro. La evidencia de la imitación de los objetos de metal decorados con clavos la tenemos en la vasija con meandros trazados a base de «cabezas» piramidales en relieve, publicada por P. Atrián (1961, figura 11). Su semejanza con la sítula de bronce de la tumba principesca de Seddín (Perleberg, Alemania) publicada por J. Herrman en 1982 (página 87, figura 2) es innegable, aparte de la repetición del meandro en T y de una forma que se constata ya en Este II, desde comienzos del siglo VII según la cronología de O. Frey (1969).

A todo ello hay que unir la práctica identidad morfológica de los colgantes (figura 4) que no sólo remiten al área italiana sino que, según G. Kossack (1954), remontan a tradiciones ligadas con la simbología de los C. U., en la misma línea que los numerosos objetos que unen

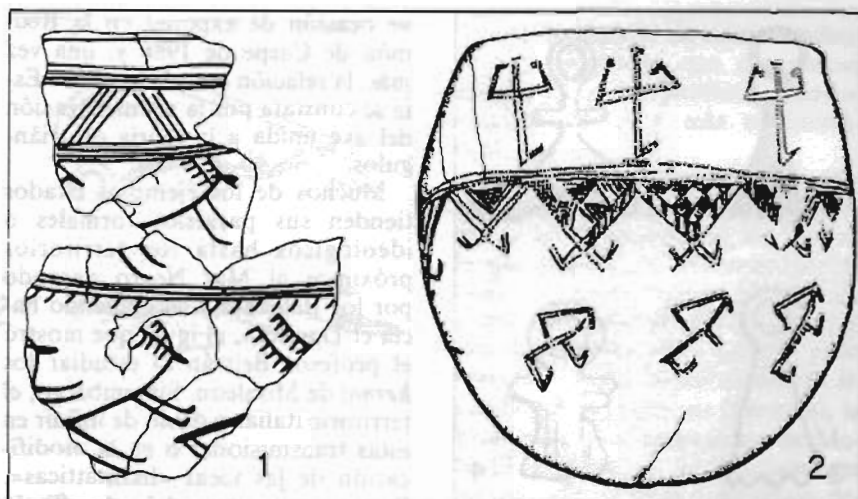


Fig. 2. 1. Cabezo de Monleón. 2. Schirndorf (Baviera). Ha C.

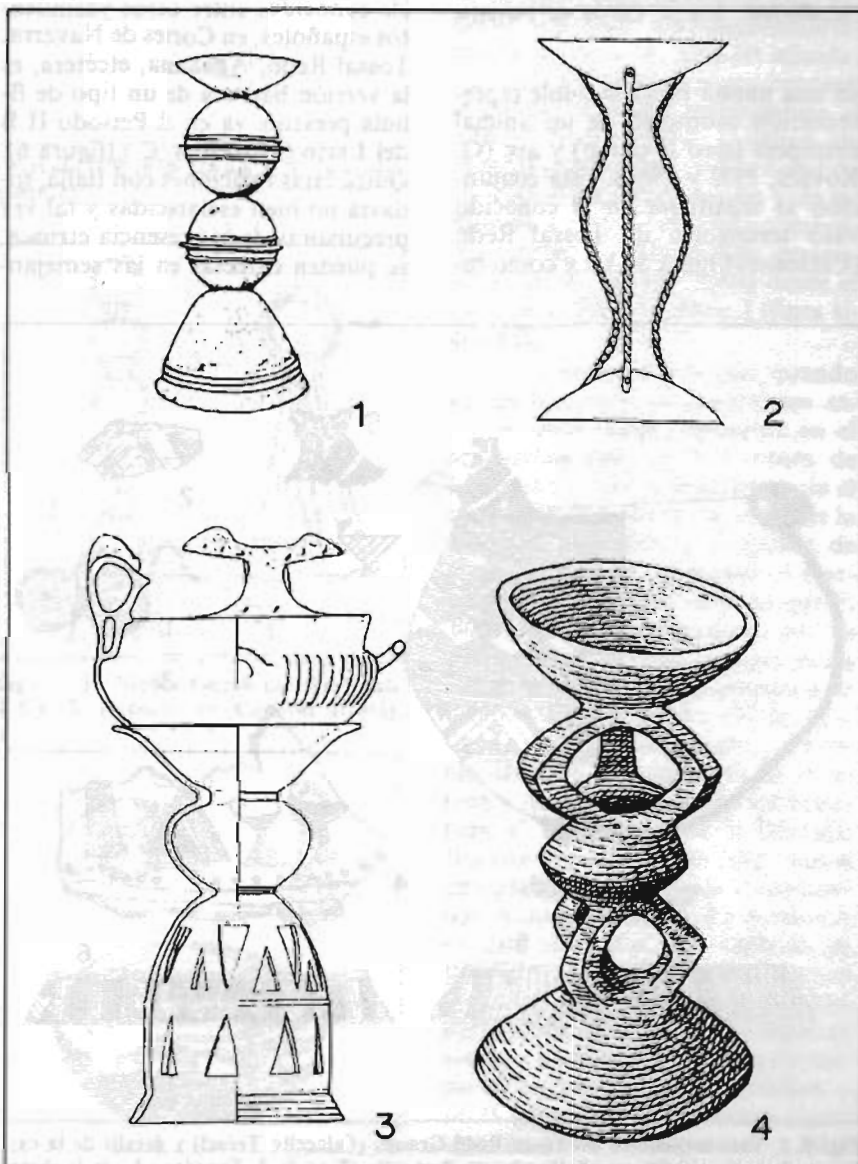


Fig. 3. 1 y 3 del área del Lacio. 2. Cultura de Este. 4. Cortes de Navarra.

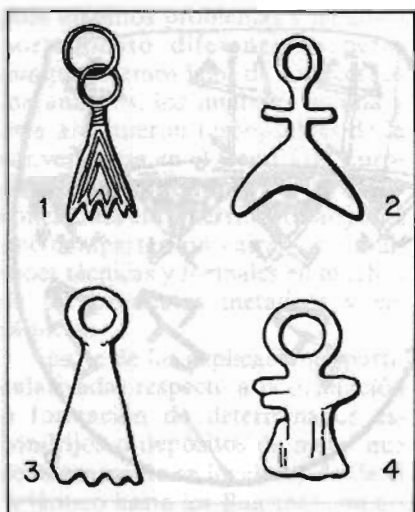


Fig. 4. 1. Guruslau (Rumanía). 2. Berlín-Spindlerfeld. 3 y 4. Cortes de Navarra.

en una misma pieza la doble representación zoomorfa de un animal cornípeto (toro o ciervo) y ave (G. Kovacs, 1972 y 1980). Esta conjunción se manifiesta en el conocido vaso teriomorfo de Tossal Redó (Calaceite) (figura 5), tal y como tu-

ve ocasión de exponer en la Reunión de Caspe de 1986 y, una vez más, la relación con el círculo de Este se constata por la geometrización del ave unida a la teoría de triángulos.

Muchos de los ejemplos citados tienden sus paralelos formales o ideológicos hasta los territorios próximos al Mar Negro pasando por los Balcanes y ascendiendo hacia el Danubio, al igual que mostró el profesor Beltrán al estudiar los *kernoi* de Monleón. Sin embargo, el territorio italiano debió de influir en estas transmisiones o en la modificación de las ideas «hallstáticas». Precisamente el modelo de «fibula de escalera» con doble losange y bucle conocido, entre otros yacimientos españoles, en Cortes de Navarra, Tossal Redó, Agullana, etcétera, es la versión barroca de un tipo de fibula presente ya en el Período II B del Lacio (830-770 a. C.) (figura 6). Quizá estas relaciones con Italia, todavía no bien esclarecidas y tal vez precursoras de la presencia etrusca, se pueden detectar en las semejan-

zas de las cerámicas excisas procedentes del Redal (Logroño) (C. Blasco, 1974). Los motivos metopados, las sigmas y los «pájaros» remedan los *skyphoi* eubeo-cicládicos tempranamente imitados en el Período II de Veyes (finales del siglo VIII). El tratamiento ápodico de las aves y el entramado son itálicos, mientras la geometrización de un solo pájaro sobre el triángulo está, al igual que la técnica excisa, en línea con la hibridación que caracteriza el «Hallstatt».

Ciertamente que este tipo de *skyphos* se conoce también en el Sur (P. Cabrera, 1986) y Pellicer relacionó ya las aves del Ebro con el componente orientalizante. A mi entender estos pájaros, al igual que la técnica excisa, la impresión, el estampillado, el grafito y otras modalidades técnicas y temáticas son deudoras de los ambientes hallstáticos como indica S. Werner en este homenaje con respecto a algunos temas.

Precisamente quiero recordar que en el poblado de Crevillente (Corte E, Sector H, calificado de Bronce Final) se recogió ámbar, materia que pudo haber circulado por estos itinerarios del Ebro. La llamada diadema de Crevillente (A. González Prats, 1979 y 1983) refleja en su decoración la simbiosis de elementos hallstático-italianos y orientalizantes y el llamado collar de plata confirma en la disposición de las hiladas, forma de eslabones y reiteración de espirales en los remates, el recuerdo y conocimiento de producciones que, enraizadas con C. U. (figura 7.1) prosiguen con enorme auge en la zona que los Alpes y aparecen también en el Centro de Francia, unidas a numerosos colgantes. Es el tipo de cadena de la sep. 7 de La Torraza de Valtierra (Navarra).

En este poblado alicantino de Crevillente se recogió un fragmento de colgante (A. González Prats, 1983, figura 19.6) del mismo tipo que otro fragmento localizado en Coll del Moro de la Serra d'Almos. Aparte de los numerosos ejemplares franceses, cabe mencionar el molde procedente de Camp Redon en Lansargues (Hérault). Pertenecen al tipo III de Audouze (Bronce Final IIIb/inicios del Hallstatt) y llegan hasta el siglo VI (C. Tendille, 1980,

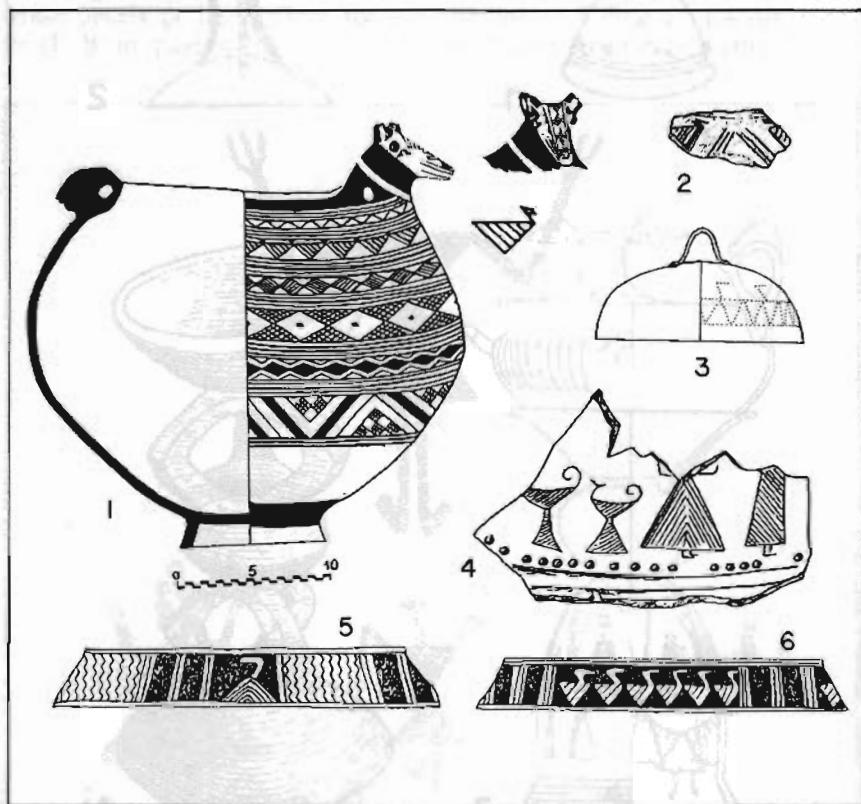


Fig. 5. 1. Vaso teriomorfo del Tossal Redó Grande (Calaceite Teruel) y detalle de la cabeza y de la teoría de aves. 2. Fragmento de Azaila (Teruel). 3. Tapadera de situla. Este II tardío (2.ª mitad s. VII). 4. Fragmento de Sopron (Hungría). Ha C. 5 y 6. El Redal (Logroño).

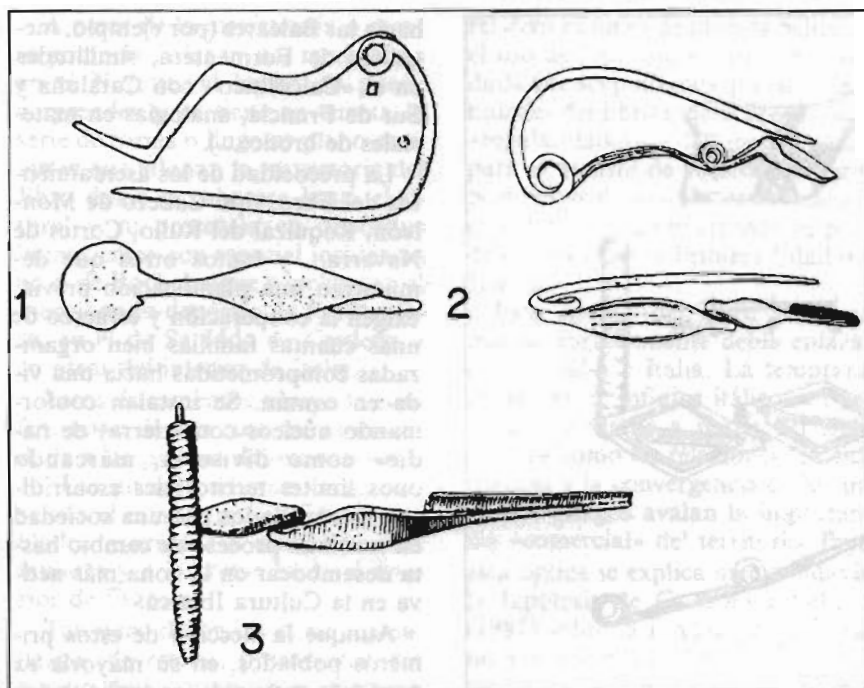


Fig. 6. 1. Lacio Período III (770-720). 2. Lacio Período II B (830-770 a.C.). 3. Cerro del Berrueco (Salamanca).

figura 17). Se trata, en cualquier caso, de un adorno bien conocido en el llamado «Bronce launaciense» cuya área de expansión por el Ebro se inscribe en un momento de relaciones muy amplias vinculadas sin ningún género de dudas a la «marcha del metal» hacia el Mediterráneo (figuras 7.2 y 8).

En numerosos trabajos se ha insistido en las semejanzas entre las hachas de cubo del Noreste y las launacienses. Por mi parte agrego otros objetos. Además de los mencionados colgantes, a uno y otro lado de los Pirineos se conocen botones hemisféricos con doble travesaño (depósito de Venat, Launac, Tossal Redó, cista de Mazaleón...).

Se trata de piezas de arnés a modo de pasa-correas cuya presencia delata el relevo y la prolongación de la ruta de los depósitos de tipo Venat por los escondrijos y materiales launacienses. Además de las hachas y otros objetos, son comunes las puntas de aletas y pedúnculo engrosado, bien conocidas en contextos españoles, así como otros objetos menos llamativos tales como las delgadas pulseras con decoración grabada, idénticas al fragmento procedente del Poblado Grande del Tossal Redó de Calaceite (Teruel)

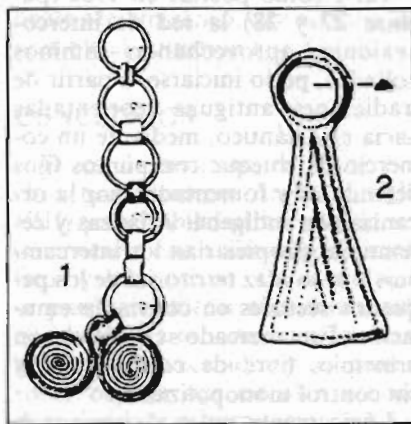


Fig. 7. 1. Nieder-Flörsheim (horizonte C.V.). 2. Depósito de Caveirac (Garó).

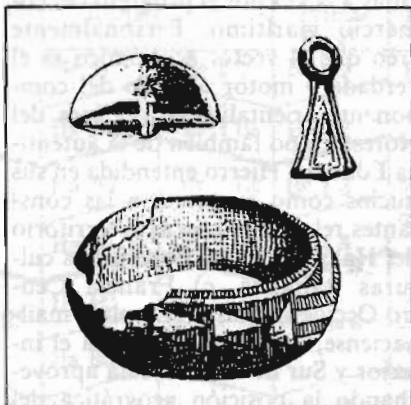


Fig. 8. Depósito de Launac, Fabrègues. Herault.

(figura 9). Aparte de otros muchos objetos metálicos que comportan asimismo unas particularidades «mailhacienses» y más mediterráneas.

La máxima elocuencia de esta ampliación de relaciones se documenta en el cargamento de Rochelongue (Agdé). A los mencionados objetos se unen restos de broches de cinturón, fibulas de doble resorte y también fibulas «de escalera» y de «pivotes» como las conocidas en la tumba 69 de Agullana (Gerona), la localizada en el cementerio de Molá (Tarragona) o la parcialmente atestiguada en el problemático depósito de Nules (Castellón) entre otros lugares. El contenido total del pecio, publicado muy fragmentariamente, muestra no sólo las afinidades entre los territorios que bordean la cadena pirenaica sino también el influjo mediterráneo e itálico de muchas piezas ligadas a la *koiné* de las fibulas de doble resorte y de su *tándem*, el broche de placa romboidal con uno o más garfios, presentes ya en el Sur de Francia desde el final de la Fase Mailhac I (fines siglo VII).

La interconexión de vías, cuando ya los estímulos mediterráneos están en pleno auge, repercute en el remodelamiento de la Cultura de Mailhac y en su irradiación hacia el núcleo del Bajo Ebro. Se extiende la moda de cadenas y colgantes de variada tipología rebasando el marco estricto de la fase cultural que E. Pons (1978) individualizó por la presencia de tumbas excepcionales cuyo ajuar contiene un *simpulum* de largo mango. La tumba 192 de Agullana es uno de los ejemplos, así como otras de las necrópolis de Peralada y Anglés, destacando sobremanera el cementerio de la Muralla Noreste de Ampurias con varios ejemplares (los llamados «cascos» por Almagro Basch). La evidencia de que los cazos son símbolo de prestigio, como otrora los fueron las navajas, se deduce, entre otras particularidades, porque siempre se asocian a ajuares de cierta relevancia en los que no faltan cuchillos u otras armas e incluso petos y algún tipo de material importado. Además, el carácter religioso parece indudable (en Las Payros asociado a

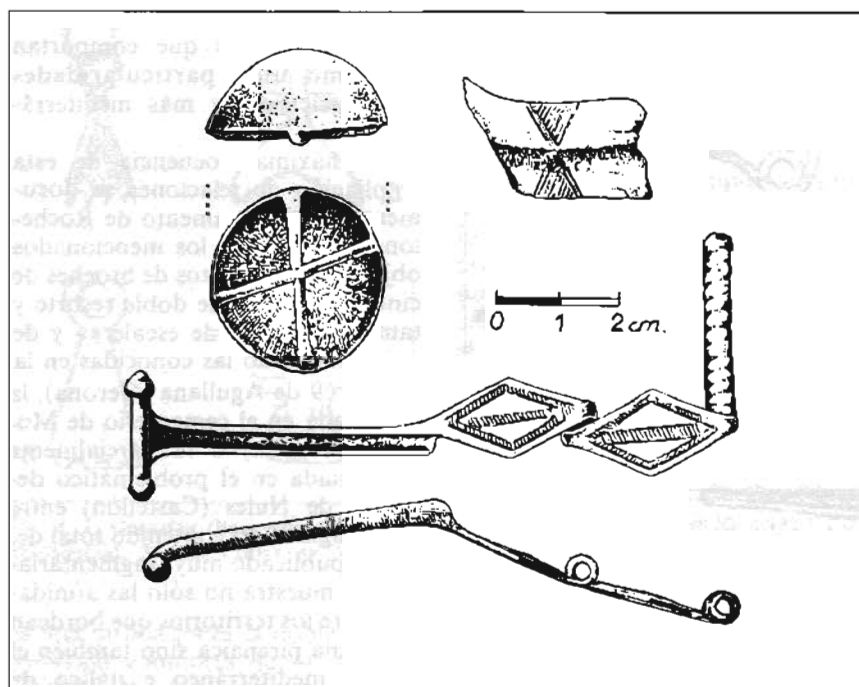


Fig. 9. Objetos de bronce del poblado grande de Tossal Redó.

un *thymiaterion*) si se contrasta la funcionalidad del *simpulum* con las representaciones de las sítulas y con su presencia en una rica tumba del cementerio del Hallstatt, en otras de las necrópolis venetas, en Etruria... Una vez más volvemos a detectar los vínculos con Italia y el Hallstatt, patentes asimismo en la necrópolis de Ampurias con el raro hallazgo, en la incineración 16 de la Muralla, de una fíbula de timbal tipo Mansfel p-4 como las de Heuneburg (Ha D), posiblemente única en España.

Ciertamente existen muchas lagunas al tratar de seguir los circuitos y su trayectoria a lo largo del tiempo. Los lazos con el Hallstatt Oriental y su conexión con el territorio bávaro, así como las afinidades con el Centro y Norte de Italia, parecen seguros y diferenciados de los nexos con la etapa más antigua de Mailhac. Habrá que insistir en este parentesco al que se pueden unir muchos de los argumentos esgrimidos por otros investigadores para buena parte del proceso cultural del Noroeste. El hecho no debe aislarse de los lazos que desde remotas culturas estrecharon el ambiente del Midi, Norte de Italia y Cataluña, como prueban fehacientemente los vínculos del Bronce de esta zona con la Cultura de La Polada.

Tal y como postulé en 1982 (páginas 27 y 28) la red de interconexiones, aprovechando caminos hollados, pudo iniciarse, a partir de tradiciones antiguas reorientadas hacia el Atlántico, mediante un comercio de trueque con puntos fijos defendidos y fomentados por la organización indígena. Alianzas y ceremonias propiciarían los intercambios y la solidez territorial de los pequeños sectores en constante emulación. Este mercado se entiende, en principio, libre de competencia y sin control monopolizador.

Lógicamente redes y circuitos se consolidan paulatinamente y las rutas terrestres preceden y son estimuladas a la vez por el progreso del comercio marítimo. Personalmente creo que el vector económico es el verdadero motor no sólo del componente orientalizador del área del Noroeste, sino también de la auténtica Edad del Hierro entendida en sus inicios como respuesta a las constantes relaciones con a) el territorio del Hallstatt, b) las florecientes culturas italianas, c) Francia Centro Occidental, d) el complejo mailhaciense, e) proyección hacia el interior y Sur de la Península aprovechando la posición geográfica del Ebro equivalente a la del Po; sin olvidar que secularmente se navegó

hacia las Baleares (por ejemplo, megalitos de Formentera, similitudes en el «Calcolítico» con Cataluña y Sur de Francia, analogías en materiales de bronce...).

La precocidad de los asentamientos del Ebro, tipo Cabezo de Monleón, Roquízal del Rullo, Cortes de Navarra... y tantos otros que demuestran una planificación previa, exigen la cooperación y esfuerzo de unas cuantas familias bien organizadas comprometidas hacia una vida en común. Se instalan conformando núcleos con «tierras de nadie» como divisoria, marcando unos límites territoriales escurridizos y controlados por una sociedad en continuo proceso de cambio hasta desembocar en la zona más activa en la Cultura Ibérica.

Aunque la elección de estos primeros poblados, en su mayoría *ex novo* y de corta vida, se explique por motivos agropecuarios (fértiles y húmedas tierras), para la comprensión de su funcionamiento hay que valorar la posición estratégica en conjunción con la confluencia de intereses atlánticos, continentales y mediterráneos (los problemáticos y ralos depósitos son un dato a tener en cuenta). La organización jerarquizada se deduce, además de por el tipo de muchas tumbas, por la presencia de talleres artesanos que trabajan el bronce como auténticos especialistas (horno de Cortes, lote de moldes en determinadas habitaciones del Cabezo de Monleón, Roquízal...), amén de otras industrias. Se fabrican espadas, puntas de lanza, flechas... y otros muchos y variados objetos de uso personal, aparte de arneses, ya sea testimoniados por anillas dobles, discos a modo de falera o por los conocidos «botones cónicos» presentes ya en el poblado más antiguo de Cortes de Navarra, o por el cabezal de la Pedrera.

También cabe la posibilidad de que el molde para «hachas de apéndice» (más bien «muñones»), localizado en el Cabezo de Monleón hubiera servido para conformar «lingotes» a modo de simulacros de hachas como los de Crevillente (A. González Prats, 1986), Elche o el depósito de La Sabina (Formentera).

A pesar de la inexistencia o escasa potencia de las menas metalíferas en el Noreste, el hecho no puede sorprender si se tiene en cuenta la serie de tortas o lingotes plano-convexos que jalonan la trayectoria del Ebro desde la cabecera hasta el litoral y su presencia en depósitos launacienses con especial incidencia en el de Rochelongue e incluso en el mencionado depósito de Formentera, en el de Sa Idda en Cerdeña o en otros del interior de Italia.

Estos documentos son ya la confirmación de una ruta bien consolidada a las puertas del mundo ibérico. Los inicios pudieron inaugurarse con el establecimiento de los poblados asociados a estructuras tumulares y a las rutas hacia el interior de Francia.

Tampoco deben olvidarse los hallazgos de estelas, precursoras, sin ninguna duda, de su florecimiento a uno y otro lado de los Pirineos en el Hierro II. Asociadas a los túmulos no son raros los ejemplos anicónicos (¿estaban pintadas?) o con aspecto antropomorfo bien visible en el personaje armado de Preixana, o con insólita decoración como la de Luna-Valpalmas. Recientemente la estela aislada de Sextantio se ha enriquecido con el descubrimiento, en una necrópolis del Bronce Final III de Provenza (Salen), de dos ejemplares con escudo y espadas, idénticas a la del Suroeste hispano. Si estos testimonios se interpretan según las teorías de Nash (guerreros aristócratas «mercenarios» de las rutas comerciales) y además se suma el

relativo número de objetos bélicos y el uso de montura o carro, no cabe duda que aceptaremos que las comunidades del Ebro muestran idénticas «regularidades» a las mencionadas para el *modelo* de sociedades europeas cuyo desarrollo económico y cultural en fase semiurbana se puede clasificar en la Primera Edad del Hierro.

Este circuito del Ebro por ruta marina forzosamente debía enlazar con las islas e Italia. La temprana presencia de influjos itálicos en general y etruscos a partir del siglo VII, así como las relaciones fenicio-púnicas y la convergencia de los intereses griegos avalan la importancia «comercial» del territorio. Bajo esta óptica se explica mejor todavía la hipótesis de C. Gómez Bellard (1987) sobre la fundación de Ibiza, no por parte de Cartago sino por iniciativa de los comerciantes marinos de Cerdeña púnica con el fin de intervenir más ventajosamente en esta área septentrional del Occidente Mediterráneo, que no sería insensible al comercio con Sicilia.

CONCLUSION

El escalonamiento de estos hechos (posiblemente desde el siglo VIII) y su fiabilidad habrán de argumentarse con análisis más científicos y exhaustivos. La cronología se puede establecer abordando críticamente las escasas estratigrafías, los conjuntos cerrados y los numerosos objetos que circulan asociados, amén de la correlación con las

fechas proporcionadas por los materiales importados.

Aunque sea apresurada y densamente crece haber pergeñado cómo el área del Noreste, aunque por derroteros distintos al Sur, participó y se vio favorecida por esas profundas transformaciones socioculturales que marcan la ruptura entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro. La adopción de la nomenclatura Hierro I vendría a unificar el cúmulo de influjos que con distinto calibre rompen con lo que fue el Bronce y son responsables de la pujanza económica y artesana, a la par que se extiende el ritual cinerario y se estratifican los pequeños segmentos culturales.

Si como indica Brun (páginas 77 y 78, cuadro II), el Bronce Final III b se incorpora al Hierro I, a nivel de relaciones con las diversas culturas europeas se zanjaría la contradicción de la terminología con los hechos arqueológicos y sería tanto más ventajoso porque el apogeo del Bronce Atlántico III, el «despertar» de la Meseta, las bases que sustentan el carácter urbano de Tartessos y la Protohistoria se homogeneizarían en un horizonte unificado, salvando sus particularidades culturales, además de sincronizar con las fechas más antiguas del impulso colonial (ca. 800 a. C.) integrado sin ninguna duda en el esfera de la «Edad del Hierro». La periodización interna y regional de esta etapa, así como los criterios que justifican el paso al Hierro II (hacia el siglo VI) son otra cuestión.

Montelius	Reinecke	Déchelette	Kimmig	Müller-Karpe	Hatt	Vogt Primas Ruoff	Zone atlantique	Bassin parisien	Italie du nord	Grèce
III	Br D	Br III	CU I	Br D	Br f I	Br f 1	Rosnoën	Br f 1	Terramare	HR IIIB
				Ha A1	Br f IIa	Br f 2				HR IIIC
IV	Ha A	Br IV	CU II	Ha A2	Br f IIb	Br f 3	St Brieuc-des-Iffs	Br f 2	Proto-villanovien	Submycén.
				Ha B1	Br f IIIa	Br f 4				Protogéom.
V	Ha B		CU III	Ha B2	Br f IIIb	Ha ancien	Epées en langue de carpe et haches à douille armées.	1er Age du Fer	Bologna I	Géomér.
		Ha I		Ha B3					Bologna II	Géomér. récent
VI	Ha C		CU IV	Ha C	Ha ancien	Ha évolué			Bologna III	Orientalis.

Cuadro II. Sistemas cronológico según P. Brun, 1986.

BIBLIOGRAFIA

- Aigner Foresti, L. (1980): «Der Ostalpenraum und Italien: ihre kulturellen Beziehungen im Spiegel der anthropomorphen Kleinplastik aus Bronze des 7 Jhs. v. Chr.», *Dissertaz. di etrusc. Italici*, número 3, Perugia.
- Almagro Basch, M. (1955): *Las Necrópolis de Ampurias*, tomo II, Barcelona.
- Almagro Gorbea, M. (1977): «El Pic dels Corbs, de Sagunto y los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica», *Saguntum*, número 12, páginas 89-144.
- Almagro Gorbea, M. (1986): «Mundo Orientalizante», *Tartessos* (Mon. Rev. Arqueología), Madrid, páginas 10-29.
- Arnal, J. et alii (1970): «Quelques Fibules du Dépôt marin de Rochelongue (Agde, Hérault)», *Pyrenae*, número 6, Barcelona, páginas 53-58.
- Atrian, P. (1961): «Cerámicas célticas del Poblado de San Cristóbal», *Teruel*, número 26, (sep.).
- Aubet, M.^a E. (1986): «Horizonte cultural Protohistórico», *Tartessos*, (Mon. Rev. Arqueología), Madrid, páginas 58-73.
- Beltrán Martínez, A. (1962): Dos notas sobre el poblado hallstático del Cabezo de Monleón. I. La Planta. II. Los kernoi, *Caesaragusta*, números 19 y 20, páginas 7-36 (con bibliografía anterior).
- Beltrán Martínez, A. (1966): Más sobre kernoi, *Caesaragusta*, números 27-28, páginas 69-70, Zaragoza.
- Blasco Bosqued, C. (1974): Notas sobre la cerámica de El Redal (Logroño), *Miscelánea Arqueológica*, I, Barcelona, páginas 175-186.
- Brun, P. (1986): *La civilization des Champs d'Urnes. Etude critique dans le Bassin parisien*, Doc. d'Arch. Fran, número 4, Paris.
- Cabrera, P. (1986): «Los Griegos en Huelva: los materiales griegos», *Actas Homenaje a L. Siret*, 1984, Cons. Cult. Junta Andalucía, páginas 574-583.
- Costa Ribas, C. y Gómez Bellard, C. (1987): «Las importaciones cerámicas griegas y etruscas del siglo VI a. C. en Ibiza», *Melanges de la Casa de Veldzquez*, número XXIII, páginas 31-56 (amplia información bibliográfica).
- Coffyn, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Peninsule Iberique*, Pub. Centre Pierre Paris, Paris.
- Coffyn, A., Gómez, J. y Mohen, J. P. (1981): *L'Apogée du Bronze Atlantique. Le Dépôt de Venat*, CNRS, Paris.
- Colloque (1984): *Vide Congres...*
- Congres... (1984): *109^e Congres National des Sociétés Savantes*, tomo II: *Transition Bronze Final-Hallstatt Ancien*, Dijon.
- Chevillot, C. (1981): *La Civilisation de la fin de l'Age du Bronze en Perigord. Le Bronze Final III. Du Xe au VII^e siècle avant notre ère*, Paris.
- Dobiat, C. (1982): «Menschendarstellungen auf Ostalpinen Hallstattkeramif», *Acta Archaeologica Hungaricae*, tomo XXIV, Fasc. 1-4, páginas 279-322.
- Formazione della citta nel lazio (Seminarario, 1977): *Dialoghi de Archeologia*, números 1 y 2, Nuova serie anno 2, 1980.
- Frey, O.-H. (1969): «Die Entstehung der Situlenkunst», *Rom. Germ. Kom.*, número 31, Berlin.
- González Prats, A. (1983): *Estudio Arqueológico del Poblamiento Antiguo de la Sierra de Crevillante (Alicante)*, Anejo Lucentum, Alicante (contiene Bibliografía anterior).
- ID (1986): «Sobre unos elementos culturales del comercio fenicio en tierras del Sudeste Peninsular», *Lucentum*, IV, 1985, páginas 96-106.
- Hatt, J. J. (1961): «Chronique de Protohistoire V. Une nouvelle chronologie de l'Age du Bronze Final. Exposé critique du système chronologique de H. Müller-Karpe», *Bull. Soc. Preh. Franc.*, tomo LVIII, páginas 184-195.
- Herrmann, J. et alii, (1982): *Deutsche Geschichte*, Band 1, Berlin.
- Joffrey, R. (1985): «Les importations italo-grecques en Bourgogne» en *Congres...*, 1984, páginas 129-135.
- Kimmig, W. (1954): Zur Urnenfelderkultur in Westeuropa: *Festsch. für Peter Goessler. Tübinger Beiträge zur Vor- und Frühgesch.* Stuggard, páginas 41-98.
- Kossach, G. (1954): «Studien zum Symbolgut der Urnenfelder und Hallstattzeit Mitteleuropas», *Rom. Germ. Komm.*, número 20, Berlin.
- Kovacs, T. (1972): «Askoi, bird-shaped vassels, bird-shaped rattles in Bronze Age Hungary», *Folia Archaeologica*, número 23, páginas 7-31.
- Kovacs, T.: (1972): «Bronzezeitliche Tradition in der Hallstattzeitlichen Kunst Transdanubiens», *Symposium Steyr*, 1980, páginas 65-78.
- Kurtz, W. S. (1985): «La coraza metálica en la Europa Protohistórica», *Bol. Asoc. Esp. Am. Arqu.*, número 21, páginas 13-23.
- Lucas Pellicer, R. (1982): «El Thymiatieron de Calaceite (Teruel)», *Bol. Asoc. Esp. Amigos Arq.*, número 16, páginas 20-28.
- Maluquer de Motes, J. (1954 y 1958): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio Crítico I y II*, Pamplona.
- Mohen, J. P. (1980): «L'Age du Fer en Aquitania», *Mem. S. Preh. Fran.*, número 14, Paris.
- Müller-Karpe, H. (1959): *Beiträge zur Chronologie der Urnenfelderzeit nördlich und südlich der Alpen*, *Rom. Germ. Kom.*, número 22, Berlin.
- Nash, D. (1985): «Celtic territorial expansion and the Mediterranean World» en T. C. Chapman and J. V. S. Megaw (ed.) *Settlement and Society: aspects of West European prehistory in the First millennium B. C.*, Leicester.
- Pellicer, M. (1984a): «La problemática del Bronce Final-Hierro del nordeste hispano: elementos de sustrato», *Scripta Praehistorica*, F. Jordá Oblata, Salamanca, páginas 399-430.
- Pellicer, M. (1984 b): «La influencia orientalizante en el Bronce Final-Hierro del nordeste hispano», *Habis*, número 13, Sevilla, 1982, páginas 211-238.
- Pellicer, M. (1985): «Elementos ultrapi-renáicos y hallstattizantes en el Horizonte Bronce Final-Hierro del Noreste hispano», *Habis*, número 15, 1983, páginas 309-343.
- Pellicer, M. (1986): «Orígenes del urbanismo y de las necrópolis tumulares de incineración del Valle Medio del Ebro», *Arch. Preh. Levantina. Homenaje a Fleicher I*, volumen XVII, páginas 157-175.
- Peroni, R. (1979): «From Bronze Age to Iron Age: Economic, Historical and Social Considerations», en D. and F. R. Ridgway (eds.), *Italy Before the Romans. The Iron Age, Orientalizing and Etruscan periods*, London, capítulo I.
- Pons, E. (1978): «Un grup diferenciati de 'Camps d'Urnes' a l'Empurdà i Comarques veïnes», 2.^a Coll. Int. Puigcerdà, 1976, páginas 57-68.
- Ridgway, D. F. (1979): *Vide R. Peroni.*
- Ruiz Zapatero, G. (1985): *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*, tomos I y II, Universidad Complutense de Madrid (contiene amplia información).
- Tendille, C. (1980): «Mobiliers protohistoriques de la région nimoise: autres objets de parure et d'habillement (III)», *Documents d'Archeologie Meridionale*, número 3, páginas 108-124.
- Schüle, W. (1961): «Vonformen von Fusszier und Armbrustkonstruktion der Hallstatt-D- Fibeln», *Madri der Mitteilungen*, número 2, páginas 55-100.
- Villes, A. (1984): «Sur la transition Bronze-Fer en Champagne», *Vide 109.^e Congres...*, tomo II, páginas 165-193.
- Wells, P. S. (1980): *Culture Contact and Culture Change: Early Iron Age Central Europe and the Mediterranean World*, Univ. Press, Cambridge.
- Wells, P. S. (1985): «Mediterranean trade and culture change in Early Iron Age Central Europe», en T. C. Champion and J. V. S. Megaw, *Settlement and Society: aspects of West European...*, páginas 69-89.
- Werner Ellering, S. (1987): *El Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en Centroeuropa (I-III)*, Univ. Autónoma, Madrid.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA TECNOLOGIA METALURGICA EN EL BRONCE FINAL Y LA EDAD DEL HIERRO

Salvador ROVIRA LLORENS

Aunque está por elaborar la síntesis actualizada de la tecnología metalúrgica en el Bronce Final, comenzamos a disponer de datos puntuales suficientes como para entrever el paulatino progreso técnico que se produjo a lo largo de la segunda mitad del II milenio a. C. en la Península Ibérica. Cambio social y progreso tecnológico se manifiestan en la rica y variada gama de objetos metálicos que el registro arqueológico proporciona.

El Bronce Final, especialmente en sus fases más recientes, es un período de franca expansión del Mundo Mediterráneo. Menudean los contactos, los objetos viajan y también las ideas. No obstante las crisis socio-político-económicas que hundieron unos imperios y levantaron otros (quizá el término *imperio* resulte un tanto exagerado), en términos generales parece que el arte del trabajo del metal prosigue floreciendo en las regiones peninsulares más conectadas con el *Ekumene* mediterráneo.

Resulta, desde luego, muy difícil (quizá imposible) especificar qué aspectos de la tecnología metalúrgica son consecuencia de la evolución autóctona y qué otros, por el contrario, fueron traídos junto con las nuevas ideas y nuevas formas de vida que los contactos regulares y estables con fenicios y griegos propiciaron. Y el abuso de los aspectos meramente formales de la analogía tipológica conduce con frecuencia a conclusiones precipitadas y probablemente erróneas.

Del mismo modo que el estudio

arqueometalúrgico de los materiales de las recientes excavaciones de Alizaraque demuestra claramente que el sureste peninsular es un foco de invención metalúrgica en el III milenio (Delibes *et al.*, e. p.), sin conexión alguna con hipotéticos «prospectores de metal» venidos del Mediterráneo Oriental, me parece altamente probable que la evolución tecnológica que observo a lo largo del Bronce Medio y Final capacitara a los buenos artesanos del metal para reproducir impecablemente los modelos venidos de fuera. La cuestión debe centrarse en si, al reproducir el modelo, utilizan o no las mismas materias primas y aleaciones similares.

En muchos casos, pues, la cuestión de las importaciones deberá resolverse por la vía analítica de laboratorio, y no sólo mediante tipología aplicada, por más que los museos griegos o chipriotas estén abarrotados de piezas como esa tal que apareció en este o aquel yacimiento de la Península. Pero, desafortunadamente, carecemos de estudios analíticos sistemáticos que permitan las comparaciones regionales. Y, aun disponiendo de ellos, no debemos olvidar sus propias limitaciones (Rovira, 1986).

Por otro lado, aunque no sé si podremos hablar de un nivel tecnológico homogéneo en toda la Península Ibérica y acepto la posibilidad de que algunas regiones, por sus peculiares características evolutivas, presenten ciertos «atrasos» o variantes, tengo la sensación de que la idea de homogeneidad prevalecerá.

Porque, básicamente, la tecnología del metal descansa en unos pocos métodos térmico-mecánicos:

- Fundición.
- Martilleo o forja en frío.
- Martilleo o forja en caliente.
- Recocido o temple.

Tales métodos están al servicio de las necesidades de la sociedad y el experto los usará en función de aquéllas, combinándolos de la mejor manera. Desde el punto de vista de la evolución histórica se acepta que el primeramente utilizado fue el martilleo en frío para modelar metales nativos como el oro, la plata y quizá el cobre. Pero ya desde el Bronce Antiguo encontramos aplicados todos los métodos antes enumerados, con ciertas precisiones cronológicas para las cuales no es ahora ocasión.

Veamos cómo se reflejan estos aspectos tecnológicos en los objetos materiales. Comencemos por un tipo de piezas poco sospechosas de ser importaciones (aunque sea éste un concepto resbaloso por aquello de las rutas comerciales locales o a larga distancia o por la figura del herrero itinerante extraída del paralelo etnológico). Me refiero a los punzones. Hace unos años estudiamos la serie de siete punzones del yacimiento de la Edad del Bronce de El Peñón de la Reina, Alboloduy, Almería (Rovira y Sanz, 1983, páginas 198 y siguientes). Cuatro de ellos son de los niveles del Bronce Final, con una cronología de segunda mitad del siglo VIII y siglo VII. Curiosamente se trata de piezas de

cobre (alguno de cobre arsenical). Técnicamente son productos de fundición que posteriormente han sido martillados y recocidos. A menudo me asalta la duda, cuando veo al microscopio estructuras macladas de metal, de si se tratará de una forja en frío que luego es recocida para aliviar las tensiones internas de la deformación del metal o si, por el contrario, estoy viendo los efectos de una forja en caliente. Ambos métodos pueden dar microestructuras finales similares. Pero, apelando al sentido común (¿?) parece lógico pensar que el martilleo en frío resulta más cómodo para este tipo de objetos, evitando su manipulación con el metal al rojo.

He tenido ocasión de metalografiar punzones de otros varios yacimientos arqueológicos situados en puntos distantes de la geografía peninsular, siempre con idénticos resultados tanto si se trata de punzones de cobre como de bronce. Hasta ahora sólo he visto uno de bronce ternario Cu-Sn-Pb, procedente de Kutzemendi, Alava, de época más tardía (Edad del Hierro). Este yacimiento y otros del País Vasco están siendo revisados por Luis G. Valdés.

Otro objeto característico de amplia difusión geográfica es la fíbula de doble resorte. De El Peñón de la Reina se estudiaron cuatro fragmentos y obtuvimos datos suficientes para establecer su técnica de fabricación (Rovira y Sanz, 1983, páginas 198 y ss.). No parece tratarse de un alambre trefilado sino estirado a martillo y luego recocido, como se deduce de las grietas observadas en una de las metalografías (figura 1). Cuando se metalografía una de las espiras del resorte (figura 2) no se aprecia deformación en frío del metal, aunque sí una acumulación de microfracturas en la zona próxima a la superficie, producidas por el esfuerzo al doblar el metal. En el citado artículo pensábamos que el arrollamiento debió efectuarse con el alambre al rojo, sobre un vástago matriz. Ahora no estoy seguro de que fuera así porque en caliente el metal debe deformarse mejor, sin romper, salvo que se supere el límite de resistencia. Por otro lado, he metalografiado la es-



Fig. 1. Fíbula de doble resorte (35 X).

pira de otra fíbula del Castro Peñas de Oro, Alava (en estudio por Luis G. Valdés), sin que apreciara deformación como en la figura 2. Habrá que esperar nuevos datos y, probablemente, efectuar experiencias en el laboratorio. En cualquier caso, lo que resulta evidente es el tratamiento generalizado de recocido para aliviar tensiones una vez conseguida la forma deseada.

Conviene hacer notar que todos los objetos de aspecto filiforme, como las agujas y los alfileres, dan imágenes metalográficas similares: tratamiento de martilleo y recocido.

Un caso interesante de asociación de técnicas lo encontramos en la va-

riada tipología de las fíbulas anulares, objetos, por otra parte, de dilatada cronología. En general se observa que el anillo y el puente se elaboran con aleaciones distintas. Ello se podría explicar como consecuencia de una incipiente «industrialización»: las diversas partes se elaboran por separado, en series más o menos cortas, para ser montadas más tarde y no necesariamente en el taller del fundidor. Tal «industrialización» la hemos detectado claramente en las placas de cinturón de tipo Miraveche-Montebernorio de la necrópolis de Villanueva de Teba, Burgos, mucho más tardías (siglos III-I a. C.) (Rovira y Sanz,

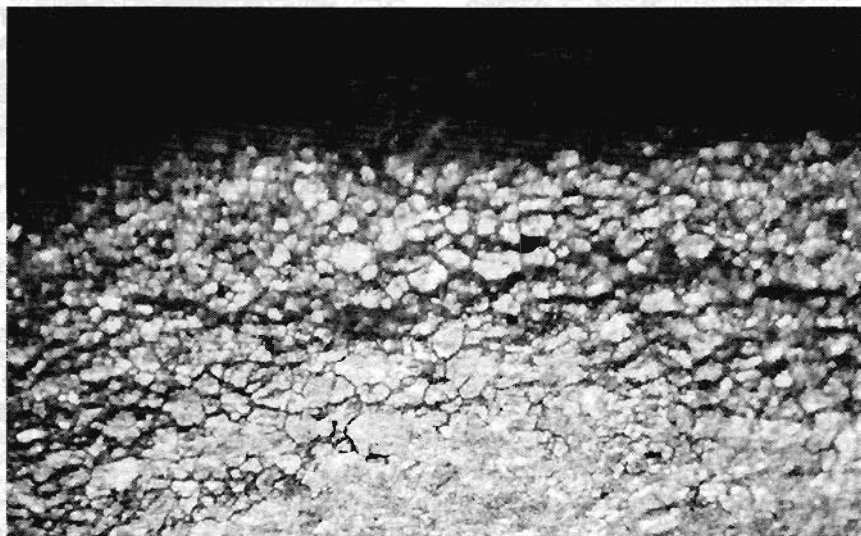


Fig. 2. Fíbula de doble resorte (35 X).

e. p.). Pero además de razones comerciales hay otras de índole tecnológica de las que hablaremos más adelante al referirnos a los tipos de aleación.

He tenido ocasión de metalografiar dos ejemplares de El Llanete de los Moros, Córdoba, actualmente en estudio por el doctor Martín de la Cruz y Susana Consuegra, fechables en el 625-575 a. C. (Período Orientalizante Reciente). La figura 3 corresponde al puente de una de ellas, de aspecto filiforme, y la figura 4 a la aguja de otra. Ambas muestran microestructuras similares, de bronce martillado y recocido.

Cuando el puente es un claro producto de fundición conserva la microestructura de bruto de colada. Tal es el caso de una fíbula del poblado de la Torre de Doña Blanca, Cádiz, en estudio por el doctor Ruiz Mata. La figura 5 muestra la imagen metalográfica del puente: una estructura de fundición con abundantes segregados oscuros de plomo, ya que se trata de un bronce ternario Cu-Pb-Sn. En cambio el anillo es un alambre estirado y recocido (figura 6). También se observa algún segregado de plomo, pero en mucha menor cantidad por tratarse de un bronce Cu-Sn-Pb.

Procedente de Cerro Redondo, Fuente el Saz, Madrid, es una fíbula anular de timbal publicada recientemente (Blasco y Alonso, 1985, página 118), con una cronología del siglo IV a. C. También en esta pieza observé la característica antes apuntada de la diferencia de aleaciones entre el puente y el anillo (Rovira, 1985, página 371). La figura 7 es la imagen metalográfica del anillo: una estructura de bronce martillado y recocido, con algunos granos de plomo segregado. No pude metalografiar el puente por problemas técnicos, pero sin duda se trata de un producto de fundición.

Hasta ahora he hecho escasas referencias a los tipos de aleación. Me fuerzan a ello un par de razones. De un lado, permanecen inéditos los más de dos millares de análisis que he efectuado a materiales aún en estudio y que espero se vayan publicando en breve. Y de otro, quizá el

Fig. 3. Puente de fíbula anular (160 X).



Fig. 4. Aguja de fíbula anular (160 X).

Fig. 5. Puente de fíbula anular (160 X).



más relevante, que para hablar de la anular, resultando también un bronce muy plomado.

Conforme vamos descendiendo en el tiempo, los bronce plomados se hacen más abundantes, generalmente usados en objetos moldeados de aderezo personal o ritual, a los que no se les exige propiedades mecánicas notables. Es sabido que los bronce plomados son frágiles y blandos pero, a cambio, moldean muy bien. Pero tampoco se puede generalizar a este respecto, pues he analizado muchas hachas de tipo atlántico de bronce plomado, algunas evolución de los tipos de aleación

necesitaria más espacio del que me es dado utilizar aquí. Sin embargo algo se puede apuntar ahora en relación con estas fíbulas mencionadas. Tanto la fíbula de la Torre de Doña Blanca como la de timbal de Fuente el Saz tienen el puente de bronce ternario con alta carga de plomo. De este último yacimiento analicé la navicilla de otra fíbula con más del 20 por 100 de plomo y con huellas evidentes de uso. Interesa destacar, no obstante, que el bimetallismo observado en las fíbulas anulares con puente de fundición tiene una explicación de carácter tecnológico: mientras el puente es



Fig. 6. Anillo de fibula anular (160 X).

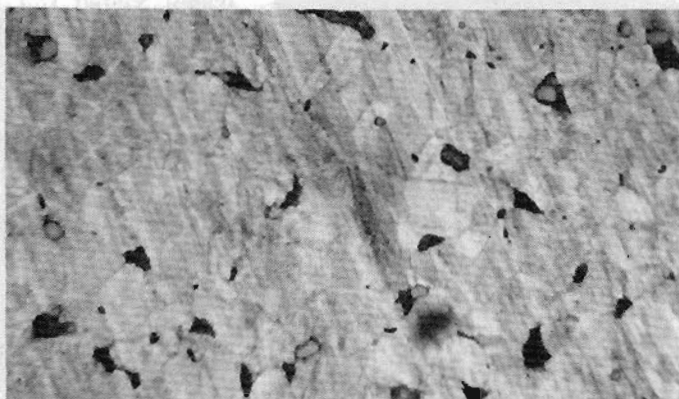


Fig. 7. Anillo de fibula de timbal (280 X).

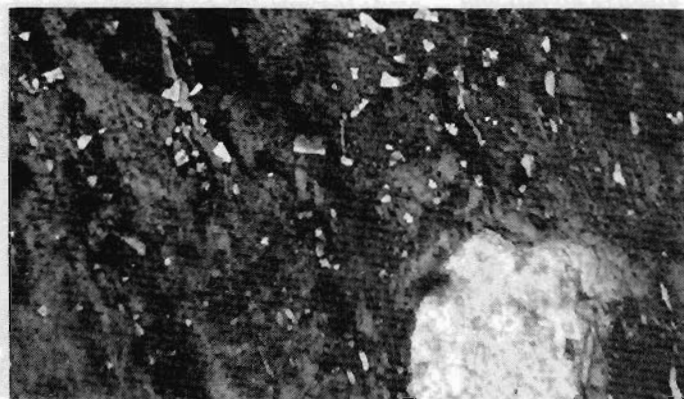


Fig. 8. Fibula de codo (280 X).

una pieza acabada de fundición, el anillo, la aguja y su resorte han de ser preparados *ad hoc* y por tanto la aleación debe adaptarse a estas condiciones. Eso explica que las partes filiformes sean de bronce binario Cu-Sn y sólo excepcionalmente encontremos bronce Cu-Sn-Pb, siempre con poca carga de plomo.

Un tipo peculiar de fíbula, cronológicamente situada en el siglo IX a. C., es la fíbula de codo. He tenido ocasión de realizar el estudio tecnológico de los ejemplares aparecidos en el depósito de la Ría de Huelva, cuyos resultados acompañarán a la revisión que de dicha colección

preparan los doctores Delibes y Fernández-Miranda y la doctora Ruiz-Gálvez. Ahora me referiré a otros dos ejemplares, uno de ellos encontrado en un enterramiento de facies Cogotas I, en San Román de la Hornija, Valladolid (Delibes, 1978) y otro en las proximidades de Perales del Río, Madrid, al que la doctora Blasco Bosqued dedica un minucioso estudio en este Boletín.

El estudio metalográfico de la fíbula de San Román de la Hornija no resultó fácil debido al avanzado estado de corrosión del metal. El pulido se efectuó en el extremo del arco aprovechando la zona de frac-

tura de la mortaja. En la imagen metalográfica (figura 8), aunque no existe núcleo metálico continuo en todo el plano, aún se conservan algunos cristales de forma poligonal distribuidos en la matriz de productos de corrosión, indicando que el metal fue sometido a recocido después de un tratamiento de forja.

La fíbula *ad ochio* de Perales del Río proporciona imágenes metalográficas similares. En la espira corresponde a un bronce martillado y recocido (figura 9). No parece que el recocido haya sido suficiente porque han quedado restos de maclado por deformación en frío formando grupos de líneas paralelas en algunos cristales poligonales (el punteado oscuro se debe a un reactivo de ataque defectuoso). El mismo tipo de microestructura se observa en la mortaja (figura 10).

Con estos datos es posible recomponer el proceso de elaboración de la fíbula de codo. La pieza salida de molde tendría el aspecto de una varilla bulbosa, correspondiendo los engrosamientos a las dos partes del futuro arco acodado y terminando en un extremo cilíndrico largo que dará lugar al resorte y la aguja. Es muy posible que el hilo del resorte y la aguja se estirara a martillo, al igual que el pie de la mortaja.

Para evitar riesgos de rotura de metal al doblarlo y trabajarlo, toda la pieza era sometida a uno o varios recocidos a lo largo del proceso. Este proceso podría consistir en:

1.º Estirado del producto de fundición hasta alcanzar las dimensiones requeridas.

2.º Doblado del tallo entre los bulbos formando el codo.

3.º Trabajo a martillo y cincel del extremo corto para dar forma a la mortaja del imperdible.

4.º Arrollamiento del alambre formando las espiras del resorte. Esta operación posiblemente se realizara con el alambre al rojo para evitar roturas, aunque también podría hacerse en frío si el metal había sido bien recocido previamente.

5.º Recocido final, acabado decoración burilada o cincelada, etcétera.

Vemos, pues, que la técnica de elaboración de la fíbula de codo es

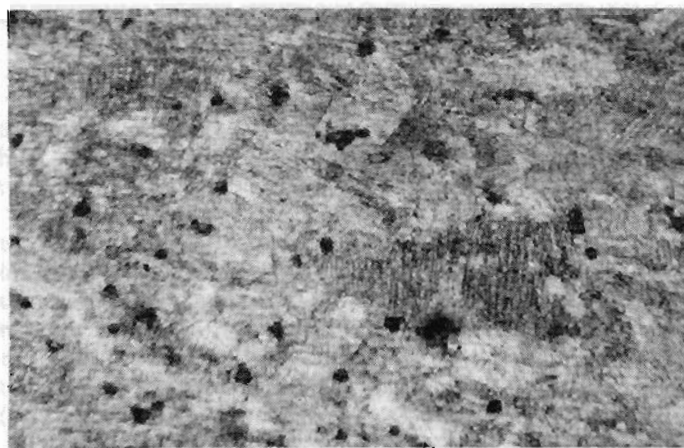


Fig. 9. Espira de fíbula de codo (280 X).



Fig. 10. Mortaja de fíbula de codo (280 X).

similar en gran medida a la observada en la fíbula de doble resorte. Tanto una como la otra se elabora con aleaciones binarias Cu-Sn de buena calidad porque el metal debe ser sometido a esfuerzos durante el proceso.

Esta técnica de fabricación a partir de un producto de fundición semielaborado que luego es acabado

por forja parece ser denominador común en todo el *Ekumene* mediterráneo y sus áreas de influencia, como confirman los datos aportados por Coghlan en su estudio metalográfico de varias fíbulas de arco de una sola pieza, de los años 1100 al 600 a. C., procedentes de Francia, Italia y Europa Central (Coghlan, 1980).

Aunque no sé si el dato perderá relevancia cuando se conozcan los resultados analíticos de más piezas, lo cierto es que la veintena de piezas que he analizado (entre fíbulas de codo y de doble resorte) procedentes de yacimientos de la Península Ibérica contiene algo más de estaño por término medio que las contemporáneas (aunque no del mismo tipo) extrapeninsulares. Bien es cierto que Coghlan (1980) sólo ha analizado cinco piezas. Mayor interés tiene la serie de tres fíbulas griegas del Protogeométrico y 24 del Geométrico, analizada por Craddock (1976), ninguna de las cuales supera el 11 por 100 de estaño. Casi todas son también de bronce Cu-Sn. Pero, dejando a un lado el posible valor discriminante de la aleación, queda claro que la mayoría de rasgos tecnológicos importantes ya los encontramos ampliamente difundidos en el Bronce Final. En otro lugar apuntamos la idea de que bien pudo suceder que los sistemas de elaboración de metales tuvieran una difusión más amplia y uniforme que los rasgos estilísticos de los objetos, mucho antes de la pretendida homogeneización tecnológica del mundo romano (Rovira y Sanz, e. p.).

A decir verdad, cada vez me siento menos inclinado a pensar en la difusión como explicación última del progreso tecnológico en metalurgia. Cuando el metalurgo ha superado un determinado umbral de conocimientos básicos, el empirismo de su actividad le lleva unívocamente por el camino del progreso.

BIBLIOGRAFÍA

- Blasco, M.^a C. y Alonso, M.^a A. (1985): «Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama, Madrid», *Excavaciones Arqueológicas en España*, número 143, Ministerio de Cultura, Madrid.
- Coghlan, H. H. (1980): «Examination of some continental Bronze Age decorative objects», en *Journal of the Historical Metallurgy Society*, 14, 2, páginas 80-93.
- Craddock, P. T. (1976): «The composition of copper alloys used by the Greek, Etruscan and Roman civilization. 1. The Greeks before the Archaic period», en *Journal of Archaeological Science*, 3, 2, páginas 93-113.
- Delibes, G. (1978): «Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)», en *Trabajos de Prehistoria*, 35, páginas 225 y ss.
- Delibes, G.; Fernández-Miranda, M.; Fernández-Posse, M.^a D.; Martín, C.; Rovira, S., y Sanz, M.^a S. (e. p.): «Almizaraque (Almería). Minería y Metalurgia calcolítica en el SE de la Península Ibérica», en *Coloquio Internacional sobre Minería y Metalurgia en las Antiguas Civilizaciones Mediterráneas y Europeas*, Madrid, 1985.
- Rovira, S. (1985): «Informe arqueometalúrgico de algunos materiales de las excavaciones de Fuente el Saz, Madrid (El Cerro Redondo)», en Blasco, M.^a C. y Alonso, M.^a A.: «Cerro Redondo, Fuente el Saz del Jarama, Madrid», *EAE*, número 143, Ministerio de Cultura, Madrid.
- Rovira, S. (1986): «Aspectos metodológicos de la investigación arqueometalúrgica», en *Jornadas sobre Metodología Arqueológica*, Consejería de Cultura y Educación, Murcia.
- Rovira, S. y Sanz, M.^a S. (1983): «Estudio arqueometalúrgico de las piezas metálicas de El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)», en *Antropología y Paleoecología Humana*, 3. Lab. Antrop. Univ. Granada y Serv. Inv. Arqueo. y Antrop. Dip. Prov. Granada, páginas 193-214.
- Rovira, S. y Sanz, M.^a S. (e. p.): «Aproximación al estudio de la técnica de elaboración de los broches de cinturón del área cultural Miraveche-Montebernorio», en *Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984.

PRIMERA GRAN DESTRUCCION ESCUPTORICA EN EL MUNDO IBERICO

Encarnación RUANO RUIZ

La mayoría de los investigadores han tratado el hecho de las destrucciones de una manera global, sin tener en cuenta que fueron diacrónicas y que sus causas estuvieron sometidas a alternancias cronológicas que no son aplicables a todos los yacimientos. En nuestra opinión hay que considerar una *Primera Gran Destrucción*, que tendría lugar en los albores del siglo V a. C.; esta fecha es la que se deduce del examen estilístico, comparativo de las piezas fragmentadas y del estudio de los yacimientos en los que se han utilizado fragmentos escultóricos como simples elementos constructivos, sin el valor arquitectónico o decorativo para el que estaban realizados.

Todas las esculturas parecen corresponder a contextos funerarios.

Los yacimientos que nos han proporcionado una datación relativa para esta destrucción antigua son los siguientes: I. Cabecico del Tesoro (Murcia); II. Cigarralejo (Mula, Murcia); III. Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete); IV. Hoya de Santa Ana (Albacete); V. Corral de Saus (Mogente, Valencia); VI. Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén); VII. Parque de Elche (Alicante).

Los monumentos de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete), Coimbra de Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) y El Prado (Jumilla, Murcia), aunque aparentemente destruidos, no son considerados por los investigadores que los estudian como víctimas de un hecho intencionado.

I. CABECICO DEL TESORO (Verdolay, Murcia)

Este yacimiento ha proporcionado gran cantidad de fragmentos escultóricos, unos encontrados dispersos por la necrópolis, como la dama sedente, dos fragmentos de cabezas masculinas y otros elemen-



Cabeza atribuida por E. Ruano al taller del Llano de la Consolación, Montealegre del Castillo (Albacete).

tos que corresponden a relieves y fragmentos arquitectónicos.

Nieto expuso las conclusiones de las excavaciones en el II Congreso de Arqueología del S. E. español, aportando datos muy importantes

para el fenómeno de las destrucciones.

Refiriéndose a los fragmentos escultóricos dice: «Es casi seguro que pertenezcan al mismo monumento una serie de fragmentos escultóricos y decorativos encontrados en esta necrópolis, y esto es de especial significación, pues nos los encontramos entibando urnas de sepulturas, tal y como se ve en las que reproducimos por poner un ejemplo, que no es único.»

«La manera de hacer es tosca, como lo era en la escultura, pero su decoración revela la aparición en nuestro yacimiento de valores nuevos, jónicos probablemente, lo que puede apreciarse así mismo en otros fragmentos decorativos utilizados también para entibar urnas.»

«Parece que se trata de un yacimiento que tuvo una primera época muy rica en elementos escultóricos y decorativos, lo cual arranca en una época muy antigua, del siglo V a. C. posiblemente.»

«Este yacimiento, indudablemente, fue destruido en una fecha difícil de precisar aún. Como sugerencia, apuntamos el año 237, en que el ejército de Aníbal se extendió por esta región, como la fecha que podía jalonar esta división» (1).

De lo expuesto deducimos que pueden considerarse dos momentos en las necrópolis. Uno más antiguo al que pertenecían los elementos amortizados y otro más moderno. Según Nieto la destrucción sería aproximadamente en el siglo III.

II. CIGARRALEJO (Mula, Murcia)

En este yacimiento hay que distinguir dos contextos arqueológicos bien definidos: necrópolis y santuario.

Es en la necrópolis, donde los restos escultóricos «ya carecían de valor religioso en el siglo V y por tanto pertenecían a construcciones destruidas al menos en fechas anteriores, aunque fueron utilizadas en tumbas de hasta el siglo II a. C.» (2).

«Entre los años 425 y 375 a. C. y con más amplitud entre finales del siglo V y principios del siglo IV ya se utilizan los fragmentos de los monumentos funerarios desprovistos de todo valor religioso y funerario para las construcciones...» (3).

Los fragmentos reutilizados son arquitectónicos, zoomorfos y antropomorfos.

Aquí, al parecer hay una destrucción en la necrópolis, anterior al último cuarto del siglo V.

III. LLANO DE LA CONSOLACION (Montealegre del Castillo, Albacete)

En este yacimiento se realizaron varias campañas de excavaciones. En una de las campañas dirigida por Sánchez Jiménez se encontraron gran cantidad de fragmentos escultóricos y entre éstos una cabeza masculina.

«Lo que reputamos como de máximo interés en esta exploración es el descubrimiento en la viña de Marisparza, a 0,65 m de profundidad del nivel exterior, de una grada de piedra caliza de dos escalones, y que nos hizo suponer eran de acceso a una construcción (¿templo?, ¿sepulcro?), que sin duda dio el nombre de 'La Torrecica' o de 'Las Torrecicas' a este predio.»

«Es de notar que en las hormas o paradas de los bancales circundantes hay muchas piedras que revelan haber formado parte de construcciones antiguas, piedras que en campañas venideras habrán de ser examinadas cuidadosamente.»

«Entre las tierras que rodeaban aquella grada hallamos un trozo de piedra caliza blanda, al parecer fragmentos de una escultura, de tamaño natural, pierna de un toro o caballo y un colgante de collar, de vidrio verdoso, en forma de piña gallonada, de 20 mm de largo con un agujero en una pequeña asa para suspensión.»

«Junto al basamento o grada, a 90 cm de profundidad del nivel exterior, apareció una sepultura (la número 4), cuyos vasos helenísticos estaban muy destrozados y revueltos con huesos quemados y cenizas. Esparcidos en torno al repetido basamento, se encuentran trozos de piedras ornamentadas con ovas, y otros de cerámica ibérica pintada, con decoración lineal.»

«A 30 cm de profundidad se descubrió una cabeza de ¿guerrero?, tamaño sensiblemente natural, escultura de piedra caliza arenisca blanda, de arte ibérico exquisito, siendo de lamentar las mutilaciones con que apareció» (4).

IV. HOYA DE SANTA ANA (Albacete)

Sánchez Jiménez nos dice a propósito de este yacimiento:

«Entre los restos de la necrópolis de incineración y en el año 1943, se encontraron fragmentos de una escultura de toro de tamaño natural, alrededor de la sepultura número 62, entre varios sillares sueltos y trozos de piedra, que hacen sospechar la existencia en este paraje de un templo o monumento» (5).

Aunque desconocemos los argumentos utilizados, J. Blázquez sitúa los inicios de esta necrópolis en el siglo V (6).

V. CORRAL DE SAUS (Mogente, Valencia)

En 1972, se comienzan las campañas en la necrópolis ibérica del Corral de Saus. En este año se pu-



Cabeza procedente del Corral de Saul, Mogente (Valencia).

blican los hallazgos por Fletcher Valls y Plá Ballester (7).

En 1975, Plá Ballester presenta al XIV Congreso Nacional de Arqueología, celebrado en Vitoria en ese mismo año, la noticia del espectacular hallazgo, los relieves con damas reutilizados formando parte de una gran sepultura. «Las semejanzas de ambas figuras y la existencia de los pies reposando junto a ellas, como se ha indicado, nos permiten afirmar que las 'damas' estaban yacentes, flanqueando, al parecer, los lados de una pirámide central que, por estar incompleta, no sabemos cómo remataba. Debieron ser cuatro las 'damitas' y, a juzgar por lo que de ellas queda, tenían el brazo izquierdo extendido a lo largo del cuerpo llevando en la mano una flor, quizá de adormidera, y el derecho extendido perpendicular al cuerpo y, por tanto, paralelo a otro de los lados de la supuesta pirámide y por debajo de las piernas de otra 'dama', que en este lado debía yacer, hasta enfrentar su mano, que igualmente portaba una flor, con la izquierda de esta otra 'dama', cuyos pies descansaban en el hombro de

la anterior. Esta posición es muy presumible que se repitiera cuatro veces» (8).

Estudios posteriores como los de Aparicio han hecho posible conocer algunas fechas más concretas para las tumbas en las que estaban reutilizadas y por tanto para la Destrucción.

1. Las tumbas ovales, excavadas en las tierras rojizas basales y posteriormente arrasadas parecen ser las más antiguas, pudiendo fecharse en el siglo V quizá.

2. Las restantes tumbas de los tipos C y D ocupan un largo período que puede ir desde el IV hasta principios del siglo I a. C.

3. La tumba de las «Damitas» creemos que corresponde al siglo IV a. C., a juzgar por un fragmento de una crátera de figuras rojas, datada en el siglo IV y encontrada junto a dicha tumba, de donde debió ser extraída. De aceptarse esta fecha habría que suponer el siglo V o VI para la escultura y los elementos arquitectónicos reutilizados tanto aquí como en el resto de la necrópolis» (9).

En consecuencia, del contexto arqueológico se desprende que la destrucción en esta zona debió producirse con anterioridad al siglo IV y la necrópolis estuvo en uso continuado desde el siglo V.

VI. PORCUNA (Cerrillo Blanco, Jaén)

Otro yacimiento que evidencia un enigma en su amortización es el enclavado en la antigua Obulco. Recordemos que los elementos escultóricos aparecieron, por una parte, dispersos y, por otra parte, ocultos, recogidos y protegidos por una zanja, sin descartar la posibilidad de nuevos hallazgos.

Maluquer de Motes en 1981 opinaba sobre el tema de Porcuna en estos términos:

«Tenemos un nuevo caso de destrucciones. Culmina en un área de necrópolis, un monumento de tipo desconocido con una gran riqueza de esculturas ibéricas de variada temática, en las que resaltan induda-

blemente temas griegos de luchas de grifos y posiblemente amazonas y guerreros. Su carácter griego no ofrece dudas y no se puede pensar en modo alguno en elementos que procedan de una transmisión fenicia. No sabemos si el monumento en cuestión, al que pertenecían las esculturas, llegó a construirse. Podría tratarse de un templo funerario con un doble frontón como le correspondería por su fecha a comienzos del siglo IV pudiendo corresponder las esculturas a últimos del siglo V.»

«La necrópolis cubre varios siglos. Por lo menos desde la primera mitad del siglo VI, pero las esculturas así como los enterramientos más superficiales corresponden, sin duda, al transcurso del siglo V-IV.»

«Todas las esculturas aparecen rotas e incluso machacadas y fueron utilizadas en época moderna para levantar una cerca colocándose en su misma base» (10).

Publicaciones más recientes han puntualizado la naturaleza y temporalidad de los restos arqueológicos de Cerrillo Blanco. Los restos más antiguos corresponden al Bronce final; inmediatamente a esta ocupación, el sitio tuvo un destino funerario con rito de inhumación, cuyos materiales se fechan desde la primera mitad del siglo VII al siglo VI, en correspondencia con el «horizonte» orientalizante. Tras este destino, existe un *hiatus*, que llega hasta el siglo IV, en el que nuevamente se comprueba la existencia de una necrópolis, en este caso de incineración. Justamente, el hallazgo escultórico se sitúa en este lapsus temporal de destino impreciso, al que únicamente pueden corresponder los fragmentos cerámicos de bandas pintadas localizadas en la parte oeste del yacimiento.

La única noticia: «para la fecha de esta zanja que contenía las esculturas es de vital importancia una sepultura de cámara, en la que aparecen, entre otros, materiales cerámicos ibéricos y griegos perfectamente fechables; en el momento de cerrar esta sepultura se emplearon fragmentos de esculturas, muy rodados, como piedras corrientes» (11).

Aunque no queda puntualizada la fecha exacta de estas cerámicas, parece que esta tumba de cámara es anterior a las tumbas de incineración fechadas entre los siglos IV-III a. C.

Según los datos, todos los investigadores coinciden en el excelente aspecto de los fragmentos esculpidos. Dada la calidad de la materia prima, muy vulnerable a los agentes externos, se plantea la duda de si el monumento llegó a su culminación o no fue nunca erigido, ya sea por razones técnicas (opinión personal) hecho bastante probable, o bien por causas externas que impidieron su erección, en cuyo caso el suceso podría relacionarse con el problema de las destrucciones.

VII. PARQUE DE ELCHE (Alicante)

Las recientes excavaciones realizadas por R. Ramos en el Parque de Elche, dieron como resultado el hallazgo de fragmentos escultóricos, que se habían reutilizado «para delimitar una zona que pudo tener carácter cónico».

El investigador comunica el hallazgo en estos términos:

«A 1,40 m de distancia de la pared de la plataforma, en su lateral oeste y sobre el nivel de restos citados localizamos, encintadas, unas piedras de grandes dimensiones alineadas en paralelo al lateral de la mencionada plataforma de arcilla que respondían en buena parte a fragmentos de grandes obras escultóricas, sin duda pertenecientes a un monumento edificado con anterioridad en sus inmediaciones. Por tanto este encintado de grandes piedras está montado sobre el nivel de restos ibéricos e integrado en él y, consecuentemente, fue colocado con posterioridad a un primer momento de vigencia de estas estructuras que, tras la destrucción de las obras escultóricas y el cambio de situación de sus restos, fueron reutilizadas todavía a lo largo de su misma época. Además, estos fragmentos escultóricos estaban entibados también por pequeños fragmentos de las mismas

obras. Todo ello supone el efecto y la consecuencia de la destrucción de un monumento y el empleo de sus restos fragmentados para delimitar una zona que pudo tener carácter cívico, para lo que dispusieron el alineamiento pétreo sobre el depósito del material cerámico ya existente y que continuó acumulándose tras este momento, como lo evidencia el hecho del parcial enterramiento de las piezas de este alineamiento en dicho nivel de restos» (12).

Siempre siguiendo a Ramos Fernández, la reutilización del monumento destruido podría haberse dado hacia la mitad del siglo V, en sincronía con el desarrollo de la ciudad ibérica de La Alcudia, nivel F. Es decir, que la fecha de erección sería sincrónica al nivel G de La Alcudia (13).

Aunque las publicaciones correspondientes a las necrópolis excavadas o futuros trabajos en sitios apenas explorados pueden ayudar al inicio y desarrollo del lugar funerario o a la ausencia o existencia de *hiatus* en el conjunto de las esculturas, en el estado actual de la cuestión se llega a las siguientes conclusiones:

1. Desde el último cuarto del siglo VI, existe la escultura ibérica en el área del Sudeste, y, a estas fechas iría la plástica de algunas representaciones: Llano de la Consolación, Mogente, Parque de Elche y Cerrillo Blanco.

2. Muchas de las piezas con cronologías antiguas se encuentran amortizadas en necrópolis.

3. Esta reutilización se documenta con la mayor antigüedad en la necrópolis del Cigarralejo en tumbas fechadas en el año 425 (se da la circunstancia que las fechas más antiguas son fragmentos arquitectónicos).

4. En el Parque de Elche la reutilización se fecha en la primera mitad del siglo V.

5. El uso de la necrópolis del Cigarralejo y del Corral de Saus se documentan desde finales del siglo V.

6. Ninguna publicación confirma la existencia de enterramientos ibéricos que superan la fecha del siglo V. Las más antiguas tumbas, hasta el momento, son las localizadas en

la provincia de Albacete, en la necrópolis del Camino de la Cruz, fechada en el primer cuarto del siglo V y Los Villares correspondientes a la fase II, en la segunda mitad del siglo V (14).

7. En Cerrillo Blanco existe un *hiatus* entre finales del siglo VI e inicios del IV, en el que se sitúa el monumento sin correspondencia con tumbas de estas mismas fechas.

A estas conclusiones cronológicas podríamos añadir dos hipótesis sobre las causas de esta *Primera Gran Destrucción*: a) Político-social; b) Religiosa.

- a) *Político-social*: El hecho de la destrucción escultórica podría estar en relación con el cercenamiento de poderes absolutos como propuso la doctora Lucas: «El hecho puede obedecer a causas internas; a una reacción contra el espíritu que había forjado en el área ibérica, a semejanza de lo que pudo ser Tartessos, la creación de una alta aristocracia, de unos tiranos o gobernantes que se hacen enterrar en suntuosos monumentos. En el caso de Porcuna, estas esculturas pueden considerarse auténticas tumbas-templo» (15).

Según Almagro:

«Estas destrucciones pudieran deberse a crisis o cambios de dinastía, cambio de la estructura del poder político, enfrentamiento con grupos sociales, guerra entre los distintos grupos en que se dividirá el mundo ibérico, que no debería de gozar de gran estabilidad, según se deduce de las fuentes escritas» (16).

Según Uroz Sáez para la Contestania pueden corresponder a una revuelta social: «A mi juicio hay que pensar en una especie de revuelta social contra las capas dirigentes de la sociedad ibera, tanto en su concepción política como religiosa, que no sabemos si acaba con su poder económico-social y religioso, pero que en cualquier caso destruye rabiamente sus símbolos; y algo debió de cambiar porque a partir de entonces ya no se hacen más esculturas, sencillamente porque ha dejado de estar en vigor la función y los valores que antes desempeñaban. Ni siquiera se aprovechan aquellas obras que quedaron casi indemnes:

se reutilizarán muchos años después simplemente como sillares para erigir un monumento funerario o para pavimentar una calle» (17).

Aparicio propone para esta zona, igualmente, una revolución social y considera que la acción destructora «se refleja con especial predilección en las esculturas de animales exóticos o fantásticos o en las escenas con idéntica concepción e influencia».

- b) *Religiosas*: Ramos Fernández opina que quizá las destrucciones son contemporáneas a las cremaciones, es decir, que a la vez que se construía una gran tumba para el personaje se destruía como alabanza del muerto (18).

En este balance histórico de sucesos e hipótesis, comprobamos que la realización de las esculturas coincide con el despertar económico en zonas hasta entonces poco relevantes (antes de la crisis del apogeo del Bronce Medio).

Los yacimientos de estos núcleos más progresivos dominan el control de vías estratégicas de comunicación que canalizan las relaciones económicas entre Tartessos SO y el SE y la Meseta. Estas relaciones «comerciales», aunque no sea este lugar para tratarlas en extenso, es obvio que influirán en el nuevo rumbo cultural, engendrando diferencias entre las poblaciones de un mismo área y potenciando a su vez «jefaturas» necesitadas de prestigio y poder y, por ende, de un aparato externo que afianzase y demostrase su rango; rango que en esta época estaría vinculado a lo religioso.

Teóricamente a esta sociedad ya cuajada debemos atribuir los monumentos indígenas y las esculturas más antiguas de estilo. Ante la ausencia de monumentos arquitectónicos en estas zonas de orientalización retardada se puede pensar en una emulación de lo oriental, en la que cabe la participación de artistas extranjeros o inmigrados que formarían parte de la «corte» como un elemento más de prestigio, que actuarían a la vez de consejeros y artífices, sobre todo si se tiene en cuenta que Tartessos no puede servir de «modelo», al menos en lo conocido hasta ahora.

El apogeo de estas zonas sería paraje a la decadencia y desmembración del reino de Tartessos cuya languidez pudiera considerarse, como bien dice Almagro Gorbea, «como un fenómeno de evolución cultural interna aunque también pudieran haber influido circunstancias concretas, aún muy mal conocidas, que produjeron la rotura de la base económica y, por tanto, de la organización social de la misma, basada primordialmente en el comercio del metal. La crisis del mundo fenicio colonial en el siglo VI a. C., la del mundo griego focense a fines del mismo y la paralela expansión, desde la Meseta hacia las zonas metalúrgicas del SO y Andalucía, de pueblos célticos a la que hace referencia Plinio (3-13-14) y que conocemos como Cultura Celtibérica, pu-

dieron acelerar los procesos de cambio económico y social que desembocarían finalmente en la desaparición de la cultura orientalizable originaria» (19).

¿Cómo se explica la destrucción y el breve lapso de tiempo de estas manifestaciones artísticas de poder?

Posiblemente la aceleración de este nuevo orden social entre comunidades no maduras para su aceptación pudo acarrear una reacción hacia la «Tiranía» (20) de los dirigentes y la imposición de una ideología no asimilada que trastocaba los antiguos esquemas religiosos. En suma, un rechazo indígena más o menos temprano, según las zonas y circunstancias, que al final desembocaría en la destrucción de cuantos símbolos representaban a las men-

cionadas tiranías, surgidas por coyunturas económicas, que habían acelerado el ritmo del cambio cultural.

Nada extrañaría que el aspecto bélico de la sociedad ibérica arranque precisamente de estos momentos.

Si estas hipótesis de tipo ideológico son ciertas, no contradicen el hecho de que, pasado cierto tiempo, vuelvan a surgir réculos o jefes comparables, más próximos a la comunidad, que emulen a su vez a los antiguos «reyezuelos», volviendo a erigir monumentos en el «lugar» de los ya destruidos, que recuperaría así sus tradiciones religiosas. Todo ello dentro de un equilibrio socio-económico que marca la personalidad ibérica de cada núcleo.

NOTAS

(1) Nieto Gallo, G. (1943): «Noticia de las excavaciones realizadas en la necrópolis hispana del Cabeceo del Tesoro. Verdolay, Murcia», en *Boletín de Trabajos de Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid*, 4.^a Campaña de Excavaciones, Fas. XXIV-XXXVI, página 173.

(2) Cuadrado, E. (1984): «Restos monumentales funerarios de El Cigarralejo», *TP*, 41, páginas 251-290.

(3) Cuadrado, E. (1986): «El problema de los restos escultóricos de las necrópolis ibéricas», *Homenaje a don Antonio Beltrán*, FFL, Universidad de Zaragoza, página 570.

(4) Sánchez Jiménez, J. (1942-1946): «Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de Albacete», *JM*, número 15, página 41.

(5) Chapa Brunet, T. (1980): *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Reprografía, Vol. I, página 307.

(6) Blázquez Pérez, J. (1983): «Las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete», *CHA*, números 8-11, página 187.

(7) Fletcher Valls, D. y Plá Ballester (1972): «La necrópolis ibérica del Corral de Saus, Mogente, Valencia», *RUM*, *Homenaje a García Bellido*.

(8) Plá Ballester, E. (1977): *La necrópolis ibérica con sepultura de empedrado tumular, del Corral de Saus*, XIV «CNA», Vitoria, 1975, página 734.

(9) Aparicio Pérez, J. (1982): «La necrópolis del Corral de Saus, y las evidencias de una primera revolución social», *Papers de la Costera*, número 2, Xàtiva, páginas 42 y 58.

(10) Maluquer de Motes, J. (1981): «El peso del mundo griego en el arte ibérico», *Actas de la Mesa Redonda AEAA*, Madrid, páginas 212 y 213.

(11) Torrecillas González, J. F. (1985): *La necrópolis de época tartésica de Cerriño Blanco (Porcuna, Jaén)*. Excmo. Diputación Provincial. «IEG». Confederación de Centros de Estudios Locales, páginas 31 y ss.

(12) Ramos Fernández, R. (1985): «Excavaciones arqueológicas en el Parque de Elche», *Poblad*, 11-17, sin paginar.

(13) Ramos Fernández, R. (1985): *Un modelo de periodización arqueológica. La Dama de Elche, arqueología del País Valen-*

ciano: Panorama y perspectivas, páginas 451 y ss.

(14) Blázquez Pérez, J. (1983): «Las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete», *CHA*, 8-11, página 198.

(15) Lucas Pellicer, R. (1981): «Santuarios y dioses en la Baja Epoca Ibérica», *Actas AEAA*, op. cit., página 247.

(16) Almagro Gorbea, M. (1983): «Pozo Moro, un monumento funerario ibérico orientalizable», *MM*, número 24, página 286.

(17) Uroz Sáez, J. (1981): *Economía y sociedad en la Contestania ibérica (Alicante)*, páginas 296 y ss.

(18) Ramos Fernández, R. (1985): «Excavaciones arqueológicas en el Parque de Elche», *Poblad*, 11-17, sin paginar.

Lillo, P. (1985): «La cultura ibérica en tierras murcianas», *Arqueología del País Valenciano, panorama y perspectivas*, Universidad de Alicante, páginas 273 y ss.

(19) Almagro Gorbea, M. (1986): «Bronce Final y Edad del Hierro. La formación de las etnias y culturas prerromanas», en *la Historia de España. I. Prehistoria*, Madrid, páginas 470 y 471.

(20) Presedo, F. (1986): «La realce tartésica», en *la Revista Arqueológica*, Madrid, páginas 44-58.

RELACIONES ENTRE LAS CERAMICAS BICROMAS DE LA PENINSULA IBERICA Y LAS DEL AMBITO CENTROEUROPEO DURANTE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

Sigrid WERNER ELLERING

En los últimos años la existencia de relaciones prehistóricas entre la Península y el ámbito noralpino ha ido diluyéndose cada vez más hasta el punto que muchos investigadores, especialmente los más jóvenes, ponen hoy en tela de juicio cualquier influencia de peso recibida de Centroeuropa durante el último milenio antes de Cristo.

En un trabajo (1) sobre cerámicas pintadas del Bronce Final y I Edad del Hierro, hecho por nosotros bajo la dirección de la doctora Lucas Pellicer, pudimos —a pesar de todo— apreciar la existencia de algunos paralelos entre motivos y decoraciones, habituales en el Hallstatt centroeuropéico y materiales localizados en la Península que hablan a favor de la existencia de tales relaciones. A ellas dedicaremos estas páginas, con el fin de aportar algún dato más sobre las corrientes culturales que coincidieron en la configuración de nuestra protohistoria, etapa a la que con tanto mérito se dedicaron los profesores homenajeados.

Pese al inconveniente que supone estudiar los elementos prehistóricos de forma aislada, vamos a detenernos en el estudio de las cerámicas con decoración bicroma en rojo y amarillo, cuyo origen centroeuropéico se había defendido repetidas veces.

La revisión de esta alfarería, documentada en la Península durante el Bronce Final y I Edad del Hierro, muestra dos grupos principales,

correspondientes a ámbitos geográficos y cronológicos determinados (véase mapa de dispersión). En primer lugar, la cerámica que sobre superficies oscuras muestra una pintura geométrica rectilínea en rojo y amarillo o blanco, y, en segundo lugar, la alfarería que, sobre fondos claros, bien por cocción oxidante, bien por aplicación de un engobe, lleva una decoración geométrica en rojo, consiguiéndose así el efecto de bicromía.

Dentro del primer conjunto hemos distinguido tres variantes, que se sintetizarán a continuación:

El Tipo 1a se caracteriza por superficies oscuras bruñidas y una decoración muy sencilla en rojo y amarillo o blanco en determinadas zonas de los recipientes (2). Se limita siempre a la forma del cuenco carenado.

El Tipo 1b se distingue por una decoración más elaborada en amarillo o blanco sobre superficies oscuras, tratadas previamente mediante engobe o pintura roja.

Una tercera variante, *el Tipo 1c*, introduce a veces el negro o grafito como tercer color a la bicromía en rojo y amarillo. Su temario decorativo es heterogéneo y comprende también motivos no rectilíneos (3).

El Tipo 1a: Esta modalidad muestra en forma y decoración su origen en el Bronce peninsular (4). Los vasos procedentes del Cerro de la Encina en Monachil (Granada) (5),

Cerro del Real en Galera (Granada) (6), los ejemplares de la necrópolis de Los Patos y del poblado de La Muela de Cástulo (Jaén) (7), Peña Negra I en Crevillente (Alicante) (8), La Aldehuela en Madrid (9) y probablemente también los fragmentos pintados de Castilfrío de la Sierra (Soria) (10), Arenero de Soto (Madrid) (11) y Ecce Homo I (Alcalá de Henares, Madrid) (12) deben incluirse en este subgrupo. A juzgar por el ambiente arqueológico que les acompaña, se sitúan en el siglo VIII y primera mitad del VII a. C.

En estas primeras cerámicas españolas con decoración pintada bicroma no apreciamos ningún elemento que justifique su relación con la alfarería pintada centroeuropéica, opinión que se apoya en los siguientes argumentos:

1. La cerámica pintada se inicia en Centroeuropa tenuemente en el paso del Hallstatt B al C (13), es decir, en el transcurso del siglo VIII a. C. Con ello su comienzo es simultáneo a la española y ambas obedecen posiblemente a un mismo fenómeno generador, por lo cual difícilmente una puede derivar de la otra (14). Este origen común debe buscarse en el horizonte geométrico *mediterráneo* lo cual explicaría, de paso, las similitudes, a veces observadas entre ambientes arqueológicos muy diferentes.

2. En Europa Central no se co-

noce la combinación del rojo y amarillo o blanco en la decoración alfarera, opinión que fue sostenida erróneamente por algunos prehistoriadores. La bicromía característica del Hallstatt C noralpino es la pintura en *negro* —muchas veces el grafito— sobre galbos tratados mediante un engobe *rojo*. Tampoco se evidencian similitudes en los motivos decorativos (15).

La única zona noreuropea, donde se conoce excepcionalmente la combinación entre el rojo, negro y amarillo —o blanco—, es el horizonte silesio-bohemio (16), caracterizado por una alfarería de superficies claras, consecuencia de las propiedades de la arcilla y del tipo de cocción, con decoraciones en rojo y negro, que no ofrecen ninguna similitud con las cerámicas españolas (17).

3. Por último, la ausencia de cualquiera de las formas características del Hallstatt C noralpino (18) habla también en contra de un origen hallstático de las primeras cerámicas pintadas peninsulares, como pretendido bagaje de los pueblos de los Campos de Urnas, que entrarían en la Península Ibérica en el curso del último milenio antes de Cristo.

Por ello situamos el elemento generador de la alfarería bicroma más antigua de la Península Ibérica verosíblemente en el Mundo Mediterráneo.

Entre estas cerámicas pintadas sobre fondos oscuros —nuestro Tipo 1a— resaltan, sin embargo, los materiales de Cortes de Navarra (Navarra) (19) y de Peña Negra de Crevillente (Alicante) (20) por su diferencia.

Del Poblado IIb de Cortes procede el conocido vaso con decoración geométrica en blanco y rojo sobre la superficie oscura del recipiente y una serie de fragmentos con diseños en blanco y negro (21). El profesor Maluquer sitúa el origen de estas decoraciones en el Norte de Italia, concretamente en el círculo de Golasecca.

En cuanto a la cerámica de Peña Negra I, se advierte en ella una dicotomía: mientras la forma decorada se limita a un vaso de clara raíz autóctona, en la decoración pintada

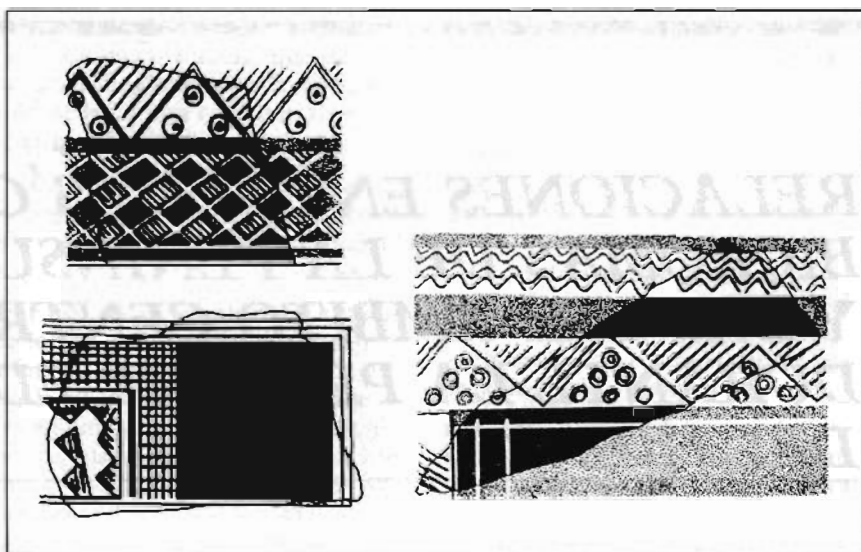


Fig. 1. Temas decorativos de Peña Negra I (Crevillente, Alicante), seg. González Prats, A.: ob. cit., 1983, figura 17 (Reconstruido).

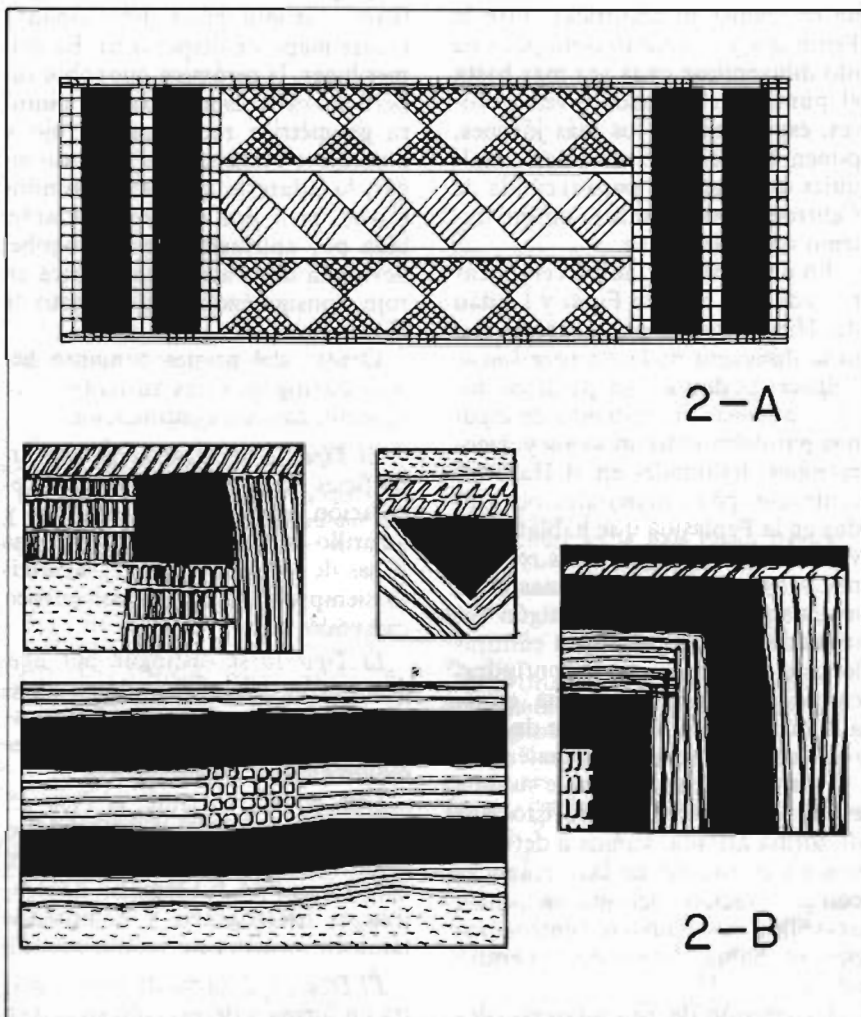


Fig. 2.—A. Desarrollo de un vaso de Schürndorf (Regensburg, Baviera), expuesto en Prähistorische Staatssammlung, Munich.—B. Motivos procedentes de Heuneburg (Hundersingen, RFA), con decoración pintada e incisa, seg. Dämmer, H. W.: ob. cit., 1978, página 77.

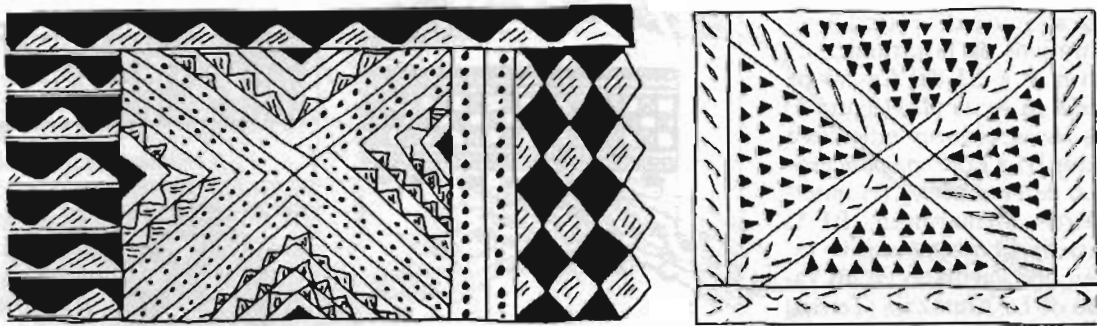


Fig. 3. Desarrollo parcial de la decoración excisa-estampillada de unos vasos, procedentes de Roquizal del Rullo (Fabara, Bajo Aragón), según Ruiz Zapatero, G.: ob. cit., 1979, página 265.

se intuyen influencias diferentes: por un lado un tipo con mayor empleo del amarillo y que en disposición y elección de los motivos documenta ese origen local y, por otro, un tipo de cerámica que en su decoración combina áreas y bandas lisas, generalmente pintadas en rojo, con otras incisas o impresas (22) (figura 1). Este temario no es habitual en la Península. Nosotros vemos semejanzas con cerámicas de tradición Alb-Hegau (23), documentadas en el Sur de Alemania durante el siglo VII a. C. (figura 2).

Creemos que estas cerámicas de Peña Negra I en Crevillente documentan contactos, posiblemente de carácter económico, preludio de las importantes relaciones que unirían

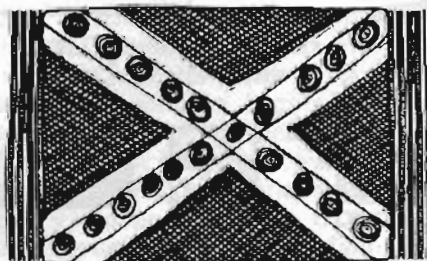
algo más tarde Centroeuropa con la Península Ibérica.

Mientras estos vestigios de la provincia de Alicante son muy tenues, los materiales documentados en torno al valle del Ebro implican aportaciones culturales considerables, de cuyo origen centroeuropeo no se puede dudar. Un dato, entre otros muchos, lo constituye la decoración incisa e impresa, de algunos vasos del poblado del Roquizal del Rullo (Fabara, Teruel) (24) (figura 3), que se asemeja a la cerámica de Alb-Hegau, hallada, por ejemplo, en la necrópolis tumular en St. Johann-Würtingen (Baden-Württemberg, RFA) (25) o en el campo de urnas de Schirndorf (Regensburg, Baviera, RFA) (26) (figura 4). Otro ele-

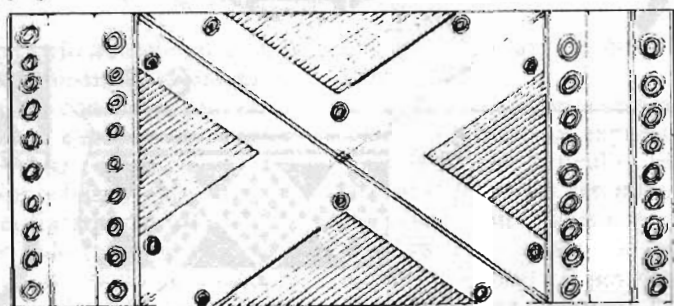
mento que se debe mencionar aquí serían las cerámicas grafitadas, técnica cuyo origen ha de buscarse también en Centroeuropa (27), y que están documentadas en número considerable en torno al Alto Ebro y en menor cantidad en el resto de la Península.

La cerámica bicroma-Tipo 1b: La cerámica del subgrupo 1b tiene su centro de difusión en la Meseta, y su cronología oscila entre la 2.ª mitad del siglo VII y finales del VI a. C.

Es en esta variante donde apreciamos muchas semejanzas con motivos y técnicas habituales en la cerámica de la Edad del Hierro avanzada del Suroeste de Alemania y Noroeste de Suiza. Hemos detecta-



4-A



4-B

Fig. 4.—A. Desarrollo parcial de la decoración de un vaso de St. Johann-Würtingen (Baden-Württemberg, RFA), según Rieth, A.: ob. cit., 1938.—B. Desarrollo parcial de la decoración de un vaso de Schirndorf (Regensburg, Baviera, RFA), según W. Torbrügge, ob. cit., 1979.

do las siguientes similitudes, que se resumen así:

— El gran parecido entre los temas decorativos de la cerámica de los Estratos V a III del Castro de Sanchorreja en Avila (28) (figura 5) y algunos vasos, correspondientes a los Periodos III a I del *oppidum* protohistórico de Heuneburg (Hundersingen, Kreis Sigmaringen, RFA) (29) (figura 6). El mismo motivo está también documentado en un vaso pintado de La Almohaja (Teruel) (30) (figura 8.C).

— Pequeñas aspas inscritas en rectángulos o cuadrados, a veces como separación de campos metopados, relacionan no sólo la cerámica del Castro de Sanchorreja (figura 5.A) con Heuneburg (figura 6.B), sino otros yacimientos peninsulares entre sí. Mencionemos aquí vaso y fuente de la Tumba 54 del campo de urnas de Las Madrigueras (Carras-cosa del Campo, Cuenca) (31) (figura 7) y, de forma matizada, el vaso pintado de Boniches de la Sierra (Cuenca) (32) (figura 8.B) y uno de los vasos de la necrópolis de Molina de Aragón, Guadalajara (33).

— La banda triangular que recorre la parte superior de un vaso de la necrópolis de Las Madrigueras (Tumba 54) (figura 7.B) encuentra paralelos en la cerámica de las Fases IV y III de Heuneburg (34) (figura 6.C).

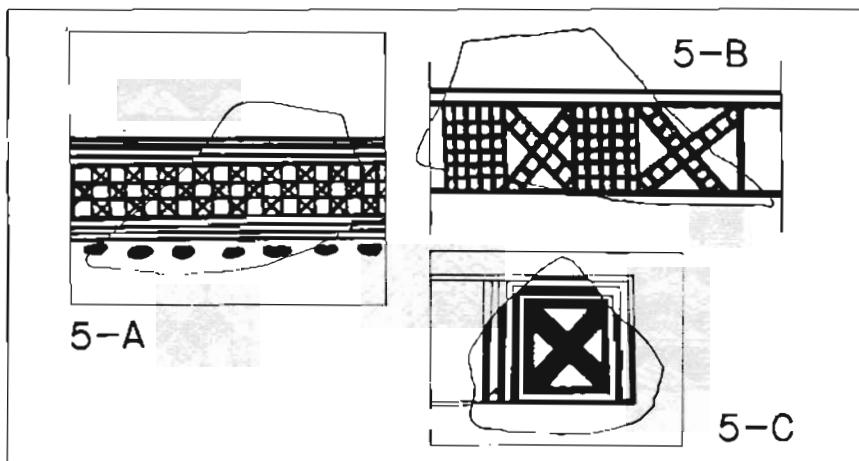


Fig. 5. Fragmentos procedentes del Castro de los Castillejos en Sanchorreja (Avila), Niveles V a III, según Maluquer de Motes, J.: ob. cit., 1957 (dibujo M. A. Almela Boix).

— El rombo con reticulado interior (figura 6.G) constituye otro punto de contacto entre la cerámica de Heuneburg (Periodos III a I) y la Península Ibérica, por ejemplo, con la Tumba 54 de Las Madrigueras.

— Unos fragmentos con decoración bicroma en amarillo y rojo, procedentes de la necrópolis tumular de San Cristóbal de Mazaleón (Teruel) (35) muestran un gran parecido con composiciones triangulares habituales en los diferentes periodos de Heuneburg (36) mientras en la Península este motivo resulta desconocido (compárese figuras 6A y 8A).

— Creemos que unos fragmentos, hallados en el Poblado 1a de Cortes de Navarra (37), con decoración en gris, hecha a plantilla, sobre fondos rojos brillantes, pueden asimismo relacionarse con técnica y diseños de cerámicas del horizonte rhenano-suizo tardío (compare figuras 6.D y 8.D).

— Por último, la introducción simultánea de la «decoración zonal» (38), atestiguada en La Almohaja (Teruel) (39), Molina de Aragón (40) y probablemente también en Sanchorreja y San Cristóbal de Mazaleón nos sugiere también alguna relación con esta antigua tradición centro-europea. Lo mismo ocurre

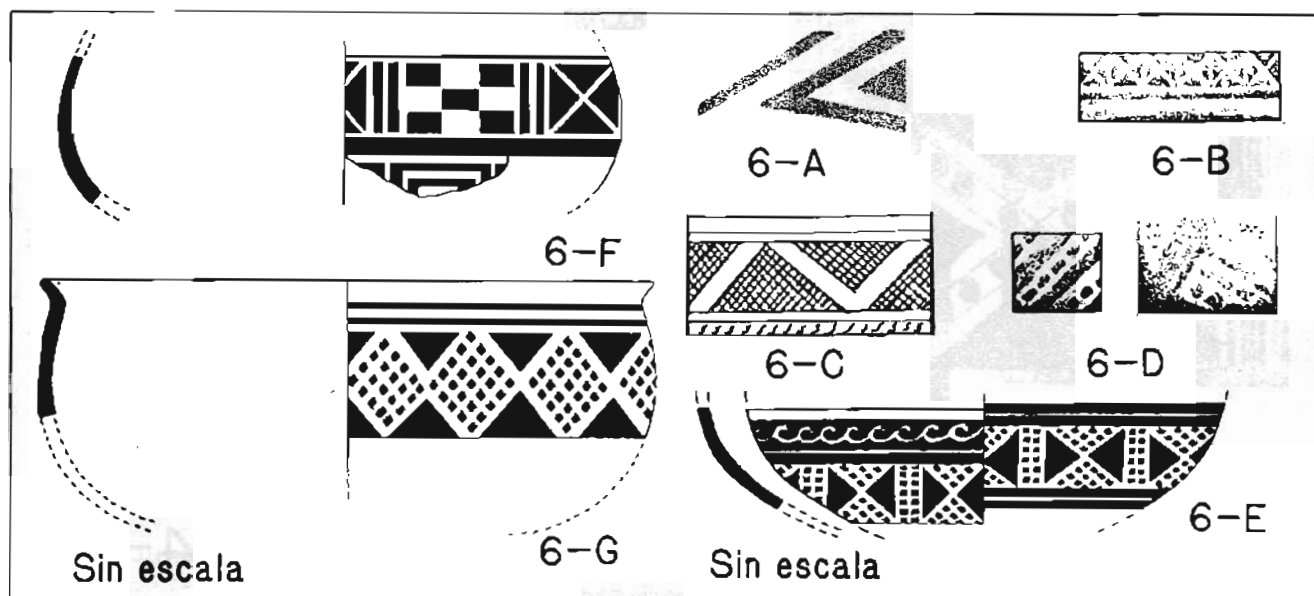


Fig. 6. Motivos decorativos varios y vasos, hallados en Heuneburg, Periodos III a I (Hundersingen, Baden-Württemberg, RFA), según Dämmer H. W.: ob. cit., 1978, láminas 88, 90, 92.

con la revitalización en este momento de la decoración grafitada.

Ante estas evidencias tenemos que tomar en consideración, que aportaciones de signo centro-europeo guardan alguna relación con las cerámicas pintadas en amarillo sobre fondos rojos (nuestro tipo 1b).

La alfarería que tantos paralelos ofrece con la de la Península, se introdujo en el oppidum de Heuneburg en el Período IIIb, después de la destrucción del poblado anterior (IVa), en torno al 560-550 a. C. Su presencia está documentada con seguridad hasta 520-510 a. C. (Período II), y muy probablemente durante la primera mitad del siglo V a. C. (Heuneburg Período I) (41).

Si bien se constata un profundo cambio en la cultura material del Poblado IIIb con respecto a los anteriores, el temario decorativo se inserta plenamente en la tradición del horizonte rhenano-suizo. Es, en los Períodos III y II, donde se observan las mayores similitudes con los materiales peninsulares.

Sin embargo, si aceptamos algún tipo de relación entre unas y otras cerámicas nos enfrentamos a un problema cronológico, ya que, al menos la alfarería de La Almohaja y la de Sanchorreja serían considerablemente anteriores a los citados ejemplares alemanes, cuya cronología está avalada por cerámica de importación. En Sanchorreja (42) la cerámica pintada bicroma está documentada a partir del Nivel V (Fase I, Nivel V), junto con un fragmento de cerámica pintada en rojo del tipo Carambolo (43). Excavaciones más recientes sitúan la cerámica con decoración bicroma de Sanchorreja en un momento más avanzado (Fase I, Nivel IV; Fase II, Nivel III) (44), es decir durante el siglo VI y a comienzos del V a. C., según la cronología del doctor Maluquer (45), con lo cual el desfase cronológico se reduciría.

¿Se difundieron estos motivos decorativos desde el Suroeste de Europa al horizonte rhenano-suizo? Nosotros no creemos en una difusión de Sur a Norte para estas cerámicas, sino a la inversa, ya que todos los motivos que muestran las mencionadas similitudes forman

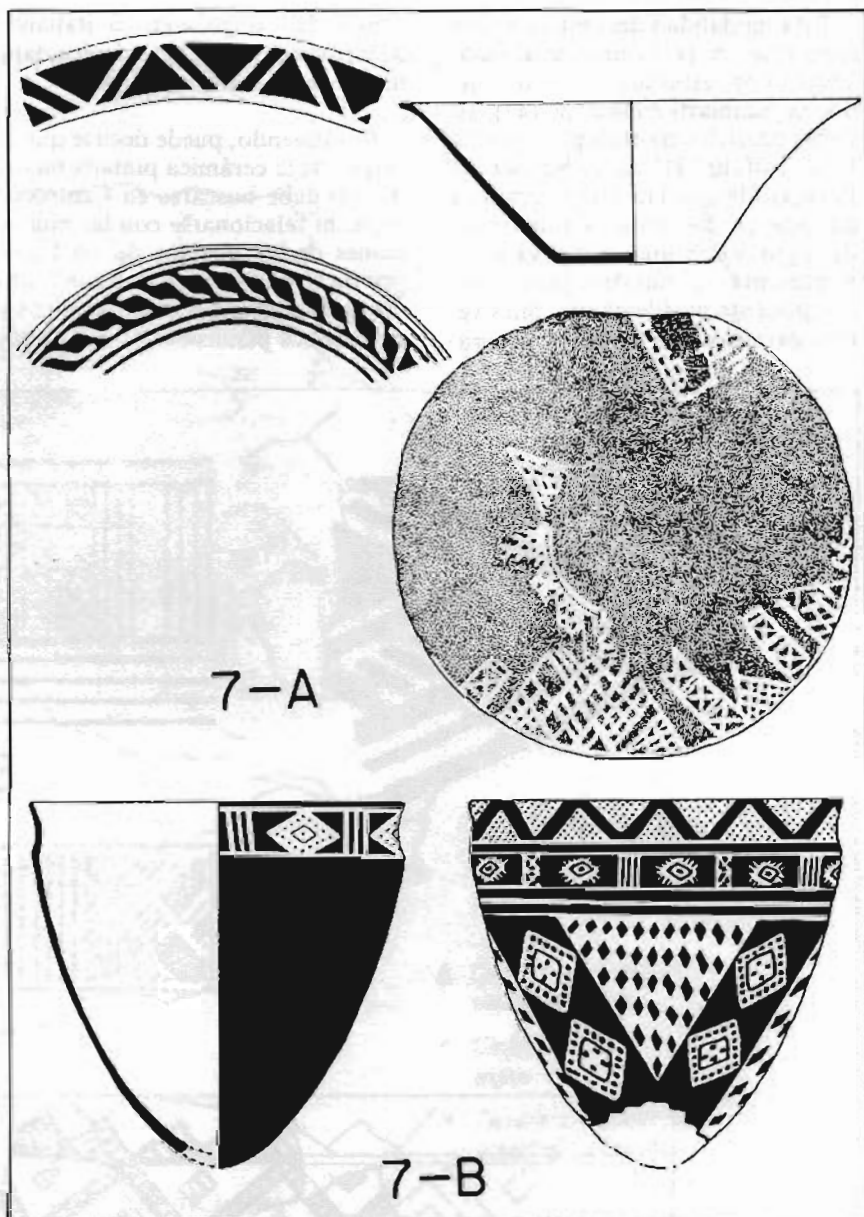


Fig. 7. Cerámicas pintadas de Carrascosa del Campo (Cuenca), según Almagro Gorbea, M.: ob. cit., 1969, lámina XXV.

parte del temario tradicional del horizonte rhenano-suizo, mientras en la Península se conoce un solo ejemplar con, por ejemplo, decoración de espas, y que constituye un caso aislado. Nos referimos al gran vaso pintado del Carambolo (46).

Por otro lado, nada nos obliga a pensar que este estilo cerámico se inventara en Heuneburg III, sino que se introdujo, ya completamente formado, junto con el resto del bagaje cultural de los «conquistadores» y su origen sería, por tanto, anterior al 560-550 a. C. En estos desconocidos «conquistadores» habría

que buscar el lazo de unión con la Península.

La subdivisión de la cerámica con decoración bicroma, expuesta al comienzo de este artículo, comprendía, al lado de las cerámicas decoradas sobre superficies oscuras, que se acaban de tratar, un segundo apartado, la alfarería pintada en rojo sobre fondos claros.

Si en la variante 1b de la cerámica de fondos oscuros hemos encontrado los citados paralelos con el horizonte noralpino, éste no es el caso para la alfarería de superficies claras.

Esta modalidad decorativa se circunscribe en la Península al Bajo Ebro. Los estudios recientes del doctor Sanmarti en la zona (47), así como paralelos morfológicos con la Fase Taffanel III en el Sureste de Francia (48), sitúan dicha cerámica pintada en los últimos momentos del siglo VII e inicios del VI a. C. Representa, a nuestro juicio, un componente mediterráneo, pues vemos paralelos con formas y decora-

ciones del subgeométrico italiano, concretamente con la cerámica daunia de Italia Suroriental (49).

Resumiendo, puede decirse que el origen de la cerámica pintada bicroma no debe buscarse en Centroeuropa, ni relacionarse con las migraciones de los pueblos de los Campos de Urnas, sino en una confluencia entre elementos mediterráneos y autóctonos peninsulares. En la evo-

lución posterior vemos, sin embargo, algunos puntos de contacto entre esta cerámica pintada y el horizonte noralpino tardío, documentando así la existencia de relaciones amplias y multilineales, posiblemente de carácter comercial, durante la I Edad del Hierro. Constituye un fenómeno más dentro de este momento de esplendor que fue para la Península Ibérica la Edad del Hierro.

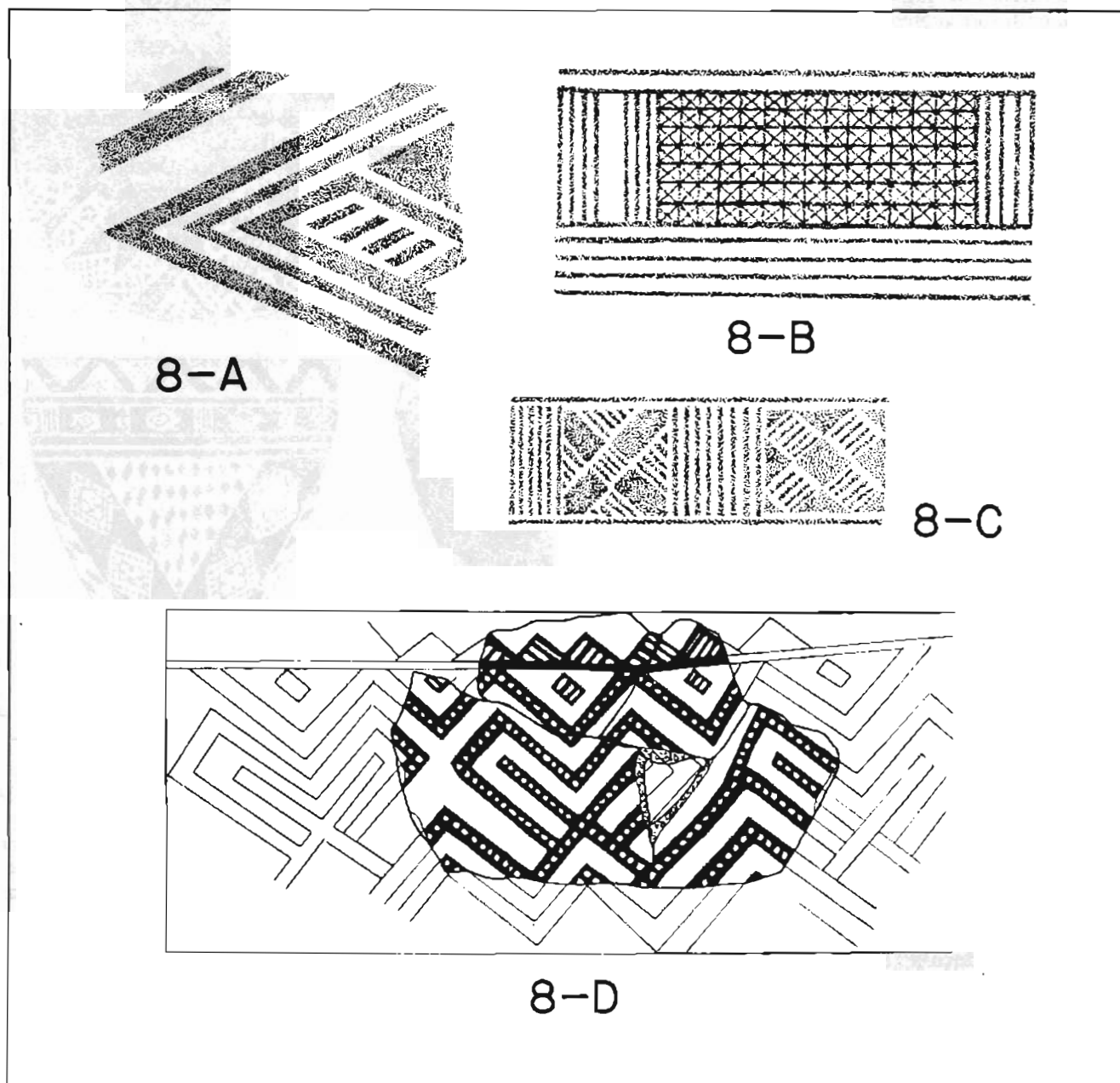
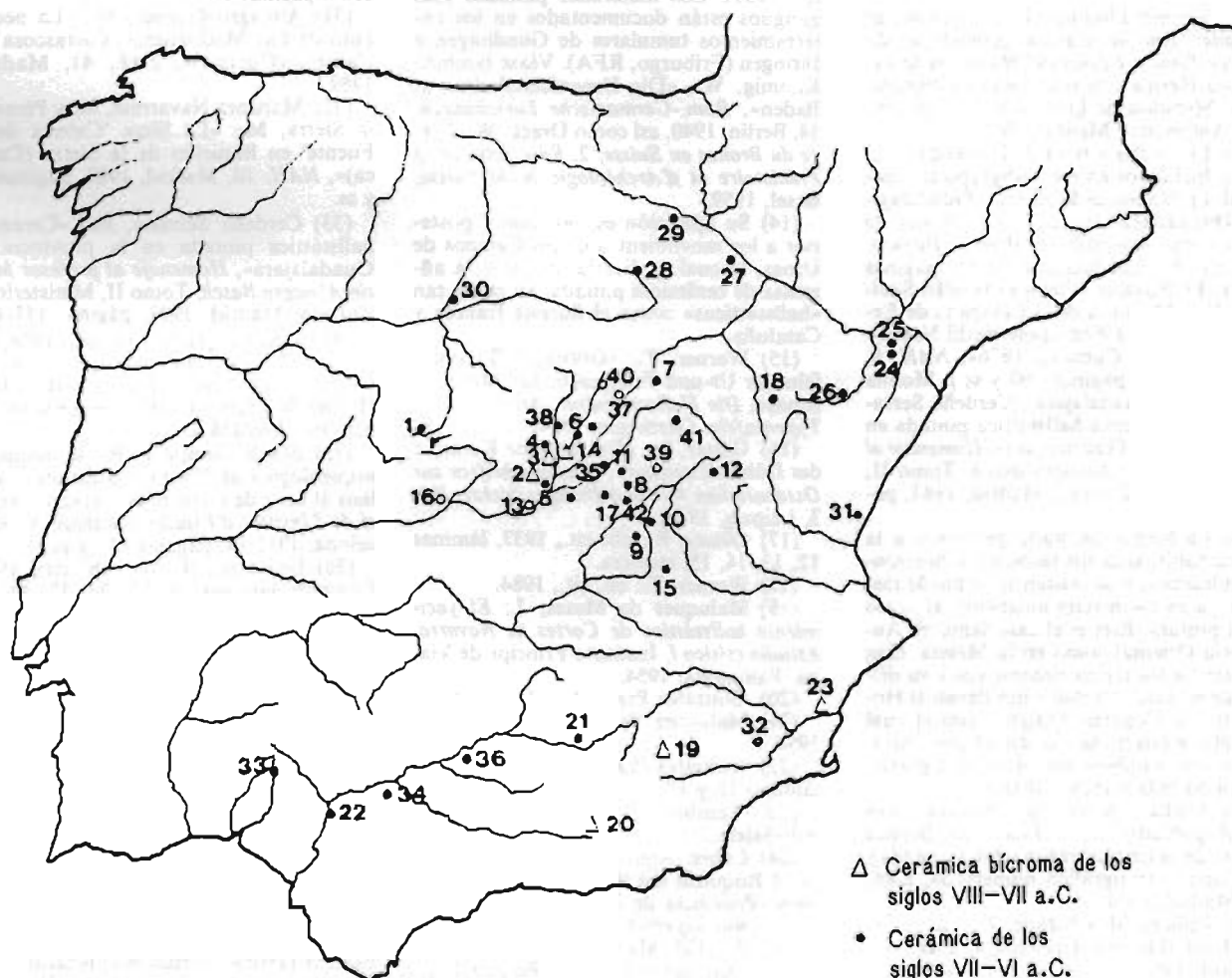


Fig. 8.—A. Fragmento pintado procedente de San Cristóbal de Mazaleón (Teruel), según Bosch Gimpera, P.: ob. cit., 1913/14 (reconstruido).—B. Fragmento procedente de Boniches de la Sierra (Cuenca), seg. Martínez Navarrete, M.: ob. cit., 1980.—C. Fragmento procedente de La Almohaja (Teruel), según Ortego Frías, T.: ob. cit., 1953.—D. Fragmento procedente de Cortes de Navarra (Navarra) P I a, según Maluquer de Motes, J.: ob. cit., 1954 (completado por M. A. Almela Boix).

YACIMIENTOS CON CERAMICA PINTADA BICROMA



△ Cerámica bícroma de los siglos VIII—VII a.C.

• Cerámica de los siglos VII—VI a.C.

◻ Cerámica bícroma de cronología incierta

RELACION DE YACIMIENTOS CON DECORACION BICROMA

- | | | |
|--|--|--|
| 1. Sanchorreja (Ávila). | 18. La Almohaja (Teruel). | 28. Castilfrío de la Sierra (Soria). |
| 2. Madrid - La Aldehuela. | 19. Galera (Granada). | 29. Entrena (Logroño). |
| 3. Madrid - Arenero de Soto. | 20. Monachil (Granada). | 30. Soto de Medinilla (Valladolid). |
| 4. Madrid - Cerro San Antonio (50). | 21. Cástulo (Jaén) | 31. Vinarragell (Castellón de la Plana). |
| 5. Madrid - La Fábrica. | — Poblado de la Muela. | 32. Librilla (Murcia). |
| 6. La Alarilla (Guadalajara) (51). | — Necrópolis de los Patos. | 33. Cerro Salomón (Huelva). |
| 7. Riosalido (Guadalajara). | 22. Cerro Macareno (Sevilla). | 34. Necrópolis de Carmona (Sevilla). |
| 8. Carrascosa del Campo (Cuenca). | 23. Crevillente (Alicante). | 35. Morata de Tajuña (Madrid). |
| 9. Zafra de Zancara (Cuenca). | 24. Tossal Redó (Teruel). | 36. Colina de los Quemados (Córdoba). |
| 10. Olmedilla de Alarcón (Cuenca). | 25. San Cristóbal de Mazaleón (Teruel). | 37. Cogolludo (Guadalajara). |
| 11. Fosos de Bayona (Villas Viejas, Cuenca). | — Poblado. | 38. Mejorada del Campo (Madrid). |
| 12. Boniches de la Sierra (Cuenca). | — Necrópolis. | 39. El Pajaroncillo (Cuenca). |
| 13. El Carpio (Belvis de la Jara, Toledo). | 26. Cabezo de Cascarujo (Alcañiz, Teruel). | — Poblado. |
| 14. Ecce Homo (Alcalá, Madrid). | 27. Cortes de Navarra (Navarra). | 40. Ogmico (Guadalajara). |
| 15. Olmedilla de Alarcón (Cuenca). | — Poblado IIb. | 41. Molina de Aragón (Guadalajara). |
| 16. Talavera de la Reina (Ávila). | — Poblado Ia/b. | 42. El Navazo (Cuenca). |
| 17. Haza del Arca (Ucles, Cuenca). | | |

NOTAS

- (1) Werner Ellering, S.: *Las cerámicas pintadas con decoración geométrica del Bronce Final y I Edad del Hierro en la Península Ibérica y su relación con Centroeuropa*, Memoria de Licenciatura, Universidad Autónoma, Madrid, 1986.
- (2) En carena y boca de los recipientes.
- (3) Incluimos en este subgrupo los materiales pintados de Riosalido (Guadalajara) (Fernández-Galiano, D.: «Notas de Prehistoria seguntina», *Wad-Al-Hayara*, número 6. Guadalajara, 1979, páginas 9-49), El Navazo (Cuenca) (Galán-Saúlner, K.: «Memoria de la Campaña de Excavaciones en la Necrópolis de El Navazo (La Hinojosa, Cuenca), 1976», *NAH*, 8, Madrid, 1980, páginas 160 y ss.), Molina de Aragón (Guadalajara) (Cerdeño Serrano, M.: «Cerámica hallstática pintada en la provincia de Guadalajara», *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, Tomo II, Ministerio de Cultura, Madrid, 1983, páginas 157-165).
- (4) La forma decorada pertenece a la vajilla habitual de los respectivos horizontes culturales, y su existencia se puede rastrear ya en los niveles anteriores al inicio de la pintura. Este es el caso tanto en Andalucía Oriental como en la Meseta. Con respecto a los temas decorativos y su disposición, todos los datos nos llevan al Horizonte de Cogotas Antiguo, con el cual no sólo se relacionan los ejemplares mesetanos sino también los otros ejemplares, de forma más o menos directa.
- (5) Arribas, A. et Alii: «Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce 'Cerro de la Encina' (Monachil, Granada), El Corte Estratigráfico número 3», *EAE*, 81, Madrid, 1974.
- (6) Pellicer, M. y Schüle, W.: «El Cerro del Real (Galera, Granada)», *EAE*, 12, Madrid, 1962.
- (7) Blázquez, J. M. y Valiente, J.: «Castulo III», *EAE*, 117, Madrid, 1981.
- (8) González Prats, A.: «Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)», *Lucentum*, Anejo I, Alicante, 1983.
- (9) Valiente Cánovas, S.: *Nuevo yacimiento de cerámica pintada de la I Edad del Hierro en España*, XII CNA, Zaragoza, 1973, páginas 333-337.
- (10) Taracena Aguirre, B.: «Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño», *Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 103, Madrid, 1929.
- (11) Martínez Navarrete, M. y Méndez Madariaga, A.: «El Arenero de Soto. Un yacimiento de Fondos de Cabaña del Horizonte Cogotas I», *Estudios de Arqueología y Prehistoria Madrileños*, número 2, Madrid, 1983, páginas 184 y ss.
- (12) Almagro Gorgea, M. y Fernández Galiano, D.: «Excavaciones en el Cerro de Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid)», *Arqueología*, 2, Diputación Provincial de Madrid, Madrid, 1980.
- (13) En el Hallstatt B3 (800-700 a. C.), según la cronología de H. Müller-Karpe (véase Müller-Karpe, H.: «Beiträge zur Chronologie der Urnenfelderzeit nördlich und südlich der Alpen, Text. Tafeln», *Röm.-Germanische Forschungen*, 22, Berlin, 1959). Los materiales pintados más antiguos están documentados en los enterramientos tumulares de Gündlingen e Ihringen (Friburgo, RFA). Véase también Kimmig, W.: «Die Urnenfelderkultur in Baden», *Röm.-Germanische Forschungen*, 14, Berlin, 1940, así como Drack, W.: *L'Âge du Bronze en Suisse*, 2. *Répertoire de la Préhistoire et d'Archéologie de la Suisse*, Basel, 1959.
- (14) Su aparición es, por tanto, posterior a los movimientos de los Campos de Urnas, lo cual explicaría, de paso, la ausencia de cerámicas pintadas en zonas tan «hallstáticas» como el Sureste francés y Cataluña.
- (15) Werner, T.: «Göttinger Typentafeln zur Ur- und Frühgeschichte Mitteleuropas», *Die Hallstattkultur. Arbeitsgruppe Typentafeln*, Göttingen, 1984.
- (16) Glaser, R.: «Die bemalte Keramik der frühen Eisenzeit», *Quellenschriften zur Ostdeutschen Vor- und Frühgeschichte*, Bd. 3, Leipzig, 1937.
- (17) Glaser, R.: ob. cit., 1937, láminas 12, 13, 14, 15, etcétera.
- (18) Werner, T.: ob. cit., 1984.
- (19) Maluquer de Motes, J.: *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico I*, Instituto Príncipe de Viana, Pamplona, 1954.
- (20) González Prats, A.: ob. cit., 1983.
- (21) Maluquer de Motes, J.: ob. cit., 1954.
- (22) González Prats, A.: ob. cit., 1983, láminas 16 y 17.
- (23) También llamada cerámica de Alb-Salem.
- (24) Cabré Aguilo, J.: «Excavaciones en el Roquízal del Rullo, término de Fabara (Provincia de Zaragoza)», *Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 101, Madrid, 1929.
- Ruiz Zapatero, G.: «El Roquízal del Rullo: Aproximación a la secuencia cultural y cronológica de los Campos de Urnas del Bajo Aragón», *Trabajos de Prehistoria*, 36, Madrid, 1979, páginas 247-287.
- (25) Rieth, A.: «Vorgeschichte der Schwäbischen Alb unter besonderer Berücksichtigung des Fundbestandes der Mittleren Alb», *Mannus-Bücherei*, 61, Leipzig, 1938.
- (26) Torbrügge, W.: *Die Hallstattzeit in der Oberrhein. Auswertung und Gesamtkatalog. Materialhefte zur Bayrischen Vorgeschichte*, Kallmünz, 1979.
- (27) Conocida al Norte de los Balcanes desde el IV milenio a. C., la decoración grafitada está documentada en Centroeuropa desde el Bronce Medio; a partir del Hallstatt B avanzado se generalizó en amplias zonas al Norte de los Alpes.
- (28) Maluquer de Motes, J.: «La cerámica pintada hallstática del nivel inferior del Castro de Sanchoreja (Ávila)», *Zephyrus VIII*, 2, Salamanca, 1957, páginas 286-87.
- (29) Dämmer, H. W.: «Die bemalte Keramik der Heuneburg. Die Funde aus den Grabungen von 1950-1973», Text. Tafeln, (Heuneburgstudien), *Römisch-Germanische Forschungen*, Band 37, Mainz, 1978.
- (30) Ortego, T.: «Celtas en Tierras de Teruel», *Caesaraugusta*, 2, Zaragoza, 1953, páginas 16-25.
- (31) Almagro Gorgea, M.: «La necrópolis de Las Madrigueras, Carrascosa del Campo (Cuenca)», *EAE*, 41, Madrid, 1969.
- (32) Martínez Navarrete, M. y Pérez de la Sierra, M.: «La Sima 'Cabeza de la Fuente' en Boniches de la Sierra (Cuenca)», *NAH*, 10, Madrid, 1980, páginas 65 y ss.
- (33) Cerdeño Serrano, M.: «Cerámica hallstática pintada en la provincia de Guadalajara», *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, Tomo II, Ministerio de Cultura, Madrid, 1983, páginas 157-165.
- (34) Dämmer, H. W.: ob. cit., 1978, páginas 27 y ss. Periodos IVc, b, a: 640/30 - 560/50 a. C.; Periodos IIIb, IIIa, II: 560/50 - 520/10 a. C.; Periodos Ib, Ia: 520/10 - 460/458 a. C.
- (35) Bosch Gimpera, P.: «Campanya arqueològica de l'Institut d'Estudis Catalans al limit de Catalunya i Aragó», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, V, Barcelona, 1913-14, páginas 830 y ss.
- (36) Dämmer, H. W.: ob. cit., 1978. Compare láminas 19, 23, 24, 32, 42, etcétera.
- (37) Maluquer de Motes, J.: ob. cit., 1954.
- (38) Dämmer, H. W.: ob. cit., 1978, páginas 35 a 39.
- (39) Ortego, T.: ob. cit., 1953.
- (40) Cerdeño Serrano, M.: ob. cit., 1983.
- (41) Dämmer, H. W.: ob. cit., 1978.
- (42) Maluquer de Motes, J.: ob. cit., 1957. Fase I: 700-500 a. C. Fase II: 500-400 d. C.
- (43) Mata Carrizo, J. de: *Tartessos y El Carambolo*, Madrid, 1973. De cronología elevada-siglos IX/VIII a. C., esta cerámica tiene también variantes más tardías, como demuestran los recientes estudios de P. Cabrera Bonet; a ellas podría pertenecer el fragmento de Sanchoreja.
- (44) González Tablas, F.: «Cogotas I», *Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, junio de 1984 (en prensa).
- (45) Maluquer de Motes, J.: ob. cit., 1957.
- (46) Mata Carriazo, J. de: ob. cit., 1973.
- (47) Sanmartí Grego, E.: «Las cerámicas finas de importación de los poblados prerromanos del Bajo Aragón (Comarca de Matarranya)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 2, Castellón, 1975, páginas 87-132.
- Louis, M. y Taffanel, J. et Odette: *Le premier Âge du Fer Languedocien*, volume I: *Les Habitats*, Montpellier, 1955; volume II: *Les nécropoles à incinération*, Montpellier, 1958; volume III: *Les Tumulus. Conclusions*, Montpellier, 1960.
- (49) Julis, Ettore M. de: *La cerámica geométrica della Daunia*, Firenze, 1977.
- (50) Comunicación verbal Dra. M. C. Blasco Bosqued.
- (51) Comunicación verbal don Fernando Velasco Steigrad.

